
T. N. HAWKE
UN
Alfa
SANGRIENTO
UN ROMANCE LICÁNTROPO
AUTOCONCLUSIVO



UN ALFA SANGRIENTO

Una novela de

T. N. HAWKE

@del libro T. N. Hawke.

Publicado en exclusiva a través de Amazon KDP.

Todos los derechos reservados. Libro protegido bajo la ley de propiedad intelectual.

Corrección de Virginia de Novoa.

Índice

Sinopsis

Sobre este omegaverso

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Dedicado a aquellos que sueñan despiertos.

Sinopsis

Me llamo May, y soy humana en un mundo donde mi especie es minoría y los licántropos, que ganaron la guerra, mayoría.

Aunque ese no es mi mayor problema.

Mi problema más grave es que estoy siendo perseguida por una mafia de tráfico de personas que quiere asesinarme tras haber expuesto a su líder cuando yo era periodista de investigación, antes de ser parte del Programa de Protección de Testigos.

Desgraciadamente, unos sicarios me siguen hasta un club lican… y se desata una matanza de la que tengo que esconderme bajo una mesa para no salir herida.

Al alfa supremo que es dueño, no solo del club, sino del pueblo entero, no le hace ninguna gracia que los haya involucrado en mis asuntos, pero no tenía otra escapatoria en ese momento.

Parada frente a él, me acusa de intentar seducirlo con feromonas químicas para fingir que soy su pareja predestinada, y yo le digo que, si quiere comprobar si es falso o no, mejor nos acostamos para ver si nos emparejamos.

No esperaba que él se tomase mis palabras en serio.

Ni que realmente fuese la pareja predestinada de uno de los alfas más poderosos que han existido jamás.

NOTA: esta novela es más oscura de lo que usualmente escribo. Aunque sigue sin haber abuso en la relación entre los protagonistas, ambos son personas con una moralidad muy gris y hay escenas de muerte y lucha a lo largo de toda la trama, así como mafias de tráfico de personas y sus víctimas.

Sobre este omegaverso

¡Hola, lector!

Voy a explicarte en breves palabras qué es un omegaverso y cómo funciona este en concreto.

Los omegaversos, como muchos tropos, nacieron en el seno del *fanfiction*. Se trata de universos donde la gente tiene algo llamado subgénero, que se trata de un género secundario del de cada persona que, a diferencia del género por el que nos definimos cada uno, viene dado por nuestros cuerpos (en algunas historias, los humanos tienen subgénero. Esta no es una de ellas).

Así pues, existen cuatro subgéneros en esta historia, todos ellos ligados a los licántropos, también llamados lobos o licans.

Los alfas supremos: existen muy pocos y son los alfas más poderosos de cada territorio. Gobiernan sobre los alfas normales, que ejercen como sus gobernantes o como una extensión de su poder, siguiendo sus órdenes. Son extremadamente poderosos, enormes en su forma lobuna y difíciles de matar. Ni siquiera las balas de plata o el acónito pueden con ellos. Tienen los ojos de color carmesí y son sensores, es decir, que pueden sentir a todo ser vivo en varios kilómetros a la redonda a su alrededor. Además, tienen un celo una vez al año que los vuelve obsesionados con el sexo o con encontrar a su pareja predestinada (también llamada *agraz*) y así emparejarse.

Los alfas: los líderes de las manadas más pequeñas. Algunos entran en el servicio de los alfas supremos, de los que hay muy pocos, pero la mayoría prefieren gobernar sus propias manadas y asentamientos. Los alfas normales suponen casi el diez por ciento de la población licántropa y son muy fuertes, pero pueden morir con balas de plata o por acónito. Tienen los ojos de color dorado.

También sufren un celo al año, pero dura solo un día y no los vuelve tan posesivos u obsesivos como a los supremos.

Los betas: los betas suponen casi el noventa por ciento de la población licántropa. Son los lobos comunes. Los que no tienen poderes especiales ni celo. Viven vidas bastante normales al servicio de los alfas o de los alfas supremos, si tienen la suerte de pertenecer a una manada más grande y poderosa que la media. Suelen sentirse orgullosos de las tareas que un alfa supremo les pide hacer en su nombre y las cumplen sin rechistar, aunque a veces le planten cara a un alfa normal si consideran que su liderazgo en una manada deja mucho que desear.

Los omegas: considerados una leyenda, los omegas son los contrapartes de los alfas y los alfas supremos. Se sabe poco de ellos, solo que son tan difíciles de matar como un alfa supremo y que presentan el don del sensor y un celo al año, como ellos.

Y, sin más dilación, comencemos.

Capítulo 1



MAY

Me están siguiendo de nuevo.

Estoy aterrada. Estos tipos van a lograr matarme, al final. O algo peor. Quizá me torturen y violen hasta la muerte.

Jamás imaginé que meter al jefe de una mafia de tráfico de menores en la cárcel haría que mi vida se convirtiera en este infierno: despedida debido a los sobornos que recibió mi jefe; sin amigos por las amenazas y los intentos de asesinato constantes, que acabaron por hacerlos apartarse de mí con miedo de verse implicados en ello; y sin ayuda alguna de una policía a la que no le importo a pesar de ser parte del programa de protección de testigos.

Se supone que esta última ubicación era segura, pero es la sexta vez que los seguidores de Willford Cramwell me encuentran, así que no me extrañaría nada que hubiese algún poli corrupto del sistema de protección de testigos en el ajo.

Aterrada, me meto en una calle lateral atestada de turistas que rondan el puerto a esas horas. No sé cuánto rato llevo llamando a mi agente asignado, pero no responde al teléfono. Sé que las instrucciones son mantenerse a la vista de todo el mundo cuando estas cosas me pasan, aunque no creo que a los cuatro matones

enviados por Cramwell les importe una mierda meterme un tiro en la cabeza en plena multitud. Solo necesitan acercarse un poco más.

Desesperada por salvar mi vida, veo una discoteca con el típico símbolo de los lobos y trato de entrar en ella.

Si hay algo con lo que nadie se atreve a meterse es con los licántropos. Suponen casi el cuarenta por ciento de la población y desde tiempos inmemoriales han batallado contra los humanos, hasta el Tratado de paz del ’94. En su área, las mujeres suelen ser bienvenidas, ya que la mayoría son machos. Y, aunque los licans me aterran casi tanto como la mafia, prefiero meterme en un lugar lleno de ellos a morir de un tiro bajo un nombre falso, en una ciudad de mierda, tras años de soledad por culpa de un hombre que todavía cumple condena en la cárcel (como se merece).

Ser periodista es y sigue siendo la pasión de mi vida, y haber tenido que dejarlo tras mi mayor logro: desenmascarar a Cramwell y su mafia ante la vista de todos y rescatar a esas pobres niñas tras investigarle durante años, me duele. Pero mejor sin trabajo que muerta.

—Hola…

—No aceptamos a más mujeres humanas esta noche, lo siento —me interrumpe el segurata antes de que pueda seguir hablando—. Ya hay demasiadas.

—Por favor —le pido, temblando de los pies a la cabeza cuando veo a uno de los hombres seguirme—, necesito entrar.

El lobo (porque debe de ser un lobo) me mira de los pies a la cabeza. Como todos los de su especie, es alto, musculoso y su piel está tatuada con los símbolos de su manada, aunque no soy experta en descifrarlos. Nunca me ha interesado mezclarme con el lado paranormal del mundo, lo que yo quería era limpiar la mierda de mi propia y minoritaria especie.

Sus feroces pupilas se fijan en el temblor de mis manos y en el terror de mis ojos, y se desvían hacia los cuatro hombres que vagabundean por la calle, habiéndose detenido entre maldiciones cuando me han visto hablar con él.

—Muy bien —accede el lobo—. Pasa.

Se hace a un lado y yo le doy las gracias con alivio, casi al borde del llanto. Antes apenas lloraba, era una mujer tan valiente…, pero tras diez años de persecución incansable sin protección alguna y totalmente sola ante el peligro de una muerte inminente, estoy agotada en cuerpo y alma y solo quiero vivir en paz.

Entro en el local sin saber qué esperar de su interior. Hay luces bajas que hacen que tenga que adaptar mi vista a la penumbra, solo iluminada por lámparas que parecen lunas llenas colgantes del techo. La música es mucho más suave que en una discoteca humana, supongo que debido a que los licántropos tienen el oído más fino, y el lugar está a rebosar de mujeres maquilladas y perfumadas… y definitivamente humanas, como yo. Lo bajitas que son en comparación a las pocas, altas y musculosas hembras de lican es evidente allá donde mire. Aunque lo que más me intimida son los varones. Enormes, tatuados y con ojos que brillan en la penumbra del lugar como los de un depredador.

En contraste, destaco bastante. Llevo puesta una camiseta con un logo desvaído, mis vaqueros más cómodos y mis deportivas. Por no hablar de la bolsa del supermercado que sujeto con una mano.

Había salido a hacer la compra cuando los matones me han encontrado.

Avanzo buscando un lugar donde esconderme un rato, quizá uno de los sillones que hay en los bordes de la pista de baile, que no parecen muy ocupados y son bastante discretos, mientras la gente, tanto humana como no, me mira de arriba abajo preguntándose qué hago aquí vestida de esta forma y si me he colado en el lugar.

Tragando saliva por ser el centro de atención tras tantos años manteniendo la cabeza gacha y una identidad lo más anónima posible, me cuelo en uno de los laterales de la pista y tomo asiento.

Uno de los camareros de ojos brillantes se me acerca con una curiosidad evidente. Debe de medir al menos un metro ochenta y pico y sus hombros son tan anchos que me tapa la vista del resto del local.

—¿Quieres algo para beber?

Niego con la cabeza, pero luego me lo pienso mejor. Voy a morir de todas formas, así que al menos pienso disfrutar de una bebida, por si acaso fuera la última.

—Una copa de vino tinto, por favor.

Él me guiña un ojo.

—Marchando, preciosa.

Le sonrío con incomodidad mientras se da la vuelta y regresa a la barra. De preciosa ahora mismo no tengo nada. Llevo sin lavarme el pelo al menos tres días y me lo he recogido con una pinza debido al calor que hace fuera, mis ojos deben de tener las ojeras más grandes del mundo y mi ropa deja mucho que desear, pero no digo nada. Me acomodo en el asiento, sintiéndome aliviada de haberme librado de esa gentuza, aunque sea solo por unas horas, y saco mi teléfono para intentar que mi agente asignado responda a mi llamada de una maldita vez.

El *pub* cerrará tarde o temprano, si es que los jefes no deciden echarme por las miraditas que estoy recibiendo y las pintas que llevo, y entonces volveré a estar a merced de esos brutos.

—Aquí tienes. —El camarero me deja la copa de vino sobre la mesa con sumo cuidado—. Invita la casa —añade cuando ve que intento sacarme la cartera del bolsillo de los vaqueros.

—Gracias —me sorprendo.

Me guiña el ojo de nuevo y se marcha, dejándome sola una vez más.

Llevo la copa a mis labios, bebiendo un par de largos tragos, y la dejo sobre la mesa, cuando decido llamar al departamento de policía de este país, ya que mi agente sigue sin responder… y es entonces cuando estalla el caos.

Los disparos se oyen fuerte y claro en la entrada y la gente, mayoritariamente las humanas, grita espantada y echa a correr hacia la salida trasera en estampida cuando mis perseguidores entran por la puerta principal, buscándome y gritándole a todo el mundo en inglés que se larguen.

Pero este es territorio de lobos.

Y lo único que obtienen son rugidos de furia y el sonido de los huesos rompiéndose cuando más de una veintena de ellos se transforman en bestias y los atacan en vez de amedrentarse.

Capítulo 2



MAY

Me escondo debajo de la mesa, pero aun así no puedo evitar asomarme por un lateral de la misma para observar el panorama.

La matanza es brutal. No parece que a los lobos les acobarden los disparos. A pesar de que algunos de ellos caen al suelo tras ser abatidos, vuelven a levantarse con rabia en los ojos y sed de sangre en las venas, dispuestos a despedazar a los intrusos, que usan el caos y la algarabía de las mujeres y los pocos hombres humanos que hay en el local, cuya estampida está causando más problemas que los matones en sí, para tratar de evitar que los lobos se muevan con libertad y así disparar a gusto sin importar quién caiga.

Veo a varias mujeres caer al suelo tras recibir un disparo y mi estómago se llena de angustia.

Es mi culpa, me recrimino, y estoy a punto de levantarme y gritar que es a mí a quien buscan cuando los licántropos logran llegar hasta el último de ellos y matarlo, para mi total y sangrienta satisfacción.

¿El problema? Que solo hay tres de ellos cuyos pedazos salpican de sangre el local cuando los hombres lobo acaban con ellos con sus garras y dientes. Tres matones estúpidos que creían que podían hacer frente a un sitio lleno de bestias infernales propias de

las peores pesadillas humanas durante miles de años con pistolas y balas normales, cuando todo el mundo sabe que solo la plata y el acónito les hacen un daño real.

—¿Dónde está el cuarto? —murmuro para mí misma, presa del miedo, la adrenalina y el alivio a partes iguales.

Debe de estar esperando en el callejón de atrás a que yo salga con la estampida por la puerta auxiliar, porque oigo disparos desde el otro lado del local. Disparos que atraen a los aullantes lobos hacia la parte trasera una vez se han encargado de los que han logrado entrar.

Temblando de los pies a la cabeza, me acurruco aún más bajo la mesa, tratando de pasar desapercibida. No sé si me dan más miedo los matones o la escena propia de una película de terror sobre licans que acabo de presenciar.

Está claro que con los paranormales no se juega, y ahora que mis ojos han visto esto, el dicho «no le toques las pelotas a un lobo si no quieres sangrar» cobra mucho más sentido.

Una figura se detiene frente a mí, aunque solo le veo los pantalones, elegantes, grises y perfectamente planchados, y los inmaculados y caros zapatos negros.

—Sal de ahí abajo, mujer. El alfa quiere verte.

Mi mortal palidez debe de ser evidente, así como mi inhabilidad para moverme, porque el lobo (con esa voz tan profunda no se puede ser humano) se agacha y me coge del brazo, sacándome de mi escondrijo, y hace una mueca al ver mi semblante.

Sus ojos, cubiertos por unas gafas de sol que parecen más caras que mi antiguo sueldo anual, solo le aportan más arrogancia a su rostro de facciones cortantes y mandíbula marcada, y su pelo rubio oscuro está peinado hacia atrás como uno de esos caballeros antiguos, aunque no le resta atractivo a su aspecto.

—He dicho que te incorpores, mujer.

—Lo… —tartamudeo— lo siento…

Él chasquea la lengua, obligándome una vez más a moverme, solo que esta vez lejos de la mesa, y me arrastra hacia una puerta situada en un lateral de la barra.

—Vamos. Al alfa no le gusta que le hagan perder el tiempo.

Creo que he salido de la sartén para caer en el fuego. Y que voy a quemarme lo quiera o no.

Mucho me temo que me he metido en otro buen lío, y que esta vez no voy a poder escapar de él.

Capítulo 3



MAY

El alto lobo rubio me guía por unas escaleras tapizadas de terciopelo hasta un pasillo empapelado en elegantes tonos negros y dorados, al final del cual unas dobles puertas de madera oscura permanecen abiertas, como la boca de un lobo a la espera de su cena.

Y esa cena soy yo.

Trago saliva e intento disculparme antes de que me maten por haber atraído a los mafiosos humanos hasta aquí, intuyendo que este local no es un local cualquiera si tiene a un alfa dirigiéndolo, pero, en cuanto llegamos frente a las puertas, el rubio me empuja suavemente, haciendo oídos sordos a mis palabras.

—No hagas que Rage pierda la paciencia contigo —me advierte antes de cerrar las puertas tras de sí.

Si no fuera tan brusco, diría que está intentando ser considerado y que no quiere que (literalmente) me coman.

Tenía que llamarse Rage, pienso para mí misma. *Rabia en inglés.*

Genial, esto augura buenas cosas, añado con un suspiro cargado de sarcasmo y resignación a partes iguales.

Me armo de valor y cuadro los hombros, dispuesta a enfrentarme al lobo, cuya mera presencia parece llenar la habitación de pura masculinidad.

—Hola… —saludo, dejando que mis ojos se ajusten de nuevo a la penumbra del sitio.

El tipo es enorme. Incluso sentado tras su escritorio, me hace sentir como una liliputiense. Pero lo que más me encoge el estómago son sus ojos. Ojos del color de la sangre. Los ojos de un alfa supremo. Alguien que controla a cientos o incluso miles de otros licántropos. No un mero alfa cualquiera, sino lo equiparable en su mundo a un ser de la realeza, tan poderoso que ni siquiera el acónito o la plata pueden matarlo.

Y está sentado a unos metros de mí.

—Siéntate —me ordena sin levantar la vista de la pantalla del ordenador en el que la tiene fijada.

Obedezco sin rechistar y me siento en uno de los sillones que hay frente al escritorio.

Es entonces cuando sucede.

Él alza la mirada, toma una bocanada de aire… y sus pupilas se vuelven enormes al fijarlas en mí.

—*Agraz* —dice en un ronroneo profundo y grave.

Oh, mierda, mi mente entra en pánico, porque esa palabra ya es de sobra conocida gracias a internet.

El enorme alfa de ojos carmesíes se ha imprimado en mí en microsegundos.

Resulta que soy su compañera. La única hembra con la que puede emparejarse y tener críos para que continúen su linaje.

Y yo no sé cómo tomármelo.

Capítulo 4



MAY

Nadie puede ser ignorante sobre los paranormales hoy en día, ya sean licántropos, vampiros (una pequeña minoría de seres sin razonamiento ni conciencia comparada con los lobos, al igual que los *slenderman* u otras criaturas de pesadilla que solo los lobos pueden matar) u otra cosa.

Con la cantidad de gente que habla sobre ellos en redes sociales, incluyendo personas que son licans ellos mismos, es imposible escapar ante la inmensa cantidad de información que hasta el auge de internet no se sabía sobre ellos.

Como esa dichosa palabra que todavía no sé cómo asimilar: *agraz*. Compañera.

Me relamo los labios y sus ojos, ahora calientes como el fuego del infierno, se desvían hacia el gesto y se quedan mirando fijamente mi boca.

—¿Estás… estás seguro de ello? —Trago saliva, incómoda, pero al mismo tiempo con el cerebro a mil por hora.

—Sí —dictamina él con esa voz ronca suya, que hace que mi piel se ponga de gallina.

Si soy la compañera de un lobo, ello significa que puedo ser convertida; lo que implica que podría convertirme en una poderosa licántropa difícil de matar cosa que, siendo honesta, haría mi vida mucho más fácil. Sobre todo, si perteneciera a una manada.

Ningún mafioso se atrevería a tocarme.

De repente, la idea de ser la *agraz* de este inmenso individuo que acabo de conocer y de emparejarme con él me parece una bendición caída de los cielos más que una maldición.

Supongo que eso es lo que impulsa mis siguientes palabras.

—Entonces, ¿quieres emparejarte conmigo?

Doy un grito cuando él se levanta de golpe y, de repente, está a mi lado en meros segundos.

—Sí —repite con voz grave, tirando de mi brazo suavemente para que me levante.

—Es… espera, ¿ahora?

La cabeza me da vueltas.

Todo esto está yendo muy deprisa. Yo me refería a en un futuro, no ahora mismo.

Él se me queda mirando de nuevo con ese silencio pesado y cargado de un significado que no comprendo.

—Ahora, mujer.

Al menos debería saber mi nombre.

—May —le corrijo.

—May —saborea la única sílaba como si la estuviera follando. Es hasta obsceno oírle decir mi nombre.

Me estremezco de los pies a la cabeza y los pezones se me endurecen al oírlo.

Él se inclina sobre mí, a todas luces dispuesto a devorar mi boca, cuando llaman a la puerta, interrumpiéndonos.

—¿Alfa? Ragiz está aquí.

Es la voz del tipo rubio de antes.

—Dile que se largue —gruñe Rage—. Ya lo veré luego.

—Pero…

—Luego —zanja el tema sin dejar de mirarme fijamente con hambre—. Ahora estoy ocupado.

El corazón me late a mil por hora. Me siento como una presa bajo la mirada de un depredador, un cazador nato del que no voy a poder huir.

Al fin y al cabo, soy yo la que ha metido la pata en el cepo preguntándole sobre el emparejamiento. Y echarme atrás no es mi estilo, especialmente cuando mi vida y mi futuro están en juego.

O carne de mafia o loba.

Y tengo claro qué elegir.

Capítulo 5



RAGE

Apesta a miedo y a determinación.

Tengo ganas de tomarle la palabra y follármela aquí mismo. De morderla, hacerla mía y tratar de emparejarnos. Sin embargo, si lo hago, podría llevarme una decepción que me haría matarla. Y no sé por qué, pero no quiero.

La miro bien, aunque no es que pueda apartar la vista de ella. Me atrae como una llama a una polilla.

Putos aromas.

Tiene pinta de esas a las que les gusta discutir, a pesar de su apocamiento. Percibo una valentía bajo esas capas de cansancio que ni siquiera yo sería capaz de aplastar.

Lentamente, me inclino sobre ella y dejo que mi aliento roce suavemente sus labios entreabiertos, tan tentadores.

—¿No quieres que nos conozcamos antes? —bromeo en un tono lento y sensual.

Mi pregunta la pilla tan de sorpresa que su expresión casi me hace reír.

—¿Conocernos? —inquiere con cara de confusión—. Pensaba que los licántropos iban directos al grano al reconocer a su compañera por el olor.

Sonrío, enseñándole mis colmillos.

—Parece que lo has pensado bastante.

—Nnn… no —tartamudea—. No realmente. Solo lo he leído en internet. Eso… eso es todo.

—Ya veo —gruño, y la veo estremecerse de miedo y de lujuria a la vez.

Todavía no estoy seguro de quién es ella.

¿Realmente es mi *agraz* o mis sentidos me vuelven a engañar? Esos malditos químicos inventados por los humanos para tentar a mi gente casi lograron engañarme una vez. Fue tal decepción que la matanza apareció en los periódicos y fue jodido librarme de la cárcel. No puedo cometer el mismo error y volver a cabrearme de esa forma.

Incluso los míos deben atenerse a las leyes del ’94: si no nos atacan, no podemos matar. Así es como mantenemos la paz con los humanos. Nosotros nos encargamos de los que tratan de hacernos daño, convertimos a aquellos dignos de llevar nuestra sangre en las venas, cazamos a otros paranormales para mantener a los humanos que quedan vivos tras la guerra de trescientos años a salvo y los dejamos en paz y a su aire.

—No llevarás ningún *perfume*, ¿verdad?

Ella parpadea, todavía más confundida que antes.

—No llevo colonia, ¿por qué lo preguntas?

La observo con tranquilidad, pensativo.

Creo que no ha pillado mi referencia a los químicos que están de moda desde hace unos años. O sabe actuar bien o dice la verdad.

—Muy bien —me relamo los colmillos—. Entonces, ¿me estás diciendo que quieres emparejarte sin ni siquiera saber quién soy?

Ella vuelve a cuadrar los hombros.

—Como ya sabrás —traga saliva de nuevo—, los matones venían a por mí.

—Ajá —asiento, cruzándome de brazos y apoyándome sobre el escritorio.

Empieza bien. Al menos voy a tener una explicación de por qué mis hombres y mi clientela han sido atacados. Imagino que Greg ya lo habrá dispuesto todo para que el hospital más cercano reciba a los heridos, como le he ordenado que haga. Ya que las balas no eran de plata, mis chicos y chicas están bien, pero algunos humanos no han corrido la misma suerte durante la estampida y la pelea.

—Fui… Soy —se corrige rápidamente— periodista de investigación.

Enarco una ceja.

—Interesante.

Más le vale no estar aquí para hacer un puto artículo sobre mí.

—Hace diez años, ayudé a encerrar al líder de una mafia que traficaba con personas, y desde entonces formo parte de un programa de protección de testigos.

Suelto un silbido, impresionado por lo que acaba de soltarme.

Así que mi anterior deducción sobre sus cojones era certera. Esta hembra es una superviviente. Una luchadora, a pesar de su aspecto demacrado y deprimido.

—No parece que ese programa de protección te haya servido de mucho.

Ella asiente, abriendo y cerrando las manos de manera nerviosa, pero sin alejarse de mí ni un solo paso.

Impresionante.

O tonta.

Una de las dos cosas.

Quizá ambas.

—Siempre me encuentran —me confiesa en un susurro de voz agotado, y esa expresión de derrota en su rostro, esa decepción colándose en sus palabras, hacen que la rabia por la que soy conocido y que me dio mi nombre humano hierva en mis venas, tan poderosa como siempre.

—Entiendo —respondo mientras mi mente me imagina despedazando a sus enemigos con mis propias garras—. Por eso quieres emparejarte rápidamente, May.

La mujer abre los ojos como platos y los latidos de su corazón se aceleran al oírme decir su nombre… otra vez. Es divertido ver su reacción, aunque no es que vaya a dejar que ella lea mis emociones en mi rostro.

—Sí —me confiesa con valentía.

Tomo la decisión como siempre lo hago: en un instante y guiándome por mis instintos.

—Muy bien. —Dejo que mis colmillos se alarguen de hambre y que ella los vea. Si eso la asusta y le hace huir, no estaría lista para emparejarse con un lobo—. Follemos entonces, May.

Capítulo 6



MAY

Debo de estar ruborizada de los pies a la cabeza. He notado el calor del rubor extendiéndose por todo mi cuerpo como una oleada de fuego en cuanto él ha abierto la boca.

—Qué bruto —farfulla mi lengua sin permiso de mi cerebro, que casi se cortocircuita cuando el alfa, en vez de cabrearse, se ríe entre dientes.

—Mucho, May —ronronea, haciendo que trague saliva de los nervios por enésima vez—. Pero no te preocupes. Seré suave contigo si lo necesitas.

Considerando que llevo más de cinco años sin follar, tal vez lo necesite. No llego a decírselo porque entonces el jodido alfa, que es más guapo que un demonio con ese rostro de pecador y ese pelo negro como la noche perfectamente cortado, me besa con una pasión controlada que me pone a mil por hora en segundos.

A este paso, mis bragas van a parecerse a las cataratas del Niágara. Y eso jamás me había pasado antes con ningún amante. Estoy tan mojada que, a pesar de mi ayuno sexual, no va a necesitar muchos preliminares para penetrarme sin causarme molestias.

Gimo cuando su lengua entra en mi boca y pierdo la noción del tiempo y el espacio. Ya ni siquiera recuerdo cuál era mi nombre a esas alturas. Sus manos, además, no se están quietas, sino que me acarician a través de la ropa, haciéndome jadear cuando sus largos dedos rozan mi pecho.

No llevo sujetador porque hace un calor de muerte y siempre me ha molestado. Además, de todas formas, mis pechos son bastante pequeños, así que no siento que lo necesite para ir cómoda. Por ello, cuando sus grandes manos acarician esa zona, mis pezones se marcan contra la camiseta y estoy segura de que él puede notarlo, por la manera en la que lo siento sonreír contra mi boca, como un depredador satisfecho de sí mismo.

Sus hábiles dedos me desabrochan los vaqueros y los bajan por mis piernas hasta que estos se amontonan en mis tobillos y luego se cuelan bajo mis bragas, acariciando mi clítoris con maestría.

—Oh, joder, sí —jadeo pesadamente, aferrándome a sus anchos hombros sin darme cuenta de ello y temblando como una hoja al viento de pura necesidad.

Uno de sus dedos se introduce en mi interior, masajeándome con cuidado, y cuando suelto un gemido de aprobación un segundo dedo se une a la sesión de masturbación en curso.

Impulsada por la lujuria y la necesidad de *más*, me quito las sandalias haciendo presión con el talón del pie opuesto y las lanzo a un lado, al igual que los pantalones, con impaciencia.

Él vuelve a reírse, como el diablo que es, sin que sus dedos dejen de moverse en ese delicioso compás, tan perfecto, que me hace arquearme pidiendo más en silencio mientras su lengua devora mi boca de nuevo.

—¿Te gusta, May?

—Sabes que sí —jadeo una vez más.

Su sonrisa se amplía y, sin previo aviso, retira los dedos de mi interior.

—Estás tan mojada que podría follarte sobre mi escritorio y no protestarías, ¿verdad?

Dado que la imagen mental hace que mi lujuria suba hacia un pico nunca antes visto, no puedo más que asentir con honestidad, causando que ese oscuro humor suyo surja a la luz de nuevo.

—Quizá eso es lo que haga —dice con ardor—. Quizá te dé la vuelta como una perra y te folle por detrás con tu cara sobre la mesa en vez de llevarte a la cama que hay tras la puerta del fondo. ¿Eso te gustaría?

Asiento de nuevo, excitada y sin vergüenza alguna por ello.

Él, sin añadir ni una sola palabra más, me arranca las bragas y me quita la camiseta, dejándome completamente desnuda, mientras me da la vuelta y me tiende de cara sobre su escritorio, que despeja con una mano antes, tirándolo todo al suelo, ordenador incluido.

—Estás preciosa, May —ronronea, cogiendo una de mis nalgas con la mano y apartándola para verme mejor—. Tienes un coño precioso. ¿Alguna vez te lo han dicho?

—N… no.

—Pues deberían haberlo hecho.

Me muerdo los labios cuando los temblores, producto de la intensa lujuria que siento ahora mismo, vuelven a asediarme.

Mis pechos presionan contra la caoba de su escritorio, fría y lisa, y me siento totalmente expuesta ante su evaluativa mirada de macho hambriento.

Oigo el sonido de una cremallera y me imagino su bragueta abriéndose, elevando la vista para clavarla en el cristal de la ventana y así poder ver su reflejo.

Cuando la punta de su polla me penetra, gimo y me abro más de piernas, desesperada. Le oigo reírse roncamente de nuevo con esa hipnotizadora voz suya, tan profunda, mientras se introduce hasta llegar a la base y empieza a moverse, primero suavemente y luego con mayor velocidad hasta que los sonidos que salen de mi garganta llenan la sala de una cacofonía propia de un súcubo.

—Qué gusto me estás dando, May —gruñe él inclinándose para lamer mi oreja—. Vas a tomar mi nudo hasta el fondo como una buena chica, ¿verdad que sí?

—S… sí —gimoteo, y él aumenta su velocidad y agarra mi pelo con cuidado de no hacerme daño mientras me susurra obscenidades a la oreja, todo ello sin dejar de moverse ni un solo instante.

Cuando llego al orgasmo, es una explosión de blancos y azules que hace que mi cabeza no pueda pensar en nada que no sea el placer.

Lo oigo gruñir y lo siento cambiarme de postura, elevando una de mis piernas para modificar el ángulo de su penetración, y poco después de acelerar el movimiento de sus caderas, llegar al orgasmo con un rugido propio de una bestia inhumana.

Su nudo se infla y nos deja atados hasta que su largo orgasmo termine, provocándome un segundo clímax que no esperaba conseguir.

Cuando vuelvo en mí, Rage está jadeando en mi oreja y su mano ha ladeado mi cabeza para tener mejor acceso a mi hombro.

—*Agraz* —repite una y otra vez con un tono posesivo que me crea un nudo en el estómago de lo ferviente que es.

Y entonces sus colmillos se hunden en mi piel y yo grito. Esta vez de dolor.

Capítulo 7



MAY

Al principio no noto nada excepto el dolor de la mordida. Cuando su nudo baja, Rage sale de mí y carga conmigo hacia la habitación de la que ha hablado antes, donde me deposita en la cama con cuidado.

—El cambio empezará en breve. No te preguntaré si estás lista porque te aseguro que nadie está listo para ello jamás.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto con inquietud.

Él se inclina y besa mi frente. Un gesto inesperado de ternura que me pilla totalmente por sorpresa.

—Dolerá —me advierte—. Mucho. Y ya no puedes echarte atrás. Lo lamento.

—No lo hagas —niego con la cabeza—. Es lo que quería. Ser más fuerte.

Él me sonríe. Sus colmillos siguen alargados y están manchados con mi sangre.

—Ya eres fuerte, May —asevera él—. No muchos se habrían atrevido a enfrentarse a una mafia sabiendo lo que podría llegar a pasarles. Me hace sentir orgulloso tener una compañera tan valerosa

como tú. Y ahora duerme —me pide—, cuando el cambio comience, no tendrás paz durante horas.

No sé por qué, pero sus palabras casi me hacen llorar. Quizá porque llevo tanto tiempo sola y bajo identidades falsas, sin hacer amigos debido a mi situación, que de repente sentir esta conexión con alguien que, además, parece respetarme y valorarme, me vuelve muy emocional.

Estoy agotada, así que obedecerle no me cuesta mucho. Me duermo en cuestión de minutos mientras él acaricia mi pelo con cuidado… y me despierto gritando de agonía.

La transformación es increíblemente dolorosa. Siento que todos los huesos de mi cuerpo se rompen y se sanan a sí mismos solo para volver a romperse. Los veo moviéndose bajo mi piel y vomito sobre mí misma. Es horrible. Lo peor que he pasado en la vida.

—Calma. Pasará pronto, May. Te lo prometo.

Él se queda conmigo, sin apartarse ni un solo segundo excepto para coger una toalla húmeda con la que limpiarme mientras yo me retuerzo de dolor sobre su cama.

Soy incapaz de pensar. Incapaz de razonar. Incapaz de hacer nada que no sea aullar de desconsuelo mientras muero.

Porque estoy muriendo. De eso no me cabe duda alguna.

Siento mi corazón estallar y mi garganta llenarse de líquido. Me estoy asfixiando con mi propia sangre cuando sucede. Cuando el corazón vuelve a sanarse a sí mismo y vuelve a latir, haciendo arder mis venas.

Estoy renaciendo como una especie nueva, dejando atrás mi humanidad para siempre.

Y jamás pensé que algo pudiese ser tan terrorífico como esto.

Capítulo 8



RAGE

—Lo estás haciendo muy bien.

—¡Que te jodan! —me grita ella cuando vuelve en sí, escupiendo sangre hacia un lado de la cama.

Sabía que tenía espíritu bajo todo ese apocamiento, me río para mí mismo. *Ya era hora de que lo mostrara un poco más.*

—Ya está —intento animarla, incapaz de hacer nada más y sorprendido de cuánto me importa emocionalmente que ella esté sufriendo cuando acabo de conocerla (y de emparejarme con ella)—. Ya pasó, May. Ya ni siquiera hueles a humana.

Ella se echa a llorar, y no sé si es de alivio o de rabia, o de ambas cosas. Está claro que está enfadada conmigo por no haberle advertido lo suficiente sobre lo difícil que sería la transformación, pero dejar tu especie atrás no iba a ser fácil. Pensé que estaría más informada, ya que parecía estarlo sobre otros temas referidos a mi especie.

Yo nací como soy, pero he visto a suficientes humanos no sobrevivir a esto como para estar algo asustado de que ella fuera uno de ellos y quedarme sin compañera nada más empezar a conocerla.

Lo poco que queda de mi cordura se perdería para siempre con ella.

—Eres muy fuerte, May. Nunca había visto un cambio tan rápido como el tuyo.

De normal puede llegar a tardar hasta un día entero, y, en cambio, ella se ha transformado en apenas dos horas tras la mordida. Es impresionante.

Ella se inclina hacia un lado en la cama y vomita el resto de la sangre que había quedado en su garganta sobre la alfombra, salpicándome en el proceso.

Supongo que es una buena respuesta.

Mejor eso a que intente arrancarme los ojos como veo en su mirada que le gustaría hacer ahora mismo.

Un pensamiento que me hace sonreírle con más ganas.

Qué genio tiene mi compañera. Tendré que ir con cuidado si no quiero que me ataque cuando se cabree conmigo.

Estoy impaciente por saberlo todo de ella. Y por cargarme a la mafia que la persigue, devorándolos a todos como el lobo jodidamente sangriento que siempre he sido.

Capítulo 9



MAY

Cuando despierto por segunda vez, me siento agotada. Descubro que estoy en la misma cama, pero con sábanas limpias y una bata puesta que definitivamente no es mía y que además me está enorme, así que debe de ser indudablemente del alfa.

Huele a él, ronronea un instinto nuevo dentro de mí. Y me altero un poco cuando me doy cuenta de que el mundo, o al menos el entorno en el que estoy, es como si fuera nuevo.

No, me dice mi mente. *Lo que pasa es que mis instintos son nuevos.* Nuevo olfato, gusto, tacto, oído y vista, mucho más refinados y diseñados, cómo no, para detectar presas… o el subgénero de los licántropos que me rodean. Según creo están los betas, que son la mayoría, luego la minoría alfa, que son los que gobiernan, y sobre estos los alfas supremos, que pueden llegar a dirigir a varias manadas con alfas incluidos. Yo no sé qué subgénero seré, pero pienso averiguarlo.

En este caso, todo apesta a alfa. Aunque no es un olor desagradable. Todo lo contrario. Es tan hipnotizante como su dueño. Seductor y definitivamente poderoso.

Y es mío, me grita algo dentro de mí, rugiendo con posesividad.

Me paso una mano por el pelo, aún más sucio que antes, y decido que necesito una buena ducha, así que me levanto de la cama. Pero tengo que detenerme y permanecer sentada cuando todo empieza a dar vueltas y más vueltas.

Vértigo. Lo que me faltaba.

Una vez se me pasa la angustia, me levanto y camino poco a poco hacia la puerta entreabierta del baño, suspirando con alivio cuando veo que incluye una ducha tamaño enorme con un montón de grifos de masaje.

Lo más de lo más para Rage, señor de los alfas. Cómo no. Y pensar que ahora estoy emparejada con él. Eso me causa más mareos en mi nuevo cuerpo, modificado para poder transformarme en una loba humanoide enorme que camina sobre dos patas y despedaza gente con las otras dos.

Quitándome la bata, me meto en la ducha y suelto otro sentido suspiro cuando el agua tibia golpea mi cuerpo, limpiándolo de la mugre que han dejado mi sangre reseca y el sudor sobre mi piel hasta estar a gusto conmigo misma una vez más.

Lo percibo cuando entra en el despacho adjunto al dormitorio, antes de que se acerque a mí. Es como si tuviera un instinto ligado a él, a su posición. Antes lo sentía más lejos. En el piso de abajo.

—Veo que has encontrado el baño —comenta Rage, apoyándose en el marco de la puerta.

Su enorme cuerpo ocupa todo el espacio. Debe de medir al menos metro noventa y pico, sin contar sus anchos hombros. Su cabello negro está limpio y reluciente, y sus ojos de color carmesí me observan con lujuria e interés, pero yo no estoy para esos trotes ahora mismo.

—Olvídalo, alfa —le digo con cansancio—. No hay sexo…

—No iba a pedírtelo —me interrumpe él y, cuando ve que me encojo un poco sobre mí misma a la defensiva (además, debe de notar mi ira súbita en mi aroma, lo presiento), añade—: Jamás te forzaría a ello. No soy esa clase de persona.

Mi alivio es evidente en cómo se relajan mis músculos, antes tensos.

—¿Y qué clase de persona eres?

Él me sonríe con malicia. Aunque no va dirigida a mí, cosa que me hace sentir curiosa.

—Una que no está por encima de una buena cacería, May —asevera—. Así que, ¿por qué no terminas, te vistes y me cuentas algo más sobre esa mafia que te persigue durante la comida?

Mi estómago elige ese momento para rugir de hambre.

—Estaré encantada —le respondo con mi propia sonrisa sedienta de sangre—, Rage.

Al fin voy a poder vengarme.

Capítulo 10



MAY

Ya no me siento la presa vulnerable y abandonada a su suerte que solía pensar que era tras años de situaciones al borde de la muerte.

Es una sensación que se extiende por todo mi cuerpo. Como si mi misma sangre supiera que hay un rugido en mí capaz de espantar a cualquiera que trate de hacerme daño. Que siempre lo ha habido, pero que ahora al fin puedo sacarlo a la luz de nuevo. Es parecido a como me sentía cuando era periodista, pero a la vez muy diferente; porque esto se trata de que mi genética ha cambiado y a que ya no soy fácil de matar, y ese conocimiento me da fuerzas de nuevo.

Me produce unas ganas tremendas de acabar con mis enemigos haciendo uso de la ley de postguerra: al ser licántropa ahora, si me atacan, puedo matarlos legalmente sin ir a la cárcel por asesinato; cosa que antes habría ocurrido, aunque fuera en defensa propia.

—¿La carne está buena?

Alzo la mirada y la clavo en el alfa.

—Sí, ¿por?

—Porque llevas empujándola con el tenedor un rato sin comértela.

Me ruborizo ligeramente.

—Estaba pensando.

Él enarca una ceja de manera seductora y a mí el vientre me arde con ese mero gesto.

El cabrón es guapo y lo sabe.

—¿En algo interesante? —pregunta con sensualidad.

Me aclaro la garganta y me obligo a no pensar en sexo.

—En tu plan de capturar a los próximos matones y sonsacarles si Willford Cramwell tiene un segundo al mando que esté mandándolos a por mí.

—¿Ves algún fallo en él? —me pregunta—. Por supuesto, también tengo a unos cuantos de los míos tras Cramwell. No vivirá mucho y, antes de morir, nos dará información sobre su segundo.

—¿Tienes gente dentro de la prisión?

Él se ríe entre dientes.

—No todos los licans que se portan mal se libran de la cárcel —bromea.

Es extraño. Todavía me cuesta un poco aceptar que, de repente, soy el equivalente a estar casada con un hombre intrigante, guapo como el diablo, que además tiene un raro y sombrío sentido del humor.

—¿Así que tus hombres presos se cargarán a Cramwell?

Él me mira con pura sed de sangre en sus ojos carmesíes.

—Desearía hacerlo yo con mis propias manos, pero tu seguridad es imperativa y, cuanto antes nos encarguemos de él, mejor.

—Me refería a que si no van a pillarlos o algo.

Él se encoge de hombros.

—Claro que los pillarán —replica—. Las prisiones de máxima seguridad como esas tienen cámaras y guardias en todas partes. Pero unos años más a una cadena que ya es perpetua no cambia nada, ¿no crees?

La verdad es que tiene razón. La gente de esa prisión rara vez sale de allí. Suelen ser condenas de por vida, como Cramwell se merece.

—¿Y lo harán sin más? —me intriga todo esto—. ¿Sin esperar nada a cambio?

No estoy acostumbrada a que la gente haga cosas por mí sin pedir nada.

—Su alfa supremo les ha dado una orden y estarán orgullosos de cumplirla —asevera él tras darle un trago a su copa de vino tinto.

Habla como si no tuviera duda alguna sobre ello. Cualquiera diría que ese poder que tiene sobre gente capaz de sobrevivir a un tiro en la cabeza con balas normales fuera de lo más natural para él.

—Guau —me asombro.

Él me guiña un ojo, haciendo que vuelva a ponerme nerviosa.

Creo que le divierte alterarme. Es un poco capullo, pero al menos no tiene pinta de ser un maltratador. Estaría jodida si así fuera, considerando mi decisión impulsiva de emparejarme con él sin conocerle.

—Lo que sea por mi compañera.

Me da un vuelco el estómago.

Aspiro una bocanada de aire antes de hablar y decido tentar a la suerte una vez más.

—¿Lo que sea? —le pregunto sin apartar la mirada, haciendo acopio de mi renovada valentía.

Su mirada se vuelve curiosa.

—¿Qué quieres pedirme?

—Que me ayudes a encontrar a mi madre.

Capítulo 11



MAY

—Mi padre falleció cuando yo estaba en mi primer año de carrera —le explico—, pero no sin antes confesarme que mi madre no nos había abandonado, sino que estaba seguro de que había sido raptada cuando bajó a comprar aquella noche y nunca volvió. Escuchó el motor de un coche y los gritos de mi madre… y no la volvimos a ver.

—¿Y por qué alguien querría raptarla?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, pero intentar averiguar dónde estaba fue lo que me hizo dar con Cramwell. Aunque por desgracia no era el mafioso que buscaba.

—Crees que la mafia de tráfico de personas se la llevó.

Me trago el nudo de la garganta.

—Mi madre era muy bella.

—Eso no es suficiente como para considerar un rapto por tráfico de personas —me responde él, aunque no sin empatía en su expresión—. Podría haber sido causado por otros motivos.

Violación y asesinato, es lo que no quiere decirme.

—Viva o muerta —me niego a que me tiemble la voz—, quiero saber qué le pasó. Quiero encontrarla. La policía no ayudó mucho a mi padre. Eran inmigrantes ilegales, ¿sabes? Vinieron desde Filipinas cuando mamá estaba embarazada de mí para intentar tener una nueva vida.

—¿Huían de algo o de alguien?

Empiezo a negar con la cabeza, pero luego me encojo de hombros.

—No lo sé. Papá nunca hablaba de su infancia en Filipinas.

Después de que mamá desapareciera, apenas hablaba o comía. No me extrañó cuando murió, pero sí que me impactó igualmente. Perder a mi padre había sido muy duro, aunque, en gran parte, lo perdí cuando mamá fue raptada y él no pudo hacer nada para ayudarla.

La culpa y la preocupación lo consumieron vivo hasta que me confesó lo que realmente le ocurría en su lecho de muerte, un día antes de fallecer. Yo me enfadé con él. ¿Cómo había podido ocultarme que mi madre no nos abandonó? Y jamás olvidaré mis duras palabras durante la última conversación que tuvimos. Son mi mayor pesar. Uno del que no puedo librarme.

No sabía que al día siguiente iba a morir, pero ello no me consuela en lo más mínimo.

—Muy bien —suspira el alfa al cabo de un rato—. Pondré a algunos agentes a investigar el caso.

—¿Tu gente también está en la policía? —me sorprendo.

Él enarca una ceja con ironía.

—*Nuestra* gente es casi mayoría a estas alturas. Nosotros fundamos y construimos las ciudades que compartimos con los humanos. —Me ruborizo por el pequeño regaño. Es cierto que los

alfas convirtieron a un montón de gente durante la guerra y que por ello acabaron siendo una población que supera en número a la humana—. Y estaba pensando más bien en el FBI, no en la policía local.

Lo miro con la boca abierta.

—Eso… eso es muy generoso de tu parte.

Él, en vez de apreciar mi agradecimiento, me chasquea la lengua con reprobación.

—Como ya he dicho, eres mi compañera y ahora mi gente es tu gente. Así que no debes agradecerme nada.

—Aun así —insisto, aunque debería cerrar la boca y asentir—, gracias. De verdad.

Se me queda mirando un rato antes de esbozar una breve sonrisa. No sé qué es lo que ve en mí, pero parece gustarle.

Y ahora mismo es mutuo.

—De nada, *agraz*. Y ahora pongámonos a trabajar en tu primera transformación. Quiero ver qué subgénero eres —declara con determinación.

El nudo de mi estómago vuelve con creces. Mucho me temo que voy a tener que sufrir cuando mis huesos vuelvan a romperse de nuevo para cambiar de forma, y mi mente, que acaba de pasar por el proceso de conversión, se retuerce de pánico al pensar en ello.

Capítulo 12



MAY

No duele tanto como me esperaba, pero sí que es difícil, muy difícil, controlarlo y no quedarme a media transformación.

—Tienes que pensar como una loba —me anima Rage.

—¿Y cómo se hace eso? —pregunto con frustración, observando la piel de mis manos desgarrarse para dar paso a la piel peluda que habita debajo de la superficie.

—Imagínate en forma de loba —me explica, aunque no me ayuda mucho, la verdad—. Visualiza tus garras, tus colmillos, tu pelaje…

—Eso intento —jadeo, viendo cómo la piel humana cae al suelo como una especie de traje de látex desgarrado.

Es horrible, pero también fascinante.

Mis huesos crujen y se expanden, dando paso a mi forma bestial… más o menos. Creo que todavía tengo rostro humano, aunque es complicado imaginar que tienes un hocico.

—Lo estás haciendo bien.

—Si tú lo dices… —replico con una voz gutural y monstruosa.

—Solo un poco más, *agraz*.

—Preferiría que me llamaras May.

—Como desees.

Esas palabras caldean algo dentro de mí que no sabía ni que tenía. Pero no es momento de ponerse a pensar en el poder que ejerce este hombre tan inhumanamente guapo sobre mis hormonas (o sobre mi cuerpo).

Intento visualizarme en forma de mujer loba. Cierro los ojos y me concentro, recordando las películas, series, fotografías y demás en las que aparecen hombres lobo transformados en su forma bestial y, curiosamente, ello funciona.

—¡Muy bien! —aplaude Rage—. Buena chica. Ahora, déjame verte mejor.

Se acerca a mí una vez estoy totalmente transformada, olisqueando el aire a mi alrededor.

—No puede ser.

Le preguntaría qué pasa, pero lo único que sale de mi boca es un largo gemido perruno.

—Eres una omega —declara Rage con tanta reverencia como lujuria y codicia en su voz—. Joder.

No sé lo que eso significa, pero no parece que pinte muy bien.

Mi cuerpo se transforma automáticamente en humana de nuevo cuando pierdo la concentración.

Jadeando por el cansancio, me yergo y me giro hacia él completamente desnuda, aunque demasiado preocupada por su tono de voz como para que ello me moleste.

—¿Qué es una omega?

Él se me queda mirando. El brillo fascinado de sus ojos, que se ha incrementado el triple tras olisquearme y descubrir mi subgénero, reluce con hambre bajo las lámparas de su despacho.

—Una leyenda —responde roncamente.

—Eso no me aclara nada.

Él me sonríe.

Sus colmillos están extendidos, y, en cambio, en vez de asustarme, solo me parece malditamente *sexy*.

—Se supone que hay muy pocos omega en el mundo, y, de hecho, yo no había conocido a uno hasta este momento, así que para mí no eran nada más que una mera falacia. Al fin y al cabo, ¿qué omega se escondería de un alfa supremo?

Trago saliva.

—¿Y por qué querrían esconderse de ti?

Él se echa a reír.

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

—Pues ahora mismo no me estás produciendo mucha sensación de seguridad.

La manera en la que me mira es oscura y posesiva. Como la de un enorme lobo feroz dispuesto a comerme.

—No es mi intención —me dice, aunque su expresión contradice sus palabras.

—Pues me estás asustando. Y todavía no sé qué se supone que es una omega.

Esperaba ser beta, como el noventa por ciento de la población lobuna, o alfa, como él, si tenía suerte. Se supone que los alfas son

los más poderosos y, en mi situación, lo que necesito es poder para cargarme a los asesinos que envían tras de mí cada dos por tres.

—Los omega, según la leyenda, son la pareja perfecta para los alfas.

—¿Y eso por qué?

—Porque son fuertes, más grandes que los beta y mucho más rápidos, muy fértiles, tienen un celo anual que refleja el de los alfas y sucede al mismo tiempo que el nuestro, se regeneran a una velocidad mayor que la de cualquier otro, y se dice que también son sensores naturales… En definitiva, son poder en estado puro, como los alfas.

Excepto por lo de «muy fértiles» el resto la verdad es que suena genial. Aunque tengo dudas sobre algunas cosas.

—Pero si tú nunca habías visto uno, ¿cómo sabes que soy eso?

Él aspira otra bocanada de aire, como si se deleitara en el aroma que emana de mí.

—Lo sé —asevera—. Conocer el subgénero de otros es un instinto natural para cualquier alfa. Especialmente uno como yo.

—Entiendo —asiento, aceptando poco a poco que soy una omega. Sea lo que sea eso—. Tengo otra pregunta.

—Adelante.

—¿Qué quieres decir con lo de ser sensor? Nunca había oído esa palabra.

Él vuelve a sonreírme, esta vez con orgullo.

—Los alfas también lo somos, pero los beta carecen de ese don —me explica—. Se trata de poder sentir a cualquier criatura viva que haya a tu alrededor y sus características. Por ejemplo, de qué

especie son, si están sanos o enfermos, si están rabiosos o en calma… Ese tipo de cosas.

—¿Así que es como tener una especie de radar en la cabeza?

Él se queda pensativo.

—Supongo que sí. Algo así. Aunque todavía nos queda saber cuál es tu rango.

—¿Rango?

—En metros o kilómetros —continúa—. A cuánta distancia puedes sentir a los demás a tu alrededor.

Frunzo el ceño.

—¿Y cómo compruebo eso?

—Relajándote y expandiendo tus sentidos.

El alfa camina hasta uno de los sillones que hay frente a una gran chimenea, lo gira para mirarme de frente y se sienta.

—Pues no sé cómo hacer eso.

—Tampoco sabías cómo transformarte —me dice—. Inténtalo.

—¿Acaso es tu método de enseñanza eso de «inténtalo hasta que te salga por ti misma»? Porque es frustrante, que lo sepas.

Él se echa a reír, aunque yo me había puesto tensa por si acaso se ofendía.

—Supongo que sí —replica con humor—. Nunca había enseñado antes, así que es tan buen método como cualquier otro.

Parece que el alfa acepta críticas y bromas a su costa, lo que es un alivio. Ya sabía que tenía un sentido del humor un tanto retorcido, pero no es lo mismo que aceptar que te hablen con

sarcasmo a la cara. La gente se puede poner sensible y molestarse con esas cosas, aunque ellos mismos lo hagan sin tapujos.

—Muy bien. —Suelto el aire lentamente e intento relajarme como él me ha dicho que haga.

Cierro los párpados y me centro en tratar de «sentir» a mi alrededor, pero solo percibo el aroma y la presencia del alfa. Es como si Rage captara toda mi atención. Como si fuera el fuego y mis sentidos la polilla suicida que pretende quemarse con sus llamas.

Cuando abro los ojos, él está mirando mis pechos de manera muy descarada. Elevo un brazo y me los cubro, aunque no me siento amenazada. Cuando ha dicho que no era un agresor sexual, lo ha hecho muy en serio.

—Solo te siento a ti —le confieso.

Su sonrisa lobuna se hace más amplia, llenándose de satisfacción.

—Eso es debido a que no puedes controlar tus sentidos todavía, y a que te sientes *muy* atraída por mí —me contesta en un tono de ligera burla a mi costa.

Bufo y giro mi cara para que el rubor delator de mis mejillas no se vea tanto.

—En tus sueños.

Oigo su risa de nuevo.

—Qué tímida te has puesto de repente, *agr*… May —se corrige, acordándose de mi petición de antes.

—No sé de qué me hablas. —Noto su buen humor aunque no lo esté mirando, demasiado concentrada en maldecir a mi cuerpo y a lo mojado que se ha quedado mi sexo al volver a sentir su mirada depredadora sobre mi piel, que se ha puesto de gallina—. ¿Podemos seguir con el ejercicio?

—Muy bien. —Decido ignorar su tono, ronroneante y lujurioso —. Prueba a sentir a mi asistente. Está abajo, en la zona abierta al público, junto con un pequeño grupo de betas que están limpiando el desastre de ayer.

Ayer.

No me puedo creer que en menos de veinticuatro horas mi vida haya cambiado tanto. Que yo sea una persona tan diferente a la que era hasta hace unas horas. Más llena de confianza en mí misma, esa que he recuperado tras años de vivir aterrada, y sintiéndome más viva que nunca.

—Vale —contesto con voz temblorosa.

El golpe que ha supuesto el conocimiento de que ya no soy humana para mis emociones parece haberse hecho muy real de repente. Aunque no es un golpe malo, sí que es cierto que mi vida y mi ser han cambiado para siempre, y eso tarda un tiempo en poder procesarse por completo.

Haciendo esos pensamientos a un lado por ahora, trato de sentir al beta rubio de ayer, imaginándome que mis sentidos se extienden hacia abajo… y suelto un grito de asombro cuando lo logro.

—¡Está con otros cuatro! —Casi doy saltitos de la emoción. Es algo impresionante. Es como si los estuviera viendo sin tener que mirarlos. Una sensación difícil de describir, pero muy real—. Aunque son más…, cómo lo diría…, están más apagados.

—Mi asistente es un beta más poderoso que la media —me sonríe el alfa, que parece contento por mi dicha—. Así que es normal que lo sientas más a él que a los otros. Aunque —frunce el ceño y me mira de manera significativa, como si quisiera que sus palabras se me quedaran grabadas en la mente— nunca debes olvidar la posición, estado y movimientos de los más débiles. Sobre todo,

considerando que los que te persiguen son humanos y que ellos suelen sentirse más difuminados que los lobos.

—¿Difuminados?

—Menos concentrados —trata de explicar—. Menos poderosos. Lo entenderás cuando salgamos a la calle y te veas rodeada tanto de lobos como de mortales.

Trago saliva y asiento. Me siento tan protegida y segura dentro de la guarida del lobo que la idea de salir a la calle me pone un poco nerviosa, pero estoy dispuesta a enfrentar a mis demonios.

Y a acabar con ellos de una vez por todas.

Capítulo 13



MAY

Rage tenía razón, las calles están atestadas de gente. La pequeña ciudad costera revive en verano, en pleno auge de turistas, y eso se nota más que nunca ahora que mis sentidos están tan afinados y puedo oler con claridad el sudor, los perfumes, y hasta el aroma a maquillaje o a desodorante. Además de que mis oídos no se acostumbran a la algarabía y de que mi parte sensora se siente agobiada por la multitud.

—¿Podrías decirme cuántos lobos hay en esta calle?

Encima, el alfa no ha dejado de obligarme a hacer ejercicios que me producen una intensa migraña, pero que parecen funcionar para afinar mis sentidos, así que no me quejo.

—Unos… —Expando mi mente y casi me tropiezo con un agujero de la acera. Rage se apresura a enderezarme y me coge del brazo, guiándome entre la multitud. Yo le agradezco el gesto con una sonrisa distraída—. Unos veinte o veintiuno.

Por suerte, estamos en una de las estrechas calles laterales de la ciudad.

Él emite un sonido gutural de aprobación.

—¿Y humanos?

—Unos quince. La mayoría sentados en ese bar. —Señalo hacia la terraza, atestada de mesas y sillas, del bar que hemos pasado de largo hace poco.

—Muy bien —aprueba Rage—. ¿Alguno que te llame la atención?

Frunzo el ceño y vuelvo a concentrarme, investigando mentalmente a los humanos uno a uno. Hay cinco hombres y diez mujeres, la mayoría de edades comprendidas entre los treinta y los cincuenta y algo, según he visto cuando pasábamos por al lado del bar.

Mi vista se ha fijado en ellos de inmediato.

—Un hombre —concluyo por fin—. Me está mirando fijamente. Siento sus ojos en mi nuca a través de sus gafas de sol.

Ello me pone tensa tras habernos cruzado con él.

—Muy bien visto —me sonríe Rage, guiñándome un ojo segundos después—. No te preocupes por él, ya está siendo vigilado.

—Vaya, qué rápidos son los lobos para proteger a los suyos. Es impresionante —comento con admiración.

Rage siente evidente orgullo por su gente.

—Descubrirás muy rápido en tu propia carne y sangre que los licántropos somos muy leales a la manada.

Sus palabras me recuerdan que vamos a conocer a la mayoría de los miembros de su manada, que viven en lo que al instalarme en esta ciudad me había parecido un barrio de gente rica anclado en la montaña, y que ahora sé que se trata de la urbanización donde reside la gente de Rage.

Es una pasada que tengan cientos de kilómetros para ellos solos, pero, dado que el alfa me ha explicado que su abuelo, un alfa

normal a diferencia de él, fue quien fundó este lugar hace más de un siglo, no me extraña tanto como debería el saber que los pocos humanos residentes o viven en apartamentos o en pequeñas casas al otro lado de la cala en la que está anclada la pequeña ciudad, llamada Seawolf.

Un nombre que debería haber sido una pista para mí sobre que este era uno de los muchos territorios de lobos del mundo, pero que no lo fue porque estaba demasiado preocupada por salvar mi vida y por no salir mucho de mi apartamentucho para no llamar la atención de los demás.

Trago saliva. Un gesto nervioso que no me quito de encima ni siquiera a mis treinta y seis años de vida.

La manada se llama igual que la ciudad: Seawolf, y está compuesta de centenares de lobos, la mayoría, cómo no, de subgénero beta, y algún que otro alfa que sirve como parte del gobierno de las tierras que dirige Rage como si fuera su rey.

—No estés nerviosa. No te harán daño.

—Sé que ahora los humanos lo tendrían difícil para hacerme daño, no te preocupes.

Él se ríe entre dientes.

—No es a eso a lo que me refería.

—Ah…

Así que sabe que ir a conocer a los suyos, que ahora también son mi gente, me está causando acidez estomacal, por mucha determinación que tenga de integrarme en la manada cuanto antes. Más aún, siendo su compañera y sabiendo el poder que Rage tiene sobre los licántropos de la región (y de más allá de estas fronteras, si su promesa sobre tener gente en el FBI o en la cárcel resulta ser cierta).

Me va a venir genial vivir rodeada de criaturas a las que los humanos apenas pueden enfrentarse. Meterme en ese club ha resultado un salvavidas. *Rage* ha resultado ser mi salvavidas. Y no lo olvidaré nunca.

—Gracias —le digo, presa de la emoción que tengo por tener una nueva vida en el futuro no muy lejano—. Por todo.

Él me mira de reojo, ligeramente molesto.

—Creo que te dije que no las merecía.

—Las mereces —objeto—. Y mucho.

—Como quieras —acepta él a regañadientes, y luego esboza una sonrisa zalamera, lenta y sensual—. Aunque prefiero agradecimientos más físicos. Hacer algo de cardio siempre viene bien, compañera.

Me atraganto con aire al oírle.

Creo que le gusta provocarme rubores.

—¿Me estás pidiendo sexo a cambio de protección?

Mi pregunta es injusta, y lo sé en cuanto deja mis labios. Pero los nervios siempre sacan lo peor de mí sin mi consentimiento.

Me siento culpable en cuanto veo su expresión cerrarse como una ostra.

—Eso nunca, May —me contesta con severidad.

—Lo sé… Lo siento. Mi boca ha hablado sin pensar. No quería decir eso y tampoco lo pienso, en serio.

Hago una mueca de vergüenza.

—A veces lo que decimos sin pensar es lo que nos ronda por el subconsciente —replica él—. Y otras veces nuestra lengua solo quiere jodernos la vida —añade—. No te preocupes, te perdono.

Su sonrisa vuelve a sus labios de nuevo, indolente y siempre hambrienta, y yo me relajo con alivio.

Por ahora, parece un tipo genial, dispuesto a dar mucho pidiendo poco a cambio. Además de ser un dios del sexo que me ha dado múltiples orgasmos y un tocapelotas profesional.

Creo que podría hasta enamorarme de él con el tiempo. Y, si la posibilidad se hace real, decido que no voy a recubrir mi corazón con mi habitual coraza, porque el mero hecho de haberme salvado la vida merece que le dé una oportunidad de demostrarme que se puede amar sin acabar destrozada por dentro.

Capítulo 14



MAY

El disparo suena alto y claro cuando nos dirigimos al coche, pero apenas lo oigo porque estoy demasiado mareada tras el movimiento de Rage, que se interpone entre la bala y yo con rapidez inhumana, llevándose el tiro por mí.

—¡Rage! —exclamo con horror cuando lo veo sangrar.

Él, en cambio, no parece afectado por tener un agujero en el pecho.

—Métete en el coche. Es a prueba de balas —me ordena, soltando un rugido segundos después que me pone el vello de punta de puro pánico.

Es el aullido de un alfa supremo cabreado.

Algo que muy pocas personas han oído en la vida, y que normalmente, según se dice, supone la muerte de alguien.

En este caso, el francotirador que estaba en el último piso del edificio más cercano, cuya cara, que veo justo antes de meterme en el coche negro deportivo a toda prisa, se pone pálida como la leche.

Creo que Cramwell y sus hombres todavía no saben que ahora formo parte de una manada y que ya no soy humana, pero lo van a

descubrir muy pronto. Sobre todo, van a saber que no estoy sola.

A través de los cristales tintados del asiento del copiloto, veo cómo Rage escala la pared del edificio como si para él fuera un mero paseo por el parque, subiendo los seis pisos que lo componen y rompiendo de un manotazo la ventana antes de meterse en el apartamento en el que está el francotirador. Pocos segundos después, se escucha un grito que hiela la sangre y que se corta de manera brusca, y Rage sale del apartamento y salta los seis pisos, aterrizando tranquilamente en mitad de una calle atestada de gente entrando en pánico y corriendo hacia cualquier lugar que no esté cerca del hombre cubierto de sangre fresca.

—Listo —me dice el alfa al entrar en el coche—. Solo había uno y no he podido sonsacarle más que el hecho de que lo contrataron anónimamente a través del lado oscuro de internet.

Suena enfadado a pesar de que parece haber pasado el peligro, y no me extraña. Si yo, que soy la que no ha recibido el tiro (aunque fuera dirigido a mí) tengo el corazón a mil por hora del enfado, la indignación y el miedo, no me puedo imaginar cómo estará él.

—Debemos llevarte al hospital —balbuceo mirando con horror el agujero de su pecho.

—No es necesario. —Él se mete los dedos en la herida y saca la bala, y el agujero empieza a cerrarse poco a poco frente a mis ojos—. Es una mera bala normal y, aunque no lo fuera, tampoco haría falta.

Es en ese mismo instante cuando realmente me doy cuenta de que estoy sentada junto a una de las criaturas más peligrosas del mundo entero. Y, sin embargo, en vez de sentir miedo, lo que siento es una mezcla de alivio, tensión y sadismo vindicativo por la muerte del francotirador al que este hombre ha matado con las manos desnudas, sin sudar y sin tener que transformarse.

Esto va a ser más interesante de lo que pensaba, pienso para mí misma mientras Rage pone el coche en marcha.

Capítulo 15



MAY

Tardamos unos veinte minutos en salir de la ciudad y llegar a las fuertemente custodiadas puertas metálicas de los suburbios, que además están rodeados de una gruesa pared de unos tres metros de altura con trozos de cristales en lo alto.

Por si no fuera suficiente con cientos de licans viviendo dentro… Solo un loco se adentraría aquí sin invitación, o con ella, pienso con un estremecimiento de anticipación.

Espero caerle bien a la manada, o lo tendré chungo para sobrevivir aunque tenga a Rage de mi parte. He oído que los licántropos suelen ser agresivos con aquellos que por algún motivo no les caen bien.

—No te preocupes —dice Rage de repente como si pudiera leerme la mente—, encajarás bien en la manada.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto mientras cruzamos las puertas automáticas y saludamos a los guardias de la entrada.

—Porque cualquiera que se oponga a mi compañera será descuartizado —comenta con una ligereza que hiela la sangre, como si matar a los suyos fuera tan fácil como asesinar a los humanos que me quieren muerta.

Me aclaro la garganta y evito sonreír, aunque tengo muchas ganas de ello. Jamás pensé que conocer a alguien capaz de matar con tanta calma me haría sentir cálida por dentro, pero la vida da muchas vueltas y, al parecer, el corazón también.

Capítulo 16



MAY

Hay una plaza mayor y tiendecitas por todas partes. Veo una cafetería-pastelería, un restaurante donde venden muchos platos de carne poco hecha, una panadería de lo más adorable, con una fachada que me recuerda a *Nicky, la aprendiz de bruja*, y hasta un pequeño hotel.

—Este lugar es precioso.

—Bienvenida a la verdadera ciudad de los Seawolf —me sonríe Rage con orgullo.

Este lugar le da diez mil patadas a la otra Seawolf, donde los turistas se cuentan por masas en verano y donde los edificios, a pesar de que están bien conservados, no son ni de lejos tan lujosos o bonitos como estos. Es como haber entrado en un pintoresco pueblo en el que cada estación del año se celebra con vigor.

—¿Hay un festival? —pregunto cuando pasamos de largo la plaza y continuamos por la calle mayor mientras la gente saluda al coche al pasar a pesar de que no pueden ver a sus pasajeros.

Supongo que saben que es el deportivo de su alfa supremo.

—Pronto lo habrá. Siempre celebramos varios en cada época del año —me explica Rage, y añade con humor—: No sabes la

cantidad de gente que decide transformarse en vez de disfrazarse por Halloween cuando este coincide con la luna llena.

Me río con él.

—Parece divertido.

—Lo es.

Hay gente por todas partes. No sé qué esperaba de una pequeña ciudad de licántropos, pero no que estos vistieran con ropas veraniegas coloridas y que colgaran carteles por toda la plaza celebrando el verano y disfrutaran de la playa privada que tienen para ellos solos, vallada y separada de la que usan los de la otra Seawolf y sus turistas.

Rage conduce hacia una enorme casa de piedra y madera rodeada de un bellísimo jardín, cuyos altos ventanales están tapados por cortinas blancas y cuya entrada está llena de gente.

—La noticia debe de haberse extendido a estas horas —masculla el alfa, desacelerando para no atropellar a su propia gente mientras esta abre camino para dejar pasar el coche.

Yo me hundo un poco en el asiento, nuevamente nerviosa ante tanta cara risueña, entre los que reconozco los ojos dorados de un par de alfas normales, y rezo en silencio para caerles bien y ser aceptada como una más de la manada, que es lo que ahora mismo anhelo más que nada (excepto encontrar a mi madre).

Rage me pone una cálida mano en el muslo y aprieta con suavidad.

—Tranquila, ya te he dicho que les caerás bien.

—Que me sonrían bajo la amenaza de descuartizarlos si no lo hacen no me parece a mí que vaya a ser lo mismo que encajar, Rage.

Él se echa a reír por mis palabras sarcásticas.

—Los lobos somos como somos —replica—. Todos entenderán mi sobreprotección, especialmente cuando descubran que los rumores sobre nuestro emparejamiento son reales.

—Como tú digas —respondo, decidiendo confiar en el hecho de que él conoce mejor que nadie a su manada.

Sin embargo, trago saliva cuando aparca el coche en el garaje y salgo del mismo, escuchando a la multitud al otro lado de las puertas metálicas automáticas.

Rage me coge de la mano cuando nota mis dudas, dándome ánimos silenciosos y, con una bocanada de aire, decido ser valiente y dar mis primeros pasos en conocer a la manada de la que ahora formo parte.

Soy una Seawolf, me digo mentalmente, tratando de convencerme a mí misma más que a nadie. *Todo saldrá bien. Rage está a mi lado. No hay motivos para tener ansiedad.*

Pero mis palabras no disminuyen la sensación de tener una bola de nervios en el estómago.

Capítulo 17



MAY

Cuando salimos ante la multitud, esta empieza a vitorear con fuerza.

—¡Así que es cierto!

—¡Rage se ha emparejado!

—¡Enhorabuena!

—¡Qué maravilla!

Para mi asombro, parecen tan felices que no dejan de gritar con júbilo. Es como si la noticia les resultara un motivo de inusual bienestar y alivio. Algunos hasta lloran de gozo por su alfa supremo y me miran como si yo le hubiera salvado la vida, en vez de ser al revés.

—¿Ves? —me susurra Rage, inclinándose hacia mí; el calor de su cuerpo traspasa nuestra ropa y hace que salga un quedo jadeo de mis labios al notarlo—, todos están contentos. No tienes nada de qué preocuparte.

—Pero ¿por qué tanto? ¿Y a qué viene al alivio que veo en sus caras?

El brillo de los ojos de Rage no se me escapa. Me oculta algo.

—¿Y qué importa? Lo relevante es que te aceptan como parte de la manada —replica de manera evasiva—. Y ahora ven, voy a enseñarte la casa. Quiero que te acomodes cuanto antes.

Mis sospechas solo crecen y crecen.

Y me pregunto qué es lo que el alfa me está ocultando y por qué es tan importante como para no decírmelo.

Capítulo 18



RAGE

Ella me afecta más de lo que desearía o de lo que había imaginado que lo haría, pero supongo que debo ir acostumbrándome y aprender a manejar mis respuestas a sus emociones. Y deprisa, si quiero llegar a la Luna Roja tan cuerdo como esperaba estarlo tras descubrir que de verdad May es mi *agraz* y dar las gracias a la Diosa por ello mil veces en silencio.

—La planta baja tiene un concepto abierto.

—Ya lo veo —dice ella de manera distraída—. ¿De verdad no vas a contarme por qué la gente me trataba como si fuera una especie de salvadora caída del cielo?

¿Contarle que me estaba volviendo loco y que, durante la próxima Luna Roja, cuando me viese obligado a transformarme, mi propia manada tendría que lograr matarme o el lobo dentro de mí me consumiría y los mataría a todos?

No.

Es algo que prefiero guardarme para mí mismo, especialmente ahora que he logrado encontrarla y, por ende, detener la destrucción de mi actual escasa salud mental.

—No me estás escuchando…

Vuelvo en mí y me la quedo mirando.

—Disculpa —le sonrío, cosa que hace que sus latidos siempre se aceleren. Es un gusto saber que me encuentra atractivo. La mayoría de las hembras huyen despavoridas al ver el color de mis ojos. Ella no—, estaba distraído.

El hecho de que mi mirada estuviera vagando casualmente por sus pechos mientras rumiaba le hace pensar que estaba centrado en mi lujuria.

Bien.

Así puedo posponer un poco más el que sepa cuánto se me desconecta la mente cuando no quiero que lo haga, hundiéndome en mis pensamientos y desconectándome de la realidad sin permiso de mi lado consciente; cosa que me pasaba desde pequeño, pero ahora lo hace diariamente y de manera mucho más larga y profunda.

—Vale —acepta ella haciendo una mueca—. Repito mi pregunta: ¿dónde voy a dormir?

Su pregunta me confunde ligeramente.

—Conmigo.

Es evidente.

Ella se ruboriza y suelta un suspiro.

—Mira, sé que más o menos por la ley de los lobos estamos casados y todo eso…

—Emparejados —la corrijo.

—No veo la diferencia.

—Es mucho más relevante. Más comprometedor en cuanto a las hormonas y la mente se refiere.

—Ah —responde con un deje de confusión. No lo entiende muy bien todavía, pero lo hará con el tiempo—. Bueno, vale. Emparejados. —Se aclara la garganta antes de seguir—. Como iba diciendo, sé que estamos emparejados y tal, pero me resulta un poco incómodo compartir dormitorio contigo así sin más.

Frunzo el ceño y me detengo al pie de las escaleras que íbamos a subir para enseñarle la segunda planta de la casa.

—¿Incómodo? —inquiero—. Hemos follado sobre mi escritorio y ya has dormido en la cama de mi despacho.

Su rubor se acrecienta, pero también su frustración.

—Ya, es que no es lo mismo que compartir un espacio privado de manera perpetua con alguien a quien apenas conozco, sin ofender.

No me ofende, pero, aunque entiendo sus motivos, a mi lobo no le gusta nada de nada que ella no quiera dormir en el nido a nuestro lado, donde estará más a salvo que en ninguna otra parte.

—No te tocaré si no quieres que lo haga.

—No es eso —se apresura a decir ella—. Es que, no sé, necesito acostumbrarme a la idea de que de repente estamos casa… emparejados —se corrige.

—Necesitas tiempo —concluyo, ajeno a la idea ya que yo lo he aceptado de inmediato.

Más aún, lo llevaba deseando desde los primeros síntomas de la locura de los alfas supremos, hace ya casi cinco años.

—Sí —asiente con alivio, y añade—: Y un espacio. Para mí.

—Un espacio…

—Solo hasta que me acostumbre —se apresura a aclararme como si lo necesitara. Sus dedos juegan nerviosamente con el borde

de su camiseta. Una camiseta que huele a mí. A nosotros. A sexo.

—Muy bien —accedo actuando contra mis propios instintos—. Te enseñaré una de las habitaciones de invitados.

La contigua a la mía. Y aun así me cuesta.

Pero vale la pena al ver cómo se relaja.

—Gracias —me sonríe de manera amplia y contenta.

Mi corazón se acelera y mi mente se concentra en su boca. En la forma que tienen sus labios al sonreír.

—¿… Rage?

—Perdona —vuelvo en mí—. ¿Me has preguntado algo de nuevo?

Ella vuelve a fruncir el ceño.

Tiene sospechas y no debería motivarlas más, pero no puedo evitarlo. Su sonrisa ejerce un poderoso afrodisíaco sobre mis sentidos ya desperdigados hace tiempo.

—No —afirma ella—. Solo te decía que me encanta tu… *nuestra* casa. Es tan bonita como la ciudad de los lobos.

Creo que le ha gustado eso de los festivales.

Bien, quizá quiera encargarse de ellos. Y de Martha, la que los organiza todos y siempre tiene mil peticiones que hacerme. Pero eso es algo para el futuro, cuando ya esté más acostumbrada a ejercer el mando de la manada junto conmigo.

Ahora toca ponerla cómoda y hacerla sentir como en casa poco a poco.

Una tarea que, por lo que veo en su mirada mientras le enseño la habitación que ahora es suya, quizá me resulte más fácil de lo que ha parecido por su petición de antes.

Capítulo 19



MAY

No bromeaba cuando le he dicho que la casa era preciosa. Es la más bonita que he visto en mi vida. Vivir aquí no será un problema, sobre todo comparado con los apartamentuchos en los que he residido durante el programa de protección de testigos… y más aún debido a que ha prometido respetar mi espacio y mi ritmo.

La verdad: no me lo esperaba tan complaciente. Quizá se deba a eso que me oculta y por lo que he deducido que parece necesitarme, por el alivio de su gente y lo solícito que es con mis condiciones, a pesar de que sospecho que no se alinean para nada con lo que los licans esperan de un emparejamiento. Eso de la convivencia inmediata, el sexo a todas horas y demás.

A mí me va el sexo solo cuando mi cuerpo lo necesita y mi mente está de acuerdo en eso. Y, aunque Rage me resulta muy atractivo, con una vez por ahora ha bastado para conseguir lo que quería. No es que no quiera tener sexo con él, pero lo tendré cuando a mí me apetezca, no porque un millar de historias eróticas sobre los lobos y sus parejas que circulan por ahí me inciten a cumplir con los deseos del alfa.

—La habitación es perfecta. Y el baño adjunto también.

No le doy las gracias porque no parece apreciarlas. Es como si él sintiera que todo lo suyo de repente es mío, por lo que no me quejo, aunque no comparta el sentimiento.

—Me alegra que todo sea de tu agrado —replica Rage con sinceridad y una media sonrisa seductora—. Siempre puedes cambiar lo que quieras si algo no te gusta.

Alzo las cejas con sorpresa.

—¿Me estás ofreciendo tu cartera? —Luego, cuando las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de lo maleducada que suena mi pregunta—. Perdona, me refería a que yo no tengo economía para…

—Sí —me interrumpe él—. Mi dinero es tuyo y estaré conforme con que lo gastes siempre y cuando no hagas excentricidades con él. De hecho, te abriré una cuenta bancaria de gastos, si te parece bien.

Abro la boca y la cierro de golpe, sorprendida.

—Vaya, eso es muy generoso por tu parte.

No tengo ni idea de qué otra cosa decir. Me he quedado sin palabras.

¿Quién ofrece su dinero sin tapujos a una persona a la que acaba de conocer y de la que no sabe nada, aunque estén emparejados?

—No. Es lo normal —objeta él—. Estamos emparejados. Ahora somos una sola unidad.

Me temía una respuesta como esa. Una ante la que sigo sin saber cómo reaccionar. Excepto diciendo una palabra que me callo porque no le gusta: gracias.

Así que me callo.

—¿Cuatro millones estarían bien?

—¿Qué? ¿Perdona? —Me quedo a cuadros.

¿Acaba de decir lo que creo que ha dicho?

—Para tus gastos personales —me aclara—. Mensuales, claro.

Mi boca vuelve a abrirse de pura sorpresa.

Pero ¿cuánto dinero tiene este hombre?

—Claro —repito con voz aguda e incrédula.

—Perfecto —asiente él, y parece que no se da ni cuenta de mi estupefacción.

Parece distraído otra vez. Como si su mente estuviera a años luz de la conversación que estamos manteniendo.

—¿Sabes? —murmuro—. Creo que al final vas a resultar ser el marido perfecto y todo.

Capítulo 20



MAY

Esa noche duermo a pierna suelta como no había dormido en años.

Supongo que descubrir que, aparte de ser una poderosa licántropa y de estar casada con otro, eres millonaria hace que la mente y el cuerpo se relajen del todo.

Cuando me despierto esa mañana en la enorme habitación con vistas a un frondoso jardín que ahora es también mía, lo hago con una sonrisa de deleite.

Cramwell se va a cagar encima. Ojalá pudiera ver cómo lo matan, pero a estas alturas lo único que quiero es paz, así que me conformo con saber que mi historia con él se va a acabar de una vez por todas.

Sé que Rage cumplirá su promesa y me protegerá, lo que me hace plantearme si debería retomar mi carrera como periodista de investigación, esa que tanto me apasionaba antes de que el maldito sociópata mafioso me robara eso también.

—Buenos días, mundo —saludo al universo levantándome de la cómoda cama tras estirar mis músculos con un gruñido.

No sé ni qué hora es. Y tampoco me importa. Solo sé que he dormido mejor de lo que lo he hecho en más de diez años.

Mi estómago ruge mientras me aseo en el baño adjunto y decido vestirme, aunque me dé un poco de asco ponerme la ropa de ayer (que todavía conserva el olor a sexo y a alfa), para bajar a por un desayuno tardío. Cuando entro en la cocina, me encuentro a Rage cocinando, lo que me sorprende sobremanera.

—Pensaba que los millonarios teníais personas de servicio para todo —bromeo.

Él suelta un quedo gruñido de desconformidad.

—No me gusta que haya gente merodeando por mi casa —me explica—. Solo acepto que vengan a limpiar de vez en cuando porque se me da fatal y, además, no me gusta.

Me echo a reír con ganas mientras tomo asiento en uno de los taburetes de la isla principal. No puedo dejar de mirarle. Está buenísimo. Tiene unos bíceps que son para morirse.

—Ya somos dos —admito—. A mí tampoco me gusta.

Saber que no voy a tener que encargarme de limpiar nada en esta enorme casa solo me pone de mejor humor que antes.

—Nuestra primera muestra de compatibilidad —me guiña un ojo—. No te preocupes, no tendrás que hacer nada que no te apetezca hacer —añade como si me hubiera leído el pensamiento. Y luego dice al ver mi cara de incomodidad—: Soy incapaz de leer la mente. Era mera cortesía.

—Ah —replico con alivio, relajando los hombros que se me habían tensado sin que yo me diera cuenta.

—Y un buen ojo para interpretar el lenguaje corporal —me explica.

Me río entre dientes.

—¿Tanto se me ha notado?

—Eres fácil de leer. —Se encoge de hombros, depositando un plato frente a mí—. Y ahora acábate tu desayuno.

Me quedo mirando el contenido del plato.

—Nunca había desayunado carne a la plancha con patatas.

—Créeme, la vas a disfrutar —me asegura el alfa mientras se sirve su propio bistec.

—¿Los lobos comen carne a todas horas? —pregunto mientras cojo el cuchillo y el tenedor que me ofrece por encima de la encimera—. Gracias por el desayuno, por cierto.

Aunque sea más bien un almuerzo.

—No todo exclusivamente —me señala las patatas con la barbilla mientras da la vuelta a la isla y se sienta a mi lado—. Pero casi siempre.

—Vaya.

—Tu cuerpo te lo pedirá —me advierte—. Y, créeme, es mejor esto que perder el control en luna llena, que tu lobo vaya de caza y acabar atacando a alguien para devorarlo. No hay suficientes presas en el bosque…, pero la ciudad está llena de ellas y nuestro lobo interior sabe cómo encontrarlas.

Hago una mueca de asco y me meto en la boca un pedazo del bistec poco hecho, disfrutando del sabor, me parece el mejor manjar que he comido en la vida.

—Esto está buenísimo —gimo de placer, engullendo el siguiente bocado con ansias.

Es como si estuviera famélica de repente. El bistec vuela de lo rápido que me lo como.

Cuando me acabo el plato entero y desvío la mirada hacia Rage para preguntarle si hay más, veo que el alfa me está mirando

fijamente con las pupilas dilatadas y que no ha tocado su propio plato.

—Ten. —Me acerca su comida con una mano. Su voz suena ronca y grave—. Come, mi omega —ronronea.

—¿Y tú?

Su sonrisa es lenta y muy sexual.

—Ya comeré luego. —Suena como una promesa que tiene que ver mucho conmigo, y nada con comer en sí.

Mi rubor hace acto de presencia, así que bajo la vista y devoro lo que hay en su plato con ansia, centrándome en el delicioso aroma y sabor de la comida en vez de en el oscuro hambre sexual que el alfa emana por cada poro de su cuerpo.

Capítulo 21



MAY

Rage se va esa tarde a ver cómo va el club, que es al parecer uno de sus muchos negocios, así que me quedo sola en la casa para explorar a mis anchas con la única advertencia de que no salga del complejo de los lobos.

No es que lo necesite, pienso encogiéndome de hombros cuando me despido de él en la puerta. *Este lugar es tan grande que tardaría semanas en pasear por todas sus calles.*

Y lo cierto es que me ilusiona bastante. De solo pensar en el encantador hogar de los licántropos, en sus festivales y gentes, en que todo ello es seguro para mí y que no tengo por qué tener miedo a perder la vida o a ser atacada de ninguna forma hace que una agradable sensación de aleteo se aposente en la boca de mi estómago.

Así que decido salir para explorar un poco, ya que de repente quiero volver a ver la plaza con la glorieta y la decoración del festival que están montando los lobos.

La suerte es que, antes de que se fuera Rage, ha venido el beta rubio con mis cosas, rescatadas del viejo apartamento en el que vivía, así que puedo ducharme y luego vestirme con ropa limpia y fresca con tranquilidad. Cruzo el jardín delantero a paso ligero,

nerviosa por conocer a mi nueva manada, pero también ansiosa por hacer nuevos amigos, cuando noto una presencia justo delante de mí. Tras la puerta que da a la calle.

—¡Hola! ¡Tú debes de ser la señora May! —saluda una mujer curvilínea y muy bien arreglada en cuanto la abro—. Estoy encantadísima de conocerte.

La mujer me da dos besos rápidos en las mejillas y yo me quedo un poco a cuadros por lo genuinamente feliz que parece de conocerme.

—Hola —saludo con un deje de timidez y una sonrisa amistosa.

—¡Uy! ¡Qué modales los míos! —exclama ella como si hubiese cometido un delito—. Mi nombre es Martha Hammon Seawolf y soy la organizadora de festivales y actividades de Seawolf —continúa—. La parte licántropa, claro, no en la que viven los humanos —ríe.

—Encantada, Martha.

Ella ya sabe mi nombre, así que no me hace falta ni decírselo. Lo que, tras años de estar escondida bajo nombres falsos, en vez de causarme miedo e incomodidad el sentirme como la súbita estrella del barrio, me produce una inmensa alegría.

Otra cosa que agradecerle al destino que me emparejó con Rage: que ya no tengo que ocultarme jamás.

—¡La que está encantada soy yo! —repite la mujer de nuevo con una gran sonrisa.

En ese momento, decido que me cae bien. Tiene un aura de lo más amistosa y jovial.

—¿Querías algo? —le pregunto con curiosidad—. Rage no está, se ha ido…

—Al club o a cualquier otro sitio que requiera su atención —me interrumpe con un suspiro—. Lo imaginaba. Pero, no, querida, a quien quería conocer es a ti.

—Oh.

—Verás —me explica—. Estamos a finales de verano y se acerca el festival que lo celebra.

—Entiendo.

—Pero, aunque lo he planeado ya casi todo, ¡todavía faltan una docena de cosas que hacer! Y Rage *siempre* está ocupado. —Pone los ojos en blanco—. Es como si las celebraciones de Seawolf le fueran indiferentes. Si hasta no viene muchas veces a los festivales. —Se lleva una mano al cuello con preocupación—. Y a la gente le deprime no ver a su alfa supremo asistiendo a estos eventos. De hecho, el año pasado hubo menos gente que el anterior. Y no te quiero contar ya en el de inicios de otoño… Eso fue un desastre total.

—Así que quieres que convenza a Rage de que vaya a los festivales.

Frunzo el ceño. No sé si me sentiría cómoda haciendo tal cosa.

—Uy, no —ríe Martha—. Aunque si lo intentaras te lo agradecería. No, lo que me gustaría es que *tú* acudieras a los festivales. Si te apetece, claro.

—Me gustaría mucho —digo, tratando de no mostrar lo entusiasmada que me pongo con la idea—. Vi cómo montabais la decoración de la plaza y me pareció precioso.

—¿Verdad que sí? —se alegra Martha—. El caso es que, contigo asistiendo a los festivales, ¡todos volveríamos a estar unidos como lo estábamos antes!

—¿Es que hay conflictos entre los lobos? —indago sin poder evitarlo.

Mi olfato de investigadora está empezando a salir a la luz de nuevo.

Martha se pone nerviosa, y el hecho de que puedo olerlo en su aroma de loba y verlo en su lenguaje corporal me dice que he dado en el clavo.

—Yo no soy quién para hablar de esas cosas —se apresura a decir—. Perdóname. Me he dejado llevar, como siempre, y he hablado demasiado.

—No pasa nada —la calmo, queriendo más información sobre mi nueva manada—. No es como si se lo estuvieras contando a alguien de fuera.

A ella le brillan los ojos del alivio.

—¡Cierto! —me sonríe otra vez—. Eres la nueva jefa de por aquí, así que supongo que tarde o temprano ibas a enterarte. E imagino que Rage ya te habrá dejado caer algo…

—Claro —miento—. Escucha, Martha, ¿qué te parece si damos un paseo, nos tomamos un café juntas y me cuentas lo que sabes sobre esos conflictos? Como nueva jefa de por aquí, me gustaría mucho escuchar la opinión de alguien de la manada.

Aunque de lo de ser jefa no tenga ni idea. Ni siquiera sé qué hacen los líderes de los licans. ¿Asistir a festivales? ¿Procurar que los demás no se metan en líos durante la luna llena? No se me ocurre nada más.

—Eso sería perfecto. Así además podría contarte más cosas sobre los festivales.

—Excelente —amplío mi sonrisa.

Puede que no vaya a publicar esto en ningún periódico, pero ello no significa que mi curiosidad esté muerta. O que no me preocupe la estabilidad de mi nuevo hogar. Y creo que Martha va a ser, además de una nueva amiga, una fuente de información magnífica.

Capítulo 22



RAGE

La voz del otro lado del teléfono está orgullosa de sus actos.

Era previsible.

—¿Así que está muerto?

—Destripado, señor —responde el condenado a muerte por el brutal asesinato de otro encarcelado en su última llamada—. Yo mismo me he encargado.

—Gracias.

—No hacían falta, señor. Ha sido todo un placer servirle.

Si no estuviera condenado en primer lugar por violación y el brutal asesinato de una familia humana, lo habría sacado de la cárcel. Pero dados sus antecedentes, lo mejor que ha podido hacer es librar al mundo de ambos: él y su víctima, aunque suene duro viniendo de alguien a quien acaba de hacerle un favor.

—Tu servicio será recordado.

Así como lo serán sus víctimas.

—Gracias, señor. Eso es todo lo que pedía: una oportunidad para redimirme antes del final —solloza él—. Solo espero haberle

servido bien.

—Más que bien, chico —contesto.

Se oye una voz al otro lado de la línea advirtiéndole al preso que su última llamada debe terminar ya.

El pinchazo de la muerte le espera.

Una pena que solo tenga veinticinco años. Pero la sangre de los inocentes a los que mató y la chica a la que violó no se me olvidan.

—Que sea rápido y leve.

—Señor, querría pedir…

La llamada se corta justo a tiempo. A pesar de todo, no me habría gustado negarme a salvarle la vida y oír sus maldiciones y lamentos cuando me negara. Aunque lo habría hecho de todas formas.

—Un cabo suelto menos —le digo a mi asistente cuando cuelgo el teléfono.

—¿Cramwell, señor?

—Muerto —asiento—. ¿Hay noticias sobre el equipo de investigación?

Él niega con la cabeza.

—Por desgracia, Cramwell no confesó antes de morir… y, si me permite añadirlo, el francotirador tampoco.

Lo maté demasiado rápido. Lo sé.

Pero no podía dejar a May sola en la calle tras otro intento de asesinato.

—Si tras la muerte de Cramwell no vienen más asesinos a por ella, deberemos buscar a su segundo al mando nosotros —mascullo —. No podemos fiarnos de que la deje en paz el resto de su vida y, además, no me gusta dejar cabos sueltos. Ya lo sabes.

Mi asistente asiente con cara de comprensión.

—Sí, señor. Lo sé —dice—. ¿Debería unirme a la búsqueda yo mismo?

El beta es extremadamente bueno investigando a la gente. Aun así, me lo pienso un rato. No es que Bexley vaya a entorpecer la investigación, pero los lobos del FBI suelen ser orgullosos y compañeros difíciles con los que trabajar.

—Llama a Jones —le indico finalmente—. Es el que lleva la investigación. Dile que vas de mi parte a ayudar. Cuéntales que Cramwell no ha revelado nada incluso bajo tortura, así que sospecho que debe de ser alguien a quien o bien temía más que a la muerte o bien amaba.

Esas dos cosas son las únicas que se me ocurren para que el hombre cerrara los labios incluso al final de su miserable vida.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—No. Por ahora eso es todo —replico—. Centraos en encontrar al segundo al mando que enviaba a los asesinos. Buscad cualquier pista: llamadas, visitas a la prisión…, cualquier cosa que nos sirva.

—Eso haré.

—Bien. Puedes irte.

Tras una breve reverencia, Bexley se retira en silencio a cumplir mis órdenes.

A Jones no le va a gustar que lo mande. Siempre ha sido una loba solitaria a pesar de trabajar con un equipo en el FBI, pero mi

palabra es ley y Bexley tiene habilidades que pueden aportar mucho a la investigación.

Estiro mis músculos una vez estoy solo. No estoy acostumbrado a que estén tan relajados. Desde que May apareció en mi vida hace dos días, parece que mi lobo interior ha dejado de estar tan inquieto.

Las viejas brujas del consejo de Seawolf tenían razón: necesitaba encontrar a mi compañera predestinada para detener la locura y empezar a sanar.

Con May y su delicioso cuerpo en mente, decido coger libre el resto del día y probar suerte en seducirla. Que ella quiera espacio no significa que yo no pueda hacer mi mejor esfuerzo para que sus bragas se caigan y atraerla hacia mi cama.

Al fin y al cabo, nunca dije que iba a portarme bien.

Capítulo 23



MAY

Creo que Rage pretende seducirme.

Ni siquiera es sutil respecto a ello. El alfa se pasea casi en pelotas, con solo una toalla atada a las caderas, secándose el pelo con otra más pequeña de camino a la cocina. Sus marcados músculos abdominales y esos malditos pectorales tatuados llaman mi atención de inmediato, capturándome en una ola de lujuria que no soy capaz de ignorar.

Ello no significa, sin embargo, que vaya a caer tan fácilmente. Sobre todo, cuando le he pedido que respete mi espacio y él sabe de sobra que ello no implica solo los espacios físicos, como el dormitorio, que ahora ocupo, sino que me dé tiempo para acostumbrarme a la idea de que mi vida ha cambiado por completo y de que ahora no solo soy de una especie diferente a la de mi nacimiento, sino que además estoy emparejada de por vida con un hombre que apenas conozco.

—Bonitos tatuajes —comento mordazmente cuando se para frente a la nevera y yo, que estoy sentada en uno de los taburetes de la isla de cocina comiéndome un helado, me fijo en que su espalda también está tatuada.

—Son de la manada —me explica—. Representan a los primeros lobos, que se transformaban solo durante la luna llena, y la historia de los Seawolf desde su fundación hace doscientos años.

—Ya veo. Son preciosos.

Estoy un poco perpleja. De normal no suele hablar tanto. Además, ¿pretende seducirme con su conocimiento sobre la historia de su gente? Porque, si es así, va por buen camino.

Siempre me han atraído los hombres intelectuales.

—Una vez te sientas más a gusto viviendo entre nosotros y tu integración esté completa, podrás hacértelos, si quieres.

Alzo las manos y voy a negar con la cabeza cuando me lo pienso de nuevo, bajándolas hasta posarlas sobre la encimera y dejando el palo del helado que ya me he terminado sobre el envoltorio.

—Tal vez lo haga —dudo un poco a la hora de hablar—. Cuando te he dicho que me parecen preciosos, no mentía.

—Lo sé. Puedo oler las mentiras a kilómetros, mi *agraz*.

Me aclaro la garganta. Espero que las mías, cuando me salgan, no sean tan evidentes como para eso, por mucho que él diga eso.

—Es una habilidad muy útil.

—Como el ser sensor.

Hago una mueca.

—Esa también lo es, sí. Aunque sigue dándome un poco de dolor de cabeza cuando extiendo mis sentidos como me enseñaste.

Él eleva un hombro en un gesto casual y cierra la nevera una vez ha cogido el batido proteico que había en la puerta.

—Te acostumbrarás a hacerlo y dejará de doler con el tiempo.

—Vaya. Gracias por el ánimo —replico con un deje de sarcasmo.

Rage se ríe entre dientes.

—No soy bueno levantando los ánimos de la gente. —Se encoge de hombros de nuevo mientras da un trago a su bebida. Sus músculos se tensan y destensan con el gesto y mis ojos se ven inevitablemente atraídos por el movimiento.

—Nadie lo diría —digo de manera distraída.

Él, en vez de sentirse ofendido por mi lengua mordaz, solo me sonríe de manera sensual, limpiándose los labios con la mano una vez ha terminado de beberse el batido.

—Voy a hacer algo de cardio, ¿quieres unirte?

Por la mirada que me dirige, sé qué tipo de cardio le interesa tener. Como si su modelito y su piel húmeda no me lo hubieran dejado claro. O sus ojos, que me repasan de arriba abajo.

Maldito sea, pienso mientras me acaloro. *Es más guapo que Henry Cavill, ¿cómo puede ser eso?*

El jodido alfa *sexy* va a ser muy difícil de resistir.

Pero yo soy una campeona de frustrarme a mí misma por el bien de mi escasa salud mental. Aunque en este caso no le vea la gracia. Ni el beneficio de rechazarlo. Ni…

Déjalo estar, me regaño a mí misma. *Has decidido que no quieres volver a acostarte con él porque necesitas tiempo para pensar las cosas y tienes suficiente voluntad como para rechazarlo, por muy bueno que esté.*

—No, gracias. Paso.

—Entendido.

Está claro que lo ha pillado y que no va a presionarme. Y lo agradezco mucho. Dice algo muy bueno de su carácter.

Quizá incluso pueda llegar a apreciarle con el tiempo, pienso mientras lo veo marcharse hacia el gimnasio de la planta baja de la casa. *Eso estaría bien.*

Capítulo 24



MAY

Rage no vuelve a intentar seducirme de nuevo (al menos hoy), y yo me siento aliviada de ello.

Sé que puede parecer que, dado lo deprisa que accedí a tener sexo con él nada más conocernos, soy una mujer muy libre sexualmente (y lo soy), pero también soy una mujer a la que le gusta conocer a sus amantes y que lleva un largo tiempo sin tener uno (sin contarle a él) por el miedo a que alguien descubriera mi identidad real o que ese alguien fuera uno de mis enemigos que trataba de acercarse a mí.

La paranoia no es buena para ligar, la verdad. Hace las cosas muy difíciles y, pese a que me fío del alfa supremo hasta cierto punto, no puedo evitar alzar algunas barreras entre nosotros.

Aunque con su manada, por extraño que eso suene, no es lo mismo. Quiero que me acepten y también hacer amigos. Hace tantísimo tiempo que no tengo ninguno que ya apenas sé cómo socializar de manera normal. Estoy deseando conocer a la gente que conforma la manada Seawolf, pero también estoy muy nerviosa, así que, cuando Martha, que es una de las personas más agradables que he conocido en toda mi vida, me ofrece ir a una reunión de colaboradores del festival, acepto sin pensarlo mucho, aunque luego me paso horas ansiosa hasta que llega el momento.

Martha pasa a recogerme en su coche mini, ya que yo todavía no tengo mucha idea de dónde está cada cosa a pesar del *tour* que me dio por el pueblo hace unos días, y, tras despedirnos de Rage, que se vuelve un poco huraño cuando la mujer beta le pregunta si va a asistir a la reunión y se niega en rotundo a ello, animándome a mí a tomar decisiones en su lugar (como si necesitara más presión), ponemos rumbo a la casa comunal.

—No estés nerviosa, querida —me anima Martha al oler mis emociones permeando el aire a mi alrededor (maldito olfato licántropo)—. Seguro que le caes bien a todo el mundo y, si no, que se vayan a tomar por culo.

Suelto un bufido de risa al oír a la dulce y fina mujer soltar semejante taco, que seguro que es la reacción que ella esperaba al hacerlo.

Martha me sonríe y me guiña un ojo mientras aparca en una plaza con una placa que lleva su nombre.

—¿Tienes tu propia plaza?

—Todos los miembros del consejo las tenemos —me explica—. Seguramente ya estén añadiendo la tuya y te informen de ello en algún momento de esta semana.

—Oh —me sorprendo.

Nos bajamos del coche y mi nerviosismo solo aumenta cuando veo un montón de caras curiosas que me observan, algunas de reojo y otras sin tapujos.

—Ven —Martha me coge del brazo y su cercanía logra calmarme un poco—, te presentaré a todo el mundo.

«Todo el mundo» resulta ser unas quince personas que forman parte del consejo cultural del pueblo. Casi todo mujeres y todos ellos beta.

—A los alfas no les interesa mucho organizar fiestas y eventos —me comenta Jacob, un alegre hombre de sonrisa ancha y amigable, como su hermana Martha—, y los omega hasta ahora erais una leyenda. Incluso hoy en día pocos se creen que existas realmente.

—¡Jacob! No seas obtuso.

—No pasa nada, Martha. Yo misma no sé muy bien qué significa ser omega. Todo esto —hago una señal con la mano que lo abarca todo: el edificio, las personas y a mí misma— es nuevo para mí.

La amable mujer beta me palmea la mano con suavidad, inspirándome una sensación de confianza y afecto hasta ahora desconocida para mí.

—Seguro que todo saldrá bien. Tú no te preocupes. La gente ya te aprecia, te lo aseguro.

—¿Y eso por qué? —le pregunto con confusión.

Esta vez, es ella la que parece ponerse nerviosa. Como cuando me dijo que no debía meterse en los asuntos del alfa supremo.

Pero su hermano, que no tiene pelos en la lengua, no se corta al responder.

—Porque has evitado que todos acabemos muertos o, peor, que tengamos que irnos de Seawolf.

Su declaración me deja tan conmocionada que ni siquiera reacciono cuando alguien se nos acerca desde el fondo de la calle con cara de malas pulgas.

—Así que esta es la puta con suerte, ¿eh? Me esperaba más. Es bastante fea.

Capítulo 25



MAY

Las palabras de la desconocida me cabrean, pero, sobre todo, lo hace la manera en la que me mira: como si yo fuera mierda que acaba de pisar.

—¿Quién coño eres tú? —le gruño.

Ella hace un gesto coqueto e infla el pecho. Está claro que es muy consciente de que es un bombonazo, pero eso a mí me trae sin cuidado.

—Judith Grave…

—Es la examante de Rage —la interrumpe Martha, dándole la espalda como si de esa forma pudiera restarle importancia a su presencia—. Una chica muy maleducada que se creía que Rage acabaría emparejándose con ella a pesar de que no estaban predestinados.

La beta pone los ojos en blanco, lo que hace rechinar los dientes a la recién llegada.

Judith da un paso adelante y yo otro más en su dirección cuando veo la malicia de sus ojos dirigida hacia Martha, cosa que no pienso tolerar.

—Olvida lo que quiera que estuvieras pensando hacer —vuelvo a gruñirle.

—¿O qué? —resopla ella—. ¿Llamarás a Rage para que os defienda? Te advierto que hasta hace unas noches estaba muy a gusto entre mis piernas… y muy dispuesto a matar por mí.

—Tú lo has dicho —replico con retintín—: hasta hace unas noches. Ahora las cosas han cambiado. Y, de todas formas, eres *su* pasado, no el mío. No pintas nada en mi vida. Así que largo. No voy a discutir por una tontería como tu orgullo herido.

No esperaba la ronda de aplausos del público improvisado del consejo cultural, y al oírla me ruborizo, dándome cuenta de que no estoy enfrentándome a una abusona sola, sino que hay gente que me apoya.

Es la primera vez que me pasa esto. Y sienta tan bien que casi me emociono, aunque esta vez logro controlar mejor mi turbación y no me ruborizo por los vítores cuando Judith da media vuelta y se marcha tras soltar unos cuantos improperios contra los observadores.

Martha se lleva la mano al pecho y suspira con alivio.

—Casi creía que iba a intentar pelearse conmigo.

—Seguro que puedes contra ella —intento animarla como ella ha hecho conmigo antes.

La beta se ríe.

—¡Ay, no! No estoy hecha para peleas licántropas, por mucho que naciera siendo una. Me siento más a gusto en mi piel humana, ¿sabes?

Parece una confesión dicha sin pensar, porque instantes después mira nerviosamente a los demás, que no parecen haberse

dado cuenta o quizá no les importa que Martha no se sienta a gusto transformándose.

—En fin —continúa tras aclararse la garganta—, será mejor que vayamos empezando con la reunión o se nos hará muy tarde.

—Vale —le digo, siguiendo sus pasos hacia las escaleras de entrada de la sala comunal.

Puede que el pueblo de los lobos no tenga muchos habitantes, pero está claro que va a ser un lugar lleno de emociones para mí. Y estoy determinada a que la mayoría de ellas sean buenas.

Capítulo 26



MAY

La reunión está llena de risas y alegría general. O al menos lo está hasta que Martha, que se pone repentinamente seria al subirse a la palestra, da unos golpecitos con el martillo de madera para llamar la atención de todo el mundo.

Las personas, incluida yo, enmudecen y toman asiento en los sillones dispuestos por toda la sala encarando el escenario desde el que la beta nos observa junto a una mujer de mediana edad con una carpeta en la mano que imagino que será la tesorera.

—Primero leeremos el acta de la sesión pasada para que nuestra nueva incorporación, mi nueva amiga May y la omega suprema de la manada Seawolf —me quedo a cuadros con lo de «omega suprema»— esté al día de lo que se cuece en esta sala.

Hay alguna que otra protesta suelta por ahí, pero en general la gente solo gruñe con resignación mientras la secretaria o tesorera o lo que sea, que se presenta nerviosamente con una sonrisa dirigida a mí como Helen, empieza a leer lo que sucedió en la reunión anterior sosteniendo su carpeta firmemente frente a su rostro bajo la atenta mirada de Martha.

—Juro que se vuelve como Hyde cuando sube al estrado —me susurra Jacob, que está sentado a mi lado.

Me río por lo bajo mientras trato de escuchar a Helen, pero al cabo de una hora de que nos cuente con detalle las minucias de lo dicho por cada persona (y el tono de voz con el que lo dijo) casi empiezo a dar cabezadas, aunque sé que lo hace por mi bien.

Aplaudo cuando termina como hacen algunos, pero la mirada fulminante que nos dedica Martha hace que pare de inmediato, incómoda y divertida a la vez.

Jacob tiene razón, es como Jekyll y Hyde, pienso para mí misma, ahogando un bostezo que espero que la beta no vea desde el escenario.

—Bien —anuncia Martha—, ahora que todos estamos al día de cómo van los preparativos para el festival y de quién ha propuesto cada cosa… con mayor o menor acierto —algunas personas carraspean al oír eso—, podemos empezar con esta reunión.

—Abro el acta de inmediato —dice Helen, pasando papeles a toda velocidad en su carpeta y sacando un boli del bolsillo de su peto vaquero.

—El primer tema del día son los colores de los adornos de la plaza mayor, de los que Jacob Hunter se ha quejado otra vez…

Los gemidos que sueltan algunos me hacen presentir que no es la primera vez que el tal señor Hunter se queja.

La reunión sigue en esa línea durante un par de horas, en las que todos votamos con igualdad por los diferentes diseños que Martha nos propone tras descubrir las pancartas del festival, el diseño de las luces de las calles colindantes a la plaza y un largo etcétera.

Aunque imagino el porqué de que Rage no quisiera venir, la verdad es que yo me lo paso tan bien comentando con los demás cada cosa y socializando amigablemente por primera vez desde hace diez años que el tiempo se me pasa volando.

Cuando, dos horas después de mi breve discusión con Judith la gente me da la mano y se presenta a la vez que se despide y me dicen con sonrisas que esperan verme en la próxima reunión del consejo (como si hubiera pasado una especie de prueba social a sus ojos), estoy tan contenta con cómo ha ido la noche que la chica y sus palabras han desaparecido de mi cabeza.

Básicamente porque tampoco es que me importe mucho. Nunca he sido mucho de peleas de gatas. Y menos por un hombre.

Pero ella sí que se acuerda de mí… e intenta atropellarme cuando salgo caminando y charlando con Jacob y Martha hacia el coche de esta última.

Capítulo 27



MAY

Es la primera vez que veo a Rage tan cabreado y tan serio. Y también la primera vez que contemplo un juicio de lobos. Literalmente.

Después de que Judith intentara atropellarme y yo, en una muestra de habilidad que me sorprendió hasta a mí, saltara por encima del coche y aterrizara sin un rasguño al otro lado (y Jacob y Martha se apartaran corriendo del coche de Judith), Rage no tardó en enterarse.

Sobre todo, porque había más de una quincena de testigos y todos ellos le llamaron casi al mismo tiempo para informarle de lo sucedido, saturando las líneas de teléfono de su oficina, desde la que ahora sé que dirige a la manada como si se tratara de un alcalde en un ayuntamiento.

Aunque es una comparación cogida con pinzas en el sentido de que, aparte de liderar a los Seawolf y tomar decisiones sobre sus leyes e infraestructuras, Rage es también juez y verdugo.

—¡No, por favor! —suplica Judith—. Sé que en el fondo todavía me quieres. ¡No puedes hacerme esto por esa zorra!

—¡Oye! —me quejo, aunque me da muy igual lo que me diga.

Lo que me molesta es que está dale que te pego con los términos misóginos. A esta chica nadie le ha enseñado que se supone que en las fechas en las que estamos las mujeres tendríamos que apoyarnos las unas a las otras y rehuir de las peleas de gatas por un hombre.

Yo, ciertamente, no pienso emplear los términos en los que ella no ha parado de tratar de definirme sin éxito para insultarla. Tengo cosas mucho mejores que hacer.

Como mirar al alfa supremo de reojo.

Rage frunce tanto el ceño que parece casi unicejo, lo que me causa una diversión muy inapropiada. Aun así, el maldito alfa con cara de malas pulgas está buenísimo, mejillas sonrojadas por la rabia y todo.

—No sé de qué mierdas me hablas —le gruñe—. Nunca te dije que te amaba. Eso solo está en tu imaginación.

La pobre Judith hasta me da pena por la cara que pone al oír eso.

—Pero…

—¡Ya te ha dicho que pares con eso! —exclama alguien desde el gentío.

Hay una multitud de gente rodeándonos y observando la escena. Tanto Rage como yo estamos sentados en dos altos tronos (porque no se puede llamar de otra forma a estas enormes sillas de madera tallada) frente a una arrodillada y custodiada Judith que suplica, no que la perdonen, sino que no la castiguen, que es diferente.

Seguramente más de la mitad del pueblo ha llenado la plaza principal del mismo para ver el juicio medieval de la chica, deduzco. *Porque otra cosa no se le puede llamar. Hasta me han dado un*

vestido que ponerme y todo antes de guiarme hacia el incómodo trono.

—Judith —habla Rage en tono imperativo, acallando sus insultos hacia quien haya hablado de la multitud—, ya basta. Has intentado atropellar a mi compañera…

—Pero…

—¡Cállate! —vuelve a gritar alguien cuya voz reconozco como la de Jacob en esta ocasión.

—… y sabes que ese es un crimen imperdonable.

—No quiero morir —llora Judith.

—Yo tampoco —le recrimino yo con sarcasmo.

Ella me lanza una mirada que, si mataran, me habría achicharrado hasta hacerme cenizas.

Rage se levanta de su asiento como si fuera un rey y hasta los alfas que custodian a Judith dan un paso atrás tragando saliva por la rabia que destila por cada poro.

—Por la presente y ante todos los miembros del consejo y de la manada que han acudido a oír tu juicio público, yo te destierro de los Seawolf para siempre bajo pena de muerte si vuelves a pisar nuestras tierras.

—¡No! —chilla mi atacante con angustia.

—Tienes dos horas para coger lo que puedas e irte para siempre —asevera Rage sin inmutarse por las lágrimas de la mujer beta—. Y te las doy por el respeto que le tenía a tus padres.

—Rage… —vuelve a suplicar ella.

Y aparto la mirada de su rostro surcado de lágrimas, incómoda con su expresión de sufrimiento, tan abierta y sincera.

—No te daré ni un solo segundo más —termina Rage, dando una palmada que resuena en toda la plaza—. Este juicio se ha acabado ya.

—¡Es injusto! —grita Judith mientras los dos alfas encargados de llevarla a su casa a recoger sus cosas la agarran de los brazos y la arrastran cuando se niega a caminar por sí misma—. ¡He vivido aquí toda mi vida! Ella no es nadie, Rage. Los omega son solo una leyenda, ¡te está engañando de alguna forma, lo sé!

Nunca jamás había visto tanta furia en un rostro como la que veo en la cara de mi emparejado ahora mismo.

Sus emociones son tan intensas que permean toda la plaza y hace que todos, incluida Judith, enmudezcan de inmediato, palideciendo como fantasmas. A mí, en cambio, solo me causa más incomodidad por todas las emociones que están siendo expuestas frente a tantísima gente, algunos de los cuales están grabando el juicio con sus móviles o cámaras, seguramente para subirlo a internet más tarde, cosa que hace que incline la cabeza aún más hacia delante para que mi pelo suelto me tape un poco la cara e incrementa con creces mi molestia.

—Como vuelvas a decir una sola palabra en contra de May te mataré aquí y ahora con mis propias manos —sisea Rage enseñando los colmillos, alargados hasta ser mortíferos.

Con eso podría desgarrar entero a alguien sin ni siquiera transformarse, pienso con horror al verlos de reojo. *Son enormes.*

Judith cierra la boca de manera casi sonora y, entre quedos sollozos, deja que los alfas la arrastren mientras ella, melodramáticamente, se compadece de sí misma en público.

Trago saliva y vuelvo a apartar la mirada de la escena de la mujer siendo llevada hasta un coche. Me trae muy malos recuerdos, aunque sepa que los alfas no van a hacer daño a Judith porque confío en que Rage no lo permitiría.

—¿Se ha acabado ya? —le pregunto al alfa supremo por lo bajo, más y más incómoda a cada segundo que paso siendo observada y grabada o retransmitida en directo, a saber.

—Sí.

Rage me ofrece la mano para que me levante como todo un caballero. Yo la cojo solo por cortesía, pero me deshago de ella y echo a andar hacia donde está nuestro coche de ventanas tintadas mientras la multitud se hace a un lado para dejarme paso, desesperada por largarme de allí cuanto antes.

Capítulo 28



MAY

—Te he hecho sentir incómoda.

Las palabras de Rage cuando aparca en el garaje me sorprenden. Aunque no deberían, porque el alfa es sorprendentemente perceptivo. Supongo que viene con lo de ser sensor.

—No exactamente y sí.

Él enarca una oscura ceja.

—¿Quieres aclarármelo?

Le sonrío, más en calma ahora que estamos lejos de la multitud y de sus móviles y cámaras.

—No me has hecho sentir incómoda *per se* —le digo—. Lo que me ha sentado mal es que nos estuvieran grabando.

—Ah. Entiendo.

Me muerdo el labio.

—¿De verdad?

Él me pone una mano en el muslo con mucho cuidado, como si estuviera esperando a que yo le dijera que se aparte de mí, pero su toque no se siente ni sexual ni invasivo, solo consolador.

—Has estado huyendo de tus perseguidores durante mucho tiempo —me habla con seriedad, como si el tema le importara de manera muy personal y lo hubiera estado reflexionando sin yo saberlo—, es natural que te asustes si alguien te apunta con una cámara, ya que ellos podrían encontrarte a través de internet.

Hago una mueca y desvío mi mirada hacia el espejo retrovisor.

—Has dado en el clavo —admito en voz baja.

—Ahora eso ya no debe preocuparte tanto —me asegura él con esa voz suave y comprensiva que me hace tener ganas de acurrucarme contra él y llenar el vacío de afecto que ha habido en mí casi toda mi vida con lo que él tan fácilmente ofrece a pesar de que no me conoce: su afecto. Al menos de manera amistosa, aunque no sea amor.

—Lo sé —sonrío de medio lado y trato de restarle importancia a mi ansiedad con una broma—. Ahora soy casi indestructible. Ni una bomba podría matarme… a no ser que lleve toneladas de acónito.

Él me devuelve la sonrisa, pero la suya es lenta y tranquila, a diferencia de mi falsa autosuficiencia. Es la de alguien que se conoce muy bien a sí mismo y está a gusto con su piel.

—Nadie volverá a hacerte daño, *agraz*. Te lo juro.

Me tenso al oír su promesa.

—No prometas cosas sobre el futuro cuando ni tú ni yo sabemos qué va a pasar.

—May…

—No lo hagas, ¿vale? Es algo personal —le interrumpo. Luego cojo aire y me calmo—. Lo siento. Hoy estoy muy tensa.

—No me digas —replica él con un deje de humor sarcástico.

Pongo los ojos en blanco, pero sin sentirme ofendida porque tengo la sensación de que él jamás me faltaría al respeto.

—De normal no tengo problemas al pensar en el futuro, pero…

—¿Pero?

Me tomo mi tiempo en pensar. Sé que puedo confiar en que él no irá contando mis traumas y mis secretos por ahí, pero aun así me cuesta abrirme.

Aun a pesar de mis reticencias, heredadas de mi vida anterior, es como si algo en mi interior se hubiera vuelto sabio de repente. Una energía primaria que antes no estaba ahí o que, si lo estaba, permanecía tan al fondo de mí que yo ni la había notado hasta transformarme en una licántropa omega.

—Mi padre solía hacerme muchas promesas.

—Y no las cumplía… —Lo dice más como una afirmación que como una pregunta, así que me encojo de hombros y asiento.

—Además, hasta ahora no me había permitido pensar en un futuro. He vivido en el presente durante tantos años que ya no sabía lo que era saber con seguridad que tienes un mañana por delante y que nadie te lo va a arrebatar. Es… liberador, pero también me sorprende y me pone algo ansiosa. Hay veces en las que lo pienso y no me lo creo.

—Créelo —murmura él con ojos llenos de promesas silenciosas—. Aunque tardes un poco, pero cree.

Me ruborizo, más afectada incluso que por su cuerpo semidesnudo. Es como si sus palabras me hubieran llegado al alma y

hubieran tocado una fibra muy íntima en mi interior.

Aclarándome la garganta, desvío los ojos de nuevo, sintiendo la cara más caliente que nunca y escuchando mis propios latidos acelerados.

—Lo haré —respondo con voz afectada, sintiendo el calor de su mano traspasar la tela de mi vestido como antes no lo hacía.

—Tómate el tiempo que necesites. —Él aparta su mano de mi cuerpo y yo me muerdo la lengua para no soltar un patético gemido por la pérdida—. Y ten en cuenta que, cuando necesites hablar de algo, cualquier cosa, yo siempre estaré dispuesto a escucharte sin juzgarte.

Cierro los párpados y me trago el nudo de la garganta que ha aparecido súbitamente sin mi permiso.

—Gracias.

—No tienes que dármelas —responde, quitándose el cinturón.

—Sí tengo que hacerlo. —Abro los ojos y los clavo en él—. No todo el mundo es como tú, ¿sabes?

Eso le hace reír.

—Claro que lo sé. —Me guiña un ojo con picardía y orgullo—. Soy único y maravilloso.

Vuelvo a poner los ojos en blanco, aunque sepa que lo dice en broma, y me río junto a él.

Nos bajamos del coche y entramos a la casa en silencio, yéndonos cada uno por su lado tras desearnos una buena tarde, él seguramente a su ayuntamiento y yo a ducharme, cambiarme y descansar en mi habitación, donde me siento a salvo del mundo.

Me duermo sin pensar en nada más una vez me seco el pelo, decidiendo que mañana será otro día en el que disfrutar de socializar

de nuevo y de tener dos amigos en mi corta lista de amistades (tres, contando a Rage), pero ese momento tan íntimo y tan dulce compartido entre nosotros en el coche se me queda grabado a fuego en la mente para el resto de mis días.

Capítulo 29



MAY

Los días tras el juicio transcurren con una inusual normalidad a la que me estoy acostumbrando poco a poco.

Me levanto tarde, desayuno con Rage, que siempre me espera antes de irse al ayuntamiento o al club, charlamos un rato sobre minucias del día a día (uno de mis momentos favoritos), y luego él se va a trabajar gobernando la manada y los negocios y yo me voy con Martha a organizar eventos, planificar dónde se construirá el nuevo puente (cosa que me sorprendió, ya que yo no tengo ni idea de arquitectura o infraestructuras, pero los demás insistieron en tener mi opinión al respecto), debatir sobre el diseño de las calles de las nuevas urbanizaciones de lobos que, ahora que Rage se ha emparejado, han solicitado unirse a los Seawolf (y me entero gracias a Jacob de que es la manada más poderosa del país ahora mismo gracias a Rage), y un millar de cosas más que ocupan mis días y que he descubierto que me encantan.

Nunca pensé que me resultaría tan fácil salir del cascarón en el que me vi obligada a ocultarme, pero Martha hace que todo parezca tan sencillo y tan genial que se convierte en la amiga más querida de toda mi vida a tan solo semanas de conocernos. Me arrepiento enormemente de haber pensado en usarla como fuente de información, aunque lo cierto es que ella es muy abierta y

siempre me cuenta las mil cosas que pasan en el pueblo sin que yo pregunte, porque es una persona maravillosa con un corazón gigante. Al igual que su hermano y su emparejado, un alfa normal llamado Ray.

Es en uno de esos días tan tranquilos cuando, precisamente, me llega el primer correo electrónico al móvil.

Al principio lo abro y lo leo por encima mientras Martha me habla de los últimos cotilleos del pueblo y de quién se ha imprimado en quién, pero luego, una vez mi cerebro comprende lo que mis ojos están leyendo, palidezco tanto que mi amiga se alarma.

—May, ¿estás bien?

—Lo siento, es que tengo que irme —le respondo, levantándome y dejando el dinero de mi parte del almuerzo sobre la mesa.

Rage hoy está en el ayuntamiento, pienso con rapidez. *Tengo que ir a verle y enseñarle esto. No puedo guardármelo para mí misma. Sería una insensatez.*

Es asombroso lo mucho que he aprendido a confiar en el alfa a pesar de que lo conozco tan solo desde hace unas semanas (y la manera en la que lo conocí), pero así es. Me ha demostrado que le intereso para más que un polvo ocasional numerosas veces, y su maldita sonrisa de buenos días no se va de mi cabeza.

Además de que esa nueva voz sabia y primordial mía no para de decirme que puedo confiar en él con mi vida, por supuesto.

A pasos rápidos, cruzo la plaza, abandonando la cafetería en la que estábamos, y me meto en el parque que hay frente al ayuntamiento, saludando a algunos conocidos con la mano y sonriendo a pesar del nudo que tengo ahora mismo en el estómago. Cuando llego a las puertas, el alfa de metro noventa que las custodia ni siquiera me pregunta qué hago allí, tan solo se hace a un lado

para dejarme pasar y me saluda con la cabeza de manera silenciosa y respetuosa.

—¿Dónde está Rage? —le pregunto a la primera persona que veo, un chico beta de no más de veinte años, como mucho.

—En su oficina —me indica, señalando hacia las escaleras que hay junto al ascensor. He aprendido que a los lobos no les gustan los espacios pequeños y cerrados y que los ascensores solo son para los invitados—. En el último piso. Ocupa toda la planta, así que no tiene pérdida.

—Gracias —replico mientras subo por las escaleras, acelerando mis pasos y cruzándome con gente a los que apenas saludo hasta llegar al rellano de la última planta—. ¿Rage? —llamo, tocando a las dobles puertas con firmeza, esperando una respuesta, antes de darme cuenta de que hay numerosas voces dentro de la sala y de que seguramente está reunido.

Aun así, el alfa supremo sale de su despacho con cara de curiosidad y preocupación a la vez y se planta frente a mí, alto y fuerte y haciéndome sentir segura con su mera presencia a pesar de que no soy ninguna dama desvalida sin recursos (ya no).

—Perdona, ¿estabas reunido?

—Ya no. Dime qué pasa.

Me muerdo el interior de una mejilla y miro nerviosamente hacia las puertas, no queriendo que nadie nos oiga. Él capta el mensaje silencioso y me coge del brazo, llevándome hacia otra puerta que hay en un lateral y que resulta ser un almacén de documentos.

—Ahora dime qué te pasa.

En silencio, le tiendo mi móvil con la pantalla desbloqueada y el mensaje abierto para que lo lea. Su rostro, más y más airado conforme sus ojos escanean el contenido, lo dice todo.

—Vamos a cazar a ese cabronazo —sisea con ira, apretando tanto el móvil en su mano que temo que me lo rompa.

A mí también se me ha quedado grabado lo que dice el mensaje anónimo. Es corto, pero deja muy claro de quién proviene: «Voy a matarte, puta. Por muy loba que seas ahora, vas a caer muerta a mis pies sin saber quién te ha apuñalado antes de que esos sarnosos me encuentren».

—Considérame lista para ello —le sonrío a Rage a pesar de la tensión, sintiéndome mucho más tranquila ahora que no estoy sola con el maldito problema que me supone ese psicópata, sea quien sea—. ¿Por dónde empezamos?

Capítulo 30



MAY

Rage cancela la reunión en curso y llama a varios de sus alfas, que se apresuran a responder a su llamada y se presentan en su despacho sacando pecho por el orgullo que supone servirle.

De los tres (dos mujeres y un hombre), dos de ellos me miran de reojo con curiosidad, como si nunca hubieran visto a una omega. Cosa que seguramente es lo que pasa, ya que el alfa supremo me explicó que éramos muy escasos (más incluso que ellos).

—Os he reunido aquí con una tarea muy simple: mi contacto del FBI ha localizado una web en la parte oscura de internet donde se contratan servicios de asesinos a sueldo, y sabe que uno de ellos acaba de recibir una cuantiosa oferta por la cabeza de mi compañera.

Los gruñidos airados de los alfa son altos y fieros. Casi parece que vayan a aullar de indignación más que yo, a la que Rage se lo ha confesado hace poco.

—Vuestra tarea es simple: capturad al asesino y traédmelo con vida, aunque no necesariamente de una pieza.

—Sí, alfa.

—Bien, pues a trabajar. —Les lanza una carpeta con información del objetivo a cada uno.

Yo ya he visto la foto, es un tipo espeluznante.

—¿Y qué hay de la persona que lo contrató, supremo? —pregunta el macho con seriedad—. ¿Se sabe algo?

Rage enarca una ceja como cuando un comentario le sorprende y el alfa agacha la cabeza en sumisión.

—Todavía no —respondo yo, decidiendo intervenir antes de que la tensión aumente en la sala. Rage ha estado muy cabreado desde lo del mensaje. Aunque ese macho parece que vive cabreado con todo lo que me roce el pelo sin su permiso, y más aún si amenaza mi vida—, pero esperamos tener noticias de un *hacker* muy pronto.

—Entiendo, omega. Gracias.

Su manera de referirse a mi subgénero es muy respetuosa y deferente. Me hace sentir de nuevo como si fuera una especie de reina de leyenda que todavía la gente no se acaba de creer que existe de verdad.

—De nada —replico.

Rage permanece en silencio durante todo el intercambio, habiendo recuperado su habitual calma (aunque solo un poco).

—Podéis iros —les dice a los alfas, que obedecen al instante sin rechistar y desaparecen de manera asombrosamente silenciosa para ser tres personas enormes y musculosas.

—¿Crees que lo encontrarán? —le pregunto a Rage, nerviosa y al mismo tiempo con la adrenalina recorriéndome las venas debido al miedo y a la anticipación del baño de sangre que va a ser todo esto si el alfa supremo se sale con la suya (cosa de la que no tengo dudas).

—Sí —contesta él con una seguridad a prueba de balas—. No te preocupes, lo traerán. Con unos cuantos miembros de menos, pero lo suficientemente vivo para poder interrogarlo.

En el pasado, fui una persona que creía en la verdad y en la justicia. Ahora lo sigo siendo, pero mucho menos. La vida me ha enseñado que la violencia es algo cruel y constante por parte de aquellos psicópatas que no te ven como una persona, sino como una cosa, y me ha enseñado a ser igual de cruel que ellos para combatirlos. O al menos a intentar serlo ahora que tengo las garras para ello.

—Muy bien —aspiro una bocanada de aire—. ¿A dónde vamos nosotros? —inquiero cuando Rage se levanta y se ajusta la chaqueta de su elegante traje, poniendo luego una mano en la parte baja de mi espalda para guiarme hacia la puerta.

—A por el líder de esa jodida web. Nuestra gente lo ha localizado así que vamos a sacarle dónde está la clienta.

El corazón me late con adrenalina pura cuando salimos del edificio y nos metemos en su coche.

Supongo que ha llegado la hora de ver si mis garras son tan afiladas como las siento… y si la rabia y la crueldad han consumido ya todo lo que antes era mi yo idealista y llena de fe en el universo.

Capítulo 31



MAY

Rage conduce hasta un pequeño aeropuerto privado solo para lobos que hay a las afueras del pueblo lican, lejos de las multitudes de turistas humanos, y aparca el coche en un hangar junto a un avión que parece sacado del futuro. Es completamente plateado con detalles en negro y no lleva logo alguno de compañías que conozca. Tan solo el dibujo de un hombre lobo aullando a la luna llena en ambos costados.

—Menudo avión privado —silbo al verlo.

—Nos llevará rápidamente a Nueva York, donde está el apartamento del dueño de la web oscura —me explica.

Echamos a andar hacia él con pasos largos. Noto que Rage vuelve a ponerme la mano en la espalda como si necesitara tocarme y asegurarse de que soy real y estoy bien y no digo nada porque yo también necesito el contacto.

Estoy tan nerviosa que podría vomitar.

Al fin voy a enfrentarme a los demonios de mi vida y yo solo puedo pensar en que estoy saliendo de Seawolf sin haber avisado a Martha de que no voy a asistir al festival de finales de verano.

Es ridículo, pero así funciona mi mente cuando tengo ansiedad: saliéndose por la tangente para no afrontar directamente los problemas.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en aterrizar?

—Dos horas, máximo. Pronto estaremos frente a ese cabronazo.

Él parece muy entusiasmado con la idea.

Sangrientamente entusiasmado, de hecho. Sus ojos carmesíes son más rojos que nunca, como si revelaran el hambre de violencia que se esconde a duras penas bajo su piel.

—Vale. —Me armo de valor mentalmente y noto que mis garras han salido sin que yo les dé permiso para ello, dejándome descolocada mientras tomo asiento en uno de los lujosos sillones del interior del avión—. Qué extraño. No ha dolido nada —le comento a Rage—. Ni siquiera las he notado hasta que me han cortado la palma.

—Déjame ver. —Él me coge la mano con cuidado y le da la vuelta—. Es una herida muy superficial.

—Ya lo sé.

Él me sonríe a pesar de mi tono arisco.

El hombre tiene una paciencia infinita, todo hay que decirlo.

Al menos conmigo.

—¿Suele pasar?

—¿El qué? —pregunta él.

—Lo de las garras.

El alfa se encoge de hombros mientras le pide a un azafato beta que le traiga el botiquín del avión a pesar de que la herida ya

se está cerrando frente a mis fascinados ojos.

Saber que tienes supercuración es una cosa. Verlo frente a ti, otra muy diferente.

—Suele sucederles a los cachorros durante el primer año de su transformación, cuando se ponen nerviosos por algo.

—Genial —me río de mí misma—. Así que tengo el autocontrol de un niño.

Él aprieta mi muñeca con la yema de sus dedos.

—Hace tan solo unas semanas que te transformaste por primera vez —me dice con un deje de regaño en su voz—. No seas dura contigo misma. Todos aquellos que fueron humanos antes de ser licántropos tienen momentos como estos.

Hago una mueca torciendo los labios en algo semejante a una sonrisa.

—Lo imaginaba —le contesto—. Solo quería bromear, Rage.

Él se pasa la lengua por los labios y mis ojos se sienten irremediablemente atraídos por el gesto.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que adoro oír mi nombre cuando sale de tus labios?

Su comentario, dicho seguramente para hacerme reír y perder parte de la tensión, logra su cometido.

—Quizá seas un narcisista.

—Más bien un adicto al sonido de tu voz —murmura sensualmente mientras recorre mi rostro con su intensa mirada carmesí.

Trago saliva porque la conversación se ha desviado rápidamente de su curso y porque el calor está empezando a

acumularse en mi vientre y a hacer que mi sexo se humedezca.

Él respira con fuerza, seguramente oliendo con ese fino olfato suyo mi excitación, pero yo retiro mi mano, ya sanada, de su agarre con suavidad y desvío la mirada hacia la ventana.

—Estamos despegando.

El comentario suena forzado, pero mi corazón late tan deprisa por culpa de este hombre una vez más que ya no puedo negar lo atraída que me siento por su físico y ese rostro de ángel caído que tiene y eso hace que la cabeza me dé mil vueltas por hora.

—Sí —replica el alfa.

Rage se repantiga en su asiento, situado frente al mío, y me deja el espacio que necesito para respirar con normalidad (aunque hacerlo en su presencia sea una mera ilusión porque él siempre logra arrebatarme el aliento de alguna forma una y mil veces).

—El botiquín, mi señor. Siento la tardanza.

—Gracias, Marcos. Puedes retirarte.

—Sí, mi señor.

El hombre hace una leve reverencia y se marcha, dejándonos solos en la cabina.

El sonido de los motores del aparato es apenas perceptible mientras Rage despliega una mesa situada entre ambos y coloca el maletín de plástico sobre ella, mojando unos apósitos con Cristalmina.

—Déjame limpiarte la mano.

—No hace falta —le digo sin apartar la mirada de ambos pueblos: el de lobos y el turístico separados por los acantilados y la playa privada de los licántropos, que se van haciendo cada vez más pequeños en la lejanía.

—Insisto.

Suelto un suspiro y me hago a la idea del roce de sus manos sobre mi piel, diciéndome que acabará pronto y que no debo ser tan boba.

Al fin y al cabo, un mero contacto no debería hacer que sienta que no puedo controlar mis reacciones o mi cuerpo.

—Muy bien —accedo, poniendo la mano con la sangre casi seca sobre la superficie de la mesa de caoba—. Como quieras.

—Así me gusta. —Me guiña un ojo para dar a entender que lo dice medio en broma y yo trago saliva y procuro no cerrar los dedos cuando el sensual contacto de los suyos hace que mi piel se erice.

La gasa está fría, pero el calor de la mano de Rage, tan elegante y a la vez tan capaz de ejercer violencia con impunidad, la caldea con rapidez. Nunca pensé que el que me limpiasen una herida que ya es inexistente podía ser un acto erótico, y, en cambio, él lo convierte en uno.

Sus dedos se mueven con mucha lentitud.

—Puedo hacerlo yo —recuerdo de repente, hablando torpemente y tratando de recuperar el control de mi cuerpo, pero él aprieta mi muñeca con la otra mano y no me deja retirar la mía.

—No tardo nada.

—Pero debe de ser una molestia.

Él se ríe entre dientes.

—Ambos sabemos que no.

Capullo, grita mi mente mientras los dedos de su otra mano presionan mi piel con las yemas de nuevo, aunque esta vez tan levemente como el suspiro de una mariposa, haciendo que la piel se me ponga una vez más de gallina.

—Es suficiente —siseo entre dientes—. Ya está limpia.

—Por desgracia, así es.

Me suelta la mano y yo casi dejo salir el aire de golpe de mis pulmones. Me siento algo ridícula y también malditamente cachonda. Y todo por un simple contacto con una jodida gasa.

Rage tira las gasas usadas en una papelera que hay en el lateral de los asientos y lo guarda todo dentro de la caja de primeros auxilios de nuevo, cerrándola con firmeza; mientras tanto, yo me froto la zona que huele a Cristalmina y al aroma de su piel, incapaz de dejar de pensar en su sonrisa y en esa mirada suya, tan capaz de escaldarme el alma sin emitir ni una sola palabra.

Capítulo 32



MAY

Llegamos a Nueva York más tensos por el deseo sexual que por lo que va a suceder con el dueño de la web oscura que, por cierto, vive en el Upper West Side, cerca de Central Park, en la zona más cara de la ciudad, así que vive bien de joderle la vida a otras personas, el maldito cabronazo.

Ninguno de los dos hablamos mientras nos subimos en el ascensor del enorme edificio en cuya planta catorce vive ese tal John, yo súbitamente preocupada por si Rage me dice que espere fuera para no herir mis sensibilidades o una mierda como esa, y él preparado para lo que se avecina, aunque no deje de mirarme de reojo.

—¿Lista? —me pregunta, y se quita la chaqueta de su traje una vez el ascensor se detiene.

Yo asiento mientras lo observo, embobada por los anchos hombros y ese cuerpo tan bien definido suyo.

Varios hombres y mujeres nos esperan frente a la puerta del apartamento que ocupa casi toda la planta, todos ellos licans. Los huelo de inmediato, como también huelo la sangre que proviene de los cuerpos tirados sin miramientos en un lado del pasillo.

—Los guardaespaldas —me explica Rage señalando los cadáveres con un gesto de su barbilla—. John está retenido dentro.

—No sabía que íbamos a tener compañía.

Él me mira de reojo de nuevo antes de entrar por la puerta abierta que sostiene uno de los alfas presentes, cuya cabeza inclina con respeto cuando lo pasamos de largo.

—Les he pedido que se encarguen de la limpieza de la planta y de prepararnos a John —me comenta—. No quería estar perdiendo el tiempo combatiendo a su servicio de seguridad.

O, más bien, no quería que yo me hiciera daño. Aunque siendo casi indestructible como lo soy ahora sea una tontería. Me da a mí que Rage es así.

—Vale —acepto, y me encojo de hombros.

No es que arrancar cabezas sea lo mío. O eso creo. Nunca lo he hecho antes.

Cuando cruzamos la entrada del hermoso apartamento, nos encontramos con un hombre de mediana edad atado a una silla de comedor que empieza a jadear y a emitir oleadas de terror nada más vernos.

—A mis socios no les va a gustar esto. Y os advierto que son gente muy poderosa —trata de amenazarnos sin éxito.

Rage le sonríe de manera cruel y sanguinaria, enseñando los colmillos alargados.

—Por favor —le pide en un tono que no tiene nada de súplica y que es mil veces más aterrador que las amenazas del humano—, háblanos más de tus socios.

Rage toma asiento tranquilamente en uno de los sillones desperdigados por la sala y yo sigo su ejemplo, viendo al hombre humano sudar y tartamudear mientras se niega a decirnos nada… y

luego gritar cuando el alfa supremo se levanta con tranquilidad y le parte ambos brazos sin esfuerzo.

—Puedo seguir, si quieres.

—No… Yo no… No puedo…

Rage le aplasta el pie con uno de los suyos, enfundados en elegantes zapatos caros, sin miramiento alguno. El sonido de los huesos del humano crujiendo y partiéndose vuelve a llenar el apartamento y este empieza a llorar, asustado, y se mea encima cuando pierde el control de su vejiga por el miedo.

Sabe, instintivamente, que el alfa supremo va a matarlo y que va a ser una muerte larga y cruenta cuanto más posponga el hablar de sus socios y de la persona que contrató al asesino a sueldo para matarme. Rage está seguro de que tiene los datos de sus usuarios guardados por si tuviera que vender la información al mejor postor algún día y, cómo no, no se equivoca.

Tras un poco más de tortura que, para mi sorpresa, no me causa ni angustia ni desagrado como había pensado que lo haría, el hombre humano se derrumba.

—Carynna… Carynna Jones. Ese es el nombre que usó cuando se registró.

Rage frunce el ceño.

—Parece un nombre falso.

—Mu… —John se relame los labios y lo mira con esperanza como si, a pesar de que es consciente de que vamos a acabar con él, todavía tuviera una ínfima esperanza de salir con vida si complace a sus captores— mucha gente se registra con… con un nombre falso.

—¿Y sus datos bancarios? Quizá eso arroje algo de luz sobre la transacción —indago yo.

El hombre me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, yo no hago daño a nadie. Solo invertí en la web para ganar dinero. Eso es todo —suplica dirigiéndose a mí.

Aparto la mirada de él, incómoda por primera vez desde que empezó la tortura y Rage dejó de prestarme atención para centrarse en John.

—No le hables —le gruñe el alfa supremo con voz inhumana, rompiéndole el otro pie y deleitándose en los gritos de agonía del humano—. Ni la mires.

Me muerdo la lengua porque él apesta a instinto sobreprotector y a rabia y porque no quiero ponerme a discutir recordándole que soy muy capaz de decirle al hombre si quiero que me dirija la palabra o no por mi cuenta.

—¡Serena Carter! ¡Ese es el nombre que usó la mujer por la que tus alfas me preguntaron, lo juro! ¡Lo miré en mis archivos antes de que mataran a todos los guardaespaldas! —chilla John, presa del pánico cuando Rage pone una de sus manos bajo su barbilla.

—¿Dónde está el *pendrive*?

—Me lo he… me lo he comido.

Rage le parte el cuello.

—Erebor —llama sin alzar la voz.

Un alfa entra corriendo en el apartamento y se detiene frente a él, nervioso y excitado por haber sido llamado por su alfa supremo.

—¿Sí, supremo?

Rage le arroja el cuerpo de John.

—Extraedle el *pendrive* y limpiad toda la planta. Seguramente la policía humana está en camino y no quiero que vean los cuerpos.

—Como desees, supremo.

Rage asiente con un cabeceo y se gira hacia mí.

—Voy a lavarme las manos —levanta sus dedos llenos de sangre—. Puedes ir saliendo, si quieres.

—Te espero —replico, aunque no le digo que el dejar de sentir a John de golpe cuando ha muerto me ha revuelto un poco las tripas y que lo de ser sensora no es tan genial como aparentaba.

Pero él parece intuirlo.

Cuando se pierde en los pasillos en busca del baño, yo suelto un suspiro, sintiéndome aliviada de no tener su presencia tan cerca de la mía. Durante los últimos instantes de la vida de John (sobre todo cuando él me ha suplicado por su vida), el aura, por llamarlo de alguna forma, de Rage se ha vuelto pesada y densa y casi hace que sienta que me atraganto con ella de lo intenso que se ha puesto.

Creo que matar le gusta.

Y que a mí, extrañamente, no me importa en lo más mínimo que sea así.

Capítulo 33



MAY

Volvemos a Seawolf con el *pendrive* asegurado en el bolsillo de la chaqueta de Rage.

Mi pasmo por lo de que la policía nos haya dejado ir de rositas sin hacer muchas preguntas a pesar de que, cuando han llegado por aviso de los vecinos, el piso del pasillo todavía estaba cubierto de sangre, aún está presente cuando bajamos del avión, y no dejo de pensar en que me indigna más que no hayan hecho nada más que encogerse de hombros y permitir que Rage (y yo) haga lo que le dé la gana que por el hecho de que he sido testigo de una tortura seguida de un asesinato.

—¿En qué piensas? —me pregunta Rage mientras subimos al coche y nos abrochamos el cinturón, despidiéndonos del personal del avión y del hangar a través de las ventanillas abiertas.

—En que creo que mis prioridades están muy retorcidas a estas alturas de mi vida —replico con un deje de humor negro y algo de autoburla en la voz.

Él, en un gesto que ya le habré visto hacer decenas de veces y que sospecho que es una de sus manías, enarca una ceja y me sonríe.

—No creo que lo estén más que las mías —me contesta con calma—. Aunque yo no las considero «retorcidas».

—Acabas de torturar y matar a un hombre.

Él se encoge de hombros.

—A, no era licántropo. Y B, aunque lo fuera, te ha puesto en peligro.

—Y eso es inaceptable, ¿no? —inquiero con un suspiro que no sé si es de que me parece encantador o indignante o ambas cosas a la vez.

Por un lado, me gusta que se preocupen por mí, sobre todo tras tanto tiempo sola; por otro, he sido una mujer fuerte e independiente toda mi vida y creo que sé cuidarme sola.

—Sí.

Su respuesta es simple, directa, cruda y honesta. Como él, que nunca se anda por las ramas a no ser que quiera tomarme el pelo sobre algo con ese extraño humor suyo.

—¿Y si hubiera sido licántropo?

—La respuesta B todavía se aplica.

Yo suelto una risotada sin humor, sorprendiéndome a mí misma cuando la oigo.

—¿Y qué pasaría si la que se pusiese en peligro fuese yo misma?

Me preocupa que diga «te encerraría» o alguna barbaridad semejante. No creo que lo suyo sea misoginia como pasa entre los humanos, ya que a los licans les importa más la fuerza que otra cosa, pero, aun así, no me gusta que me controlen.

—¿A qué vienen esas preguntas de repente?

Debo apuntar otra opción sobre cuánto le gusta salirse por la tangente: cuando no quiere responderme.

—Responde a mi pregunta, por favor.

Él gruñe por lo bajo, accediendo a ello a regañadientes.

—Te pondría guardaespaldas.

Suelto un bufido por su confesión. No porque lo desprecie, sino porque me había esperado algo mucho peor y me ha sorprendido.

—No me gusta mucho la idea de que un grupo de desconocidos me siga por Seawolf.

No me gustaría nada, de hecho. Me trae muchos malos recuerdos.

—Veo que no has dicho nada de fuera del pueblo.

Me muerdo el labio inferior, meditando si debo contestarle o no.

—En Seawolf me siento a salvo. Además, ahora…

—Eres casi indestructible, sí. Lo has comentado en anteriores ocasiones —me interrumpe él—. Pero sigues siendo mortal con las armas adecuadas, May.

Frunzo el ceño.

—No me interrumpas.

—Perdona —se disculpa de manera genuina.

Otro punto a su favor.

—No quiero guardaespaldas en Seawolf —le confieso—, pero no me importaría tenerlos si salgo de casa.

Su sonrisa es inusualmente cálida. Me doy cuenta de que está contento porque me he referido a Seawolf como mi hogar.

Qué bobo. Es casi adorable ese entusiasmo suyo. Si no fuera porque mide casi dos metros de altura y está construido como un armario, claro.

—Lo apunto mentalmente —me dice—. Montaré un equipo por si acaso.

—Gracias.

Él me observa unos segundos antes de ponerse un par de gafas de sol y elevar las ventanillas del coche.

—No hay por qué darlas. Eres la mujer en la que me imprimé y que ahora es mi compañera.

—¿Significa eso que si muero a ti te pasará algo?

La expresión de su boca me deja claro que he dado en el clavo. Otra de las cosas que me llaman la atención de Rage es lo expresivo que es. Como si nunca se hubiera planteado el tener que esconder sus emociones para protegerse del mundo.

Todo un privilegio.

—Eso es un sí —comento mientras entramos en la carretera que lleva al pueblo de los lobos (y el mío).

Él se ríe entre dientes.

—A todos nos pasa algo si nuestra compañera o compañero muere —replica finalmente—. Pero a mí especialmente.

Lo miro con curiosidad. Su perfil es tan bello como elegante.

—¿Qué te pasaría? ¿Tiene eso que ver con algo que te estaba pasando antes de encontrarme?

Sus cejas se elevan a la vez sobre las gafas de sol.

—¿Quién te ha contado nada de…? ¿Martha? —suspira.

—No —niego yo—. Ella se negó a decirme nada. He sido yo la que lo ha deducido por algunos comentarios que me ha hecho la gente del pueblo aquí y allá.

Le gruñe.

—Esa mente tuya es un peligro.

—Querrás decir «una maravilla» —le corrijo.

—Eso también —admite—. Tienes una capacidad de deducción increíble.

—Ajá. Pero todavía no me has dicho qué va a pasarte si yo muero o qué te estaba pasando antes de que nos emparejáramos —insisto.

Su sonrisa se amplía, dejando ver sus colmillos, en un claro gesto de humor oscuro.

—Me estaba volviendo loco —concede de repente—. Iba a perder el control y a matar a todo el mundo en cuarenta kilómetros a la redonda, como mínimo.

Lo miro con la boca abierta.

—Me estás tomando el pelo.

—No. Así que es muy importante que sigas viva —bromea él —. Para todo el mundo. O al menos todo el estado.

Entramos en el pueblo y la gente nos saluda con alegres sonrisas a pesar de que no pueden vernos a través de los cristales tintados, reconociendo el coche como el de su alfa supremo.

Yo los miro y me pregunto…

—¿Por qué querrían vivir aquí si ese fuese el caso?

—Porque este es su hogar —contesta Rage—. Y porque aquí están a salvo de los cazadores. Ni uno solo de ellos se atrevería a poner un pie en Seawolf, a diferencia de en otros asentamientos dirigidos por alfas que pueden morir con acónito o con dosis elevadas de plata.

—Pensaba que eso eran solo leyendas —palidezco— y que los cazadores no existían en la realidad.

Él hace un sonido pensativo con la garganta y le da al botón que abre las puertas de metal de nuestra casa y al del garaje.

—Ahora ya sabes que no lo son.

Capítulo 34



MAY

Cazadores.

Viejas leyendas que corren de boca en boca sobre un supuesto linaje de medio humanos y medio lobos que cazan licántropos, coleccionando sus pieles y librando a la humanidad de su «maldad». Siempre pensé que eran meros cuentos, patrañas para hacer que los humanos se sintieran orgullosos de algo, por invención que ello fuera, tras perder la guerra contra los lobos.

—¿Así que existen de verdad?

—¿Todavía no te lo crees? —pregunta el alfa supremo, sacando el *pendrive* de su bolsillo y sosteniéndolo frente a mi cara—. Con tu permiso, le daré esto a mi *hacker*.

Que me pida mi consentimiento me pilla de manera inesperada.

—Claro. Avísame con lo que tenga.

—Lo haré.

Rage pone rumbo hacia la puerta principal de la casa.

—¡Espera! —exclamo yo.

Él se detiene de manera inmediata, pero yo dudo a la hora de decir algo porque la petición me ha salido de manera impulsiva y no sé si darle voz o no.

—Si no tienes nada más que preguntar…

—Sí tengo. —Me muerdo el labio inferior, una manía que, como su ceja enarcada, no me abandona—. Me gustaría ser parte de todo a partir de ahora… sobre la investigación de la persona que está intentando matarme, digo.

—Lo he captado —contesta él—. Y lo daba por supuesto. Tranquila.

—Vale —le digo, deseando revolverme sobre mis pies por ser una cobarde—. Gracias.

Él todavía no se mueve, sino que esos ojos suyos, tan sagaces, siguen contemplándome a través de los cristales de sus gafas de sol.

—¿Eso es todo lo que quieres de mí?

Lo sabe.

El muy capullo lo sabe.

Y está esperando a que se lo pida.

—Sí —miento.

Él me sonríe como si supiera lo que pasa por mi cabeza, que no he dejado de pensar en él, en lo guapo que es, en lo mucho que quiero que me toque, desde el avión. Ni siquiera cuando estábamos con John.

—Como quieras.

Se marcha sin mirar atrás, dejándome sola con el calor de mi cuerpo, mil preguntas más en la cabeza y la duda sobre si estoy

siendo o no una insensata por desear lanzarme de cabeza tras todas mis reticencias sobre la parte física de nuestra relación.

Me froto las manos, sintiendo el tacto fantasma de sus dedos sobre mi piel, y me cuestiono si no seré realmente idiota a pesar de mi inteligencia.

Al fin y al cabo, las hormonas nunca le habían ganado el pulso a mi cerebro hasta ahora.

Y aun sabiéndolo no puedo dejar de pensar en el maldito alfa supremo y lo extrañamente intensa que es la súbita necesidad de sentir su piel sobre la mía de nuevo, aunque sea solo para quitarme las ganas de una vez y luego mantenga las distancias de nuevo.

Capítulo 35



MAY

Me quedo sola en la casa, así que me doy un largo y relajante baño, cosa que se ha convertido en mi costumbre, y luego bajo a hacerme la comida tras secarme el pelo.

La gente del avión nos ha servido la comida a mediodía mientras regresábamos a Seawolf, y aun así tengo un hambre atroz. Estas últimas semanas no he dejado de comer cada vez más y, a pesar de ello, mi peso no ha aumentado mucho. Quizá es que antes la comida era escasa y que ahora tengo una hermosa cocina abierta en la que hacerme la comida con vistas a un lujoso jardín y que los ingredientes son siempre frescos y abundantes, provenientes de las granjas que hay alrededor de Seawolf (ambas partes, la que tiene humanos y la que no), pero la verdad es que le he cogido el gusto a cocinar. Me entretiene probar nuevas recetas que busco en mi nueva tableta digital, regalo de Rage.

Además, hoy tengo el día libre porque el consejo cultural no se va a celebrar debido a que Martha y Jacob todavía no se ponen de acuerdo en los colores del festiv… *¡Ostras! ¡El festival!,* recuerdo de repente.

Cerrando la nevera, corro arriba para cambiarme y ponerme algo mono de mis nuevos armarios repletos de ropa, mirando el reloj y dándome cuenta de que todavía llego a celebrar la feria nocturna,

ya que son solo las seis y media de la tarde. Martha estará extasiada si me presento, y la verdad es que, aunque he tenido un día muy lleno de emociones intensas y estoy cansada, tengo muchas ganas de salir de casa y divertirme como solía hacer de adolescente.

Corro hacia la plaza del pueblo, escuchando al gentío antes de verlo. La gente me saluda al pasar mientras van de caseta en caseta: la del vino, la de la cerveza fresca, la de las galletas de Julio, la de los juegos de acierta y ganas…, todas ellas planeadas, pintadas y decoradas por el consejo cultural y sus ayudantes para la fiesta de finales de verano.

—¡Martha! —exclamo cuando la encuentro, feliz de verla.

—¡Has venido! —se alegra ella nada más verme.

Me da un beso con fuerza en la mejilla y luego se disculpa sonoramente por la invasión de mi espacio personal hasta que me río y le resto importancia.

—¿Cómo van las cosas? ¿Algún lío en el que deba ayudar?

—¡Oh, no! Todo va estupendamen… ¡Jake Wolfgang, no creas que no te he visto robar ese premio de ahí! —grita ella hacia mis espaldas—. ¡Deja eso de inmediato o se lo diré a tus padres!

El chico, que debe de tener unos veinte, deja el peluche que había cogido de inmediato. Yo me río al ver que Martha no ha perdido su perspicacia. Juro que a veces creo que tiene mil ojos diferentes. Incluso cuando pintábamos las casetas hace unas dos semanas, siempre sabía quién se estaba intentando escaquear del trabajo.

—Así que, ¿todo bien? —pregunto con humor, alisándome la falda de mi vestido corto de verano cuando veo una arruga.

No me lo había puesto antes, pero la verdad es que es precioso, de un bonito color amarillo canario. Y las sandalias le van genial.

Quienquiera que eligiera las prendas de mi armario sin duda sabía cómo organizar un armario cápsula en poco tiempo. Y todo de mi talla.

—Todo perfecto. No te preocupes y ve a divertirte.

—¿Por qué no te vienes conmigo? —inquiero cuando dirijo mi mirada hacia la caseta de apunta y gana, donde tienes que disparar un arma de balines para intentar dar en las complicadas dianas, mucho más pequeñas que las de las atracciones humanas para adaptarlas a los sagaces ojos de los lobos.

—No, no —replica Martha—. Yo he prometido echar un ojo a esto para que salga bien. Al fin y al cabo, soy la presidenta del consejo.

—¡Pero tendrás que divertirte! —insisto—. Aunque sea un poco, Martha.

Se le ven las ganas a un kilómetro de distancia.

—Muy bien —accede fingiendo que no está entusiasmada de participar en el festival—. Pero solo un poco. Luego he de volver al trabajo.

—Claro —le sonrío, cogiéndola de un brazo y guiándola hacia la caseta.

Nos pasamos un buen rato tratando de acertar en el centro de las dianas, divirtiéndonos y riéndonos cuando fallamos, hasta que, tras visitar la tercera caseta y tomarnos una pequeña copa de vino, Martha ve a uno de los chavales del pueblo intentar pedir una cerveza con un carnet falso.

Como si no lo conociera todo el mundo desde que nació.

Mientras yo me río, mi amiga le grita que deje eso y lo agarra de la oreja, arrastrándolo hacia sus padres y preguntándole de dónde ha sacado el carnet.

—Es nuestro sobrino —me dice Jacob, acercándose con un vaso de sangría en la mano—. Y todo un liante.

—Sospecho que no es la primera vez que tiene un carnet falso.

—Has dado en el clavo —se ríe Jacob, camino de estar ligeramente ebrio, saludando a un par de personas que nos cruzamos caminando hacia el puesto de la taberna medieval (que fue tema de discusión entre Jacob y su hermana porque a Martha no le parecía lo suficientemente veraniega).

El resto de la noche transcurre entre divertidas anécdotas, carcajadas, visitas a todas las casetas que se han montado para el festival, admiración por los colores y la vida que muestra Seawolf mientras la luna se va alzando en el cielo y el sol se pone, como si los lobos vivieran para la noche y las fiestas…, y la sorpresa inesperada de la aparición de Rage una hora antes de que finalice el festival al amanecer, dando la bienvenida al último día de verano.

Todo el mundo se sorprende mucho más que yo al verlo cruzar la plaza en mi dirección.

—Has venido —es lo único que se me ocurre decirle, achispada por el vino, la sangría y la cerveza que me he bebido en compañía de mis amigos.

Él me mira de arriba abajo. Todavía lleva puesto un elegante traje de manga larga, pero se ha cambiado por uno que no apesta a muerte y se ha quitado la chaqueta.

—Tú también —me sonríe el alfa supremo.

Solo las exclamaciones anonadadas del gentío me hacen saber que no es común que Rage sonría. Cosa que me parece extraña porque conmigo siempre está sonriendo.

—Eso es porque tú me haces sonreír —me dice, sujetándome de un brazo cuando me levanto para decirle si quiere ir conmigo a

por otra sangría.

—¿Lo he dicho en voz alta? —le pregunto, temiendo haber metido la pata.

—Sí. —Él me guía por la multitud hacia la taberna medieval—. Mejor comamos algo. Me parece a mí que ya has bebido suficiente.

—No me digas cuánto tengo que beber —lo regaño.

—Perdona. Pero sigo creyendo que es mejor si llenas el estómago con algo que no sea alcohol.

La nueva oleada de exclamaciones ahogadas y susurros me hace sospechar que el alfa supremo no es de los que piden perdón de normal.

—¿No sueles pedir perdón?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque la gente parece que vaya a desmayarse de la impresión.

Él se ríe de nuevo y no responde a mi pregunta.

Pero baila conmigo después de cenar, alrededor de la gran hoguera que se ha hecho en la playa para honrar a la luna mientras los demás danzan, algunos sin ropa, a nuestro alrededor.

Es una noche mágica.

Y al amanecer, me doy cuenta de que me estoy enamorando poco a poco de Rage Seawolf.

Capítulo 36



MAY

—El *pendrive* contenía una cuenta con numerosos desvíos hacia fondos en tierras extranjeras y más de mil identidades falsas, pero mi *hacker* ha conseguido un nombre: Lara Devigne. Me pareció que debías saberlo anoche, pero luego me enteré de que te habías ido… ¿Estás bien? Te has puesto pálida.

—Reconozco ese nombre —susurro, sosteniendo el zumo del desayuno entre ambas manos—. Es de una antigua compañera de trabajo.

Rage deja el tenedor y el cuchillo con el que estaba cortando su tortilla francesa a un lado y se limpia la boca con una servilleta de lino.

—¿Periodista?

Asiento con la cabeza.

—De mi misma edad, más o menos. Trabajaba en una columna sobre moda en el Street Journal. A tan solo un par de cubículos del mío. Solíamos hablar por las mañanas.

Todavía la recuerdo: bajita, con el pelo lleno de mechas rojas y negras y una sonrisa contagiosa. Siempre parecía estar contenta.

Me caía muy bien. Era un foco de luz en un mundo que cada vez me parecía más oscuro.

Qué irónico que haya resultado ser ella.

—Te resultará difícil asimilarlo.

Asiento de nuevo.

—No puedo creerme que la que ha contratado a todos esos asesinos e influido en la policía para que dejaran de protegerme sea ella.

La expresión de Rage es una de silenciosas promesas de venganza.

—La encontraremos.

—No lo dudo.

Pero ello no quita que la que yo consideraba una de las personas más bonitas que habían pasado por mi vida haya resultado ser una mafiosa asesina. Por irónico que, tras la muerte de John y la influencia que tienen los lobos sobre la policía, me resulte pensar eso.

Capítulo 37



MAY

Los días siguientes transcurren con inusual tranquilidad a pesar de la noticia.

La gente de Seawolf todavía está quitando los adornos del festival del verano, algunos de ellos quejándose de que no vaya a haber otra fiesta porque se la perdieron y no nos vieron ni a Rage ni a mí, hecho que pone muy feliz a Martha.

—Seguro que a la próxima viene más gente —se entusiasma —. Ya lo verás.

Yo sonrío, asiento y vuelvo a pensar en Lara Devigne. La chica que solía compartir su almuerzo conmigo cuando a mí se me olvidaba traer comida por estar demasiado metida en mi trabajo.

No he dejado de pensar en ella desde que Rage me habló de lo del *pendrive*.

—Tierra llamando a May.

—Perdona —me disculpo—, estaba pensando en algunas cosas y se me ha ido la mente al cielo.

—No pasa nada. Pero si la charla sobre la renovación de la biblioteca te parece aburrida…

—No, no, Martha. De verdad. Me gusta hablar de estas cosas.

Incluso he estado mirando libros de arquitectura en mi tableta digital. La verdad es que me está gustando mucho esto de ser partícipe en las decisiones estructurales del pueblo. Han vuelto a pedirme su opinión sobre la reforma de la biblioteca e incluso esta vez les he pasado algunas imágenes de Pinterest que me han gustado tras visitar el lugar.

—Vale. ¿Por dónde iba…? Ah, sí. Martin me ha dicho que lo de las columnas griegas le parece una exageración y que preferiría un estilo más moderno e industrial, cosa que…

Mi mente vuelve a alejarse de la conversación sin mi permiso hasta que, esta vez, un alto alfa nos interrumpe pronunciando mi nombre.

—¿Sí? —inquiero.

—Rage quiere verla, mi señora.

Me levanto tan deprisa que casi vuelco la mesa de la cafetería.

—¡Vaya! —exclama Martha—. ¿Tan urgente es?

—Perdona —me disculpo recogiendo mi bolso—. Tengo que irme.

—Claro. Nos vemos luego. Me encargaré de que todo vaya bien con la biblioteca y las estúpidas ideas de Martin, no te preocupes.

—Gracias, Martha.

Me despido de ella y sigo al alfa hacia el ayuntamiento, donde él me indica que Rage está en su despacho (como ya suponía) y me deja sola frente a los ascensores.

Cuando subo arriba, me encuentro con los tres alfas que Rage llamó aquel día en el que fui a verle tras recibir el mensaje de

amenaza.

—Ha hecho su tarea —me indica Rage mientras señala hacia un lateral de su despacho con la barbilla, donde hay un hombre atado y amordazado sudando a mares.

Lo reconozco como el asesino a sueldo que aceptó matarme a través de la web oscura.

—Gracias —les digo a los alfas.

Ellos me sonríen.

—De nada.

—Un placer, mi señora.

—Ha sido un honor.

Cuando el alfa supremo les pide que se marchen, ellos lo hacen sin pregunta alguna y sin rechistar una vez más, cumpliendo su petición.

—Daniel Masparchant… —menciono el nombre del mercenario, haciéndolo gemir de miedo—. Eres un licántropo —me sorprendo al notarlo.

—Y como te dije —habla Rage quitándose la chaqueta del traje y arremangándose la camisa—, nada de eso influye.

—¿Opción B? —bromeo.

Daniel vuelve a soltar otro gemido al ver al alfa supremo acercarse a él haciendo crujir los nudillos.

—Opción B. —Rage me guiña un ojo antes de arrancarle una mano al asesino a sueldo como si el tipo estuviera hecho de paja en vez de músculos y huesos.

Capítulo 38



MAY

Al final resulta que Daniel no sabe quién le contrató y muere tratando de suplicar piedad en vano. Y yo no sé si debería estar más preocupada por el hecho de que ver a una persona suplicar por su vida mientras la despedazan no me causa tanto asco y angustia como creía que debía hacerlo. Sobre todo, porque sé que dicha persona estaba planeando matarme.

Quizá ello me convierta en una sádica egoísta, pero a estas alturas no me importa. Y tampoco sé si debería estar preocupada por ello.

Mi salud mental no es lo que se dice lo mejor de lo mejor desde que el infierno de ser perseguida y la paranoia que venía con ello empezó y soy consciente de ello. Sin embargo, ya no puedo usar la carta de tener una moral superior a nadie. Eso también lo sé.

No cuando, al pensar que una persona que estaba tramando cómo matarme y cobrar la recompensa está muerta, solo siento alivio.

—¿Todo bien? —me pregunta Rage, quitándose el chaleco manchado de sangre.

—Todo bien —contesto.

Él, no convencido del todo, se acerca a mí y me observa tanto con sus ojos como con sus sentidos. Me siento como si me estuviera tocando mucho más íntimamente que cuando follamos, aunque ni siquiera me esté rozando.

Han venido unos cuantos betas a llevarse el cuerpo y a limpiar el desastre que se ha montado en su oficina y estos se afanan por fingir que no están escuchando nuestra conversación. Aunque se les nota bastante que sí.

—Estoy bien —insisto, casi sin aliento como si hubiera corrido una maratón sin entrenamiento alguno solo porque él me está mirando.

—Como tú digas —murmura Rage, metiéndose en el baño adjunto a su despacho para lavarse y dejándome sola e incómoda junto a los cotillas de los betas.

Dudo sobre si irme o no, pero al final decido que, si él hubiese querido que me quedara, me lo habría pedido, así que me marcho.

Nadie dice nada sobre mi ropa, salpicada de sangre cuando Rage le ha cortado el cuello al mercenario, mientras cruzo la ciudad en dirección hacia la casa, y siento que es porque todos saben lo que está ocurriendo y por qué. Que he sido testigo de torturas y que no me he sentido como un monstruo después, como debería ser, y que debe de haber algo malo en mí para ser de esta forma.

Y no puedo dejar de pensar en ello.

Capítulo 39



MAY

Me paso los siguientes días deambulando por la casa sin salir incluso cuando Martha viene a buscarme, para preocupación de Rage.

—¿No me vas a contar qué te ocurre? —insiste en preguntarme el tercer día que cierro la puerta tras una decepcionada Martha.

—Es que no lo sé —le confieso—. Solo sé que no me apetece hablar.

—Como quieras —suspira él—. Pero quiero que sepas que si necesitas algo, cualquier cosa, estoy aquí para ti.

—Lo sé.

Y el hecho de que es cierto no deja de sorprenderme porque, ¿es que acaso Rage no ve que hay algo mal en mí? Claro que él ha sido quien ha torturado y matado a esos hombres que vivían de torturar y matar a otros, así que no debería extrañarme.

Ese día, como pasa desde que empezó mi inusual conducta, Rage trabaja desde casa en el ordenador de su despacho, y yo paso varias veces por su puerta con palabras en la boca que no quiero decir por si le ofenden, pero deseando hablar de ello.

—¿Es por la tortura? —me pregunta la tercera vez que me ve pasar frente a su puerta abierta, dudando en si entrar o no.

—Sí y no.

—¿A qué te refieres?

—A que no lo sé del todo.

Él sonríe con tristeza.

—No debí haber dejado que vieras ese lado de mí. Lo siento.

—No es eso —me apresuro a decirle—. Yo te pedí que me incluyeras. Insistí en ello.

—Aun así —rebate él—, debí negarme sabiendo que nunca habías visto semejante violencia.

El sonido que sale de mis labios es uno de pura indignación.

—Te recuerdo que expuse a una mafia de tráfico de personas —le digo—. Sé lo que es la violencia y la he visto con mis propios ojos.

Él se levanta de su asiento y camina hacia mí.

—No me refería a eso y lo sabes —murmura de manera audible, acariciando mi mejilla con el mismo cuidado con el que suele tocarme, como si fuera a romperme si presiona demasiado.

Esta vez, el gesto me causa un nudo en la garganta.

—Rage, ¿crees que soy una mala persona?

—No. ¿Por qué preguntas eso?

La risotada que sale de mis labios es medio engullida cuando trago saliva.

—Por lo de John y Daniel. Porque no me siento culpable.

Él vuelve a acariciar mi mejilla.

—¿Y por qué ibas a sentirte culpable con el sufrimiento y la muerte de quienes pretendían hacerte daño?

Niego con la cabeza y pienso con cuidado en mis próximas palabras.

—No es por eso. Es por… por la tortura que vi y a la que no puse fin.

—¿Crees que yo soy una mala persona?

Hago una mueca.

—Creo que eres muy sobreprotector y que tienes una moralidad muy gris —le revelo—. Quiero decir, sé que no le harías eso a una buena persona o a un niño, humano o no humano.

—Cierto.

—Pero aun así…

Me muerdo el labio inferior, dudosa sobre cómo continuar.

—Aun así temes que haya algo mal en ti —deduce él con voz tan suave como la yema de sus mortíferos dedos.

—Sí —admito con un nudo en la garganta.

Él me sorprende cuando me abraza, y yo, en vez de protestar, apoyo la cabeza en su pecho.

—No hay nada malo en ti.

Mi gemido de incredulidad es ahogado por su camisa, pero aun así lo oye.

—La sangre de loba es más sabia que la humana, pero también más territorial y más violenta cuando se trata de proteger a los suyos —me calma.

—¿Así que crees que he cambiado porque ahora soy licántropa?

Tiene cierto sentido, supongo. Mi genética ya no es la misma de antes.

—Por robarte tus palabras: sí y no.

Me río a pesar de que nada de esta situación me hace gracia.

—Por robarte las tuyas: ¿a qué te refieres?

Siento sus manos acariciando mi pelo con ternura y ello casi me derrite por dentro. El calor se acumula, como siempre, en mi vientre y de ahí se extiende por todo mi cuerpo, haciéndome sentir necesitada y sensual al mismo tiempo.

—Me refiero a que, en lo esencial, no has cambiado, pero cuando se trata de instintos, debes tener en cuenta de que estos son nuevos.

—Y no tienen conciencia alguna.

—Eso no es cierto —objeta él—. ¿Acaso torturarías a un niño o a un inocente?

—No. De hecho, no creo que pudiera torturar a nadie con mis propias manos. Aunque no sienta nada al mirar, solo algo de asco.

Sé con todo mi ser que digo la verdad.

—Entonces no eres mala, solo eres una superviviente.

Trago saliva y noto que se me humedecen los ojos, así que escondo mi cara de nuevo entre sus pectorales.

—No creo que sea así.

—Yo sí.

Su fe en mí es devastadora.

—Quizá con creerlo tú baste —me oigo decir—. Yo no sé qué sentir sobre mí misma.

Él me coge el rostro entre ambas manos y me obliga a mirarlo a la cara.

—Eres una superviviente —me repite en una voz que no admite discusiones—. Y una persona maravillosa. No tienes una moral blanca o negra, sino gris, y eso no te hace malvada, May.

—Yo creo que sí —admito en voz alta.

—Entonces ambos somos malvados.

Cierro los párpados y evito llorar.

—Lo siento —susurro—. No quiero ofenderte.

Él besa mi frente.

—No tienes por qué sentirlo. No me ofendes. Sé lo que soy, mi bella *agraz*. Y no me arrepiento de nada.

Le sonrío trémulamente y abro los ojos, perdiéndome en los suyos de color carmesí durante un instante.

—Supongo que ser malvada a tu lado es mejor que ser su víctima —susurro.

Y lo beso.

Capítulo 40



MAY

El beso es dulce, tierno y suave a pesar de la pasión que ambos contenemos a duras penas.

Es un beso de consuelo, de cercanía, de emociones embotelladas de las que son difíciles de poner en palabras. Cuando termina, ambos estamos sin aliento, pero no por falta de respiración, sino porque el breve contacto ha sido tan intenso que las manos me tiemblan y a él los dedos se le curvan como si quisiera agarrarme y se estuviera conteniendo para no hacerlo.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta como si no lo supiera ya.

—Lo siento —me disculpo por invadir su espacio personal y doy un paso atrás—. Perdona si te he ofendido.

—No me ofendes. Solo quiero saber dónde estamos, May.

Aspiro una bocanada de aire y me paso una mano por el pelo, pensativa.

—¿Tengo que ponerle una etiqueta?

—Necesito que me lo aclares.

—Necesitaba besarte… Necesitaba… Necesitaba el contacto. La ternura.

—Entiendo. ¿Y nada más?

—Si te refieres a sexo…

Dejo la frase en el aire.

—No —contesta él—. Me refiero a *nosotros*.

Trago saliva.

—Me gustas mucho, Rage, pero no estoy enamorada de ti…, todavía no.

El rostro se le suaviza.

—Tú lo has dicho: todavía.

Me echo a reír de manera inesperada.

—Menudo ego.

—Son tus palabras, no las mías —me repite guiñándome un ojo.

—Lo sé —suspiro—. Creo que podría llegar a amarte, pero no quiero mentirte y darte falsas esperanzas. Si es que las tienes, claro.

—No creo que mis esperanzas de que acabemos por amarnos sean falsas, May —susurra él en un tono ronco y bajo que me pone la piel de gallina—. Sospecho que son muy realistas.

Se me hace un nudo en la garganta por la forma en la que me mira.

—Gracias.

—¿Por qué me das las gracias esta vez?

—Por apreciarme tanto. Solo que no sé…

—Voy a interrumpirte esta vez —me corta—, aunque ello te irrite.

—No pretendía ponerme en plan autocompasiva. Es solo que… En fin, yo no me veo como tú me ves, supongo. Aunque no sé cómo crees que soy.

—¿Aparte de maravillosa? Creo que eres valiente, hermosa, de fiar, leal, voluntariosa y muy *sexy*. Podría seguir, pero no quiero que se te suba el ego a la cabeza.

Me río coquetamente, halagada por sus palabras.

—Hay muchas mujeres más hermosas que yo.

—Eso es discutible —objeta él—. La belleza está en los ojos de quien la mira, ¿recuerdas? Y yo solo te veo a ti.

—Tu examante no opinaba eso.

Mierda. Acabo de meter la pata. No sé de dónde ha salido eso.

—Judith se equivocaba.

—Lo siento —me apresuro a disculparme—. Si te digo la verdad, me importa una mierda con quién te acostaras antes.

—¿Antes de ti?

El nudo del estómago vuelve de nuevo.

—¿Quieres decir que ahora tienes amantes?

Él se echa a reír como si mi pregunta le sorprendiera.

—Claro que no. Es imposible querer amantes cuando estás emparejado. —El nudo de decepción se incrementa, y me doy cuenta de que es porque quería que me dijera que es imposible querer a otra teniéndome a mí—. Me he expresado mal, quería preguntarte si deseabas saber con quién me acostaba antes de ti.

—¿Además de Judith? —Él asiente y yo silbo—. ¿Tantas?

—No. Solo cinco.

—¿Solo? —me río, aunque me esperaba una veintena—. ¿A la vez?

Él eleva un hombro en un gesto casual.

—A veces sí.

Lo miro con la boca abierta.

—¿Quieres decir que te las tirabas a la vez?

—Solo en contadas ocasiones.

—Madre mía, qué libido tienes.

Él me sonríe, pero hay tristeza en sus ojos cuando habla, como si recordara un pasado no muy agradable.

—Uno de los síntomas de la locura de ser un alfa supremo es un hambre insaciable de todo.

—Oh. Lo siento mucho, Rage.

—No pasa nada. —Apoya su hombro en el marco de la puerta y se cruza de brazos—. ¿Y tú?

—¿Yo? No tengo una libido como la suya, eso creo que está claro.

Él se ríe.

—No me refería a eso.

—¿Me estás preguntando cuántos amantes he tenido?

—Sí.

Me muerdo el labio y cuento mentalmente.

—Seis.

Él suelta un silbido.

—Eso es más que yo.

Yo me ruborizo y suelto un resoplido de risa.

—¡Pero no a la vez!

—Aun así, me siento algo celoso.

—¿De que yo tuviera más amantes que tú? —le pregunto con curiosidad.

—No. De que le hayas dado acceso a esas personas a tu intimidad.

—Oh.

Aparto la mirada y aprieto los dedos sobre la tela de mi camiseta.

Me siento incómoda por ese no tan sutil recuerdo de que no he accedido a acostarme con él tras el emparejamiento.

—No me refería a eso, así que quítatelo de la cabeza.

—¿Eh?

Lo miro con confusión. ¿He hablado en voz alta como cuando estaba ebria?

—Tienes una cara de decepción que lo dice todo —me explica él—. No quería decir que esté esperando a que me abras las piernas de manera impaciente, May. Aunque lo esté —admite con humor—. Me refería a que siento celos de que alguien más que yo te haya tocado.

—Eso es un poco tonto —bufo—. ¿De verdad que no te molesta esperarme?

Él me sonríe con ternura.

—Podrías tardar años o una vida entera, y yo te seguiría esperando.

El corazón se me acelera.

—¿En serio?

—Sí.

Dice la verdad. Todos mis instintos me gritan que es honesto hasta la médula.

—Gracias.

—No me tienes que dar las gracias por ser un cabrón con límites, May. Además —añade—, nunca he dicho que no vaya a intentar seducirte cuando estés más cómoda compartiendo casa conmigo.

Me echo a reír, aunque mi risa suena agotada porque no sé cuánto tiempo llevo sin dormir.

—Deberías descansar —me dice, alargando una mano para acariciarme la barbilla—. Pareces muy cansada.

—Bonita manera de decirme que tengo ojeras —le sonrío.

Él se ríe entre dientes.

—¿Quieres que te arrope? —pregunta con picardía.

—¿Lo harías desnudo? —bromeo.

Y me doy cuenta casi de manera inmediata de que él se ha tomado la pregunta muy en serio.

—Por supuesto.

Empieza a quitarse la ropa. Mis manos salen disparadas y cogen las suyas cuando empieza a desabrocharse la camisa.

—¡Era una broma! —exclamo.

Él se ríe tan fuerte que está claro que me estaba tomando el pelo.

—Eres muy capaz de hacerlo, ¿verdad? —le pregunto con exasperación.

—Mucho —admite sin vergüenza—. ¿Seguro que no quieres que lo haga?

Niego con la cabeza, a punto de soltar una carcajada por lo esperanzados que parecen sus ojos.

—Seguro —asevero—. Voy a subir arriba, ¿vale? Y perdona de nuevo por lo del beso impulsivo.

—Si me hubiera molestado, no te habría dejado hacerlo —me confiesa con los ojos brillantes—. Aún soy más rápido que tú, May.

—Solo en forma humana —le recuerdo—. Se supone que los omega somos los lobos más rápidos del mundo, ¿no es así?

Y todavía no he probado nada de eso.

La verdad es que dolió tanto transformarme la primera vez que me siento aprensiva ante la idea de volver a hacerlo.

—Sí —asiente—. Aunque para fardar así tendrías que estar mejor descansada, no sea que te rete a una carrera en forma de loba y pierdas.

Me tenso un poco, pero trato de fingir que no pasa nada y que estoy cómoda con algo con lo que no lo estoy. Aunque dudo que escape de su aguda mirada.

—Pensaba que el único que podía transformarse en lobo sin luna llena eras tú. Ni siquiera los alfas normales pueden hacer eso, ¿no? Y tus ancestros tampoco podían. O eso me dijiste.

Él ladea la cabeza.

—Mi compañera y yo —me aclara.

—Vaya…

—¿No te convertiste cuando te lo pedí para ver tu subgénero?

—¡Pero pensaba que era cosa de ser la primera vez tras tu mordedura!

—Pues no lo es.

Algo más en lo que pensar.

—Así que puedo transformarme cuando yo quiera.

—Así es —afirma él—. ¿Quieres intentarlo?

Hago una mueca que sé que no se le ha pasado por alto.

—Mejor me voy a dormir.

—Como quieras. —Besa mi frente una vez más—. Llámame si necesitas cualquier cosa.

Se mete en su despacho y yo, reticente de dejarlo atrás, subo las escaleras hacia mi habitación con el roce de sus labios sobre mi piel todavía presente en mi mente.

Como también lo está el sabor de sus labios en mi lengua.

Capítulo 41



MAY

Duermo mejor que en mucho tiempo tras la charla que hemos tenido.

Lo que me queda de conciencia todavía me pica y me grita que debería estar horrorizada por lo que he visto a Rage hacerles a esos hombres, pero es más fácil aceptar que no soy perfecta sabiendo que alguien me acepta tal y como soy, con tintes de gris oscuro en mi alma y todo.

Aunque cuando me levanto es casi mediodía, esta vez no tengo tanta hambre como era habitual en mí, así que me preparo un café caliente y camino despacio hacia el despacho de Rage, desde donde él sigue trabajando. Lo escucho hablar por teléfono y me detengo en seco cuando las palabras que acaba de decir me calan hondo.

—¿… seguro de que ella es su madre? Sí. Entiendo. ¿Quiere contactar…? Pues pregúntaselo, May quiere verla… Sí, comprendo. No estás seguro. Vale. Avísame cuando encuentres más pistas sobre ella. —Lo oigo colgar el teléfono y llamarme.

—Perdona por escuchar a escondidas —me disculpo a pesar de que lo que quiero hacer es preguntarle entre chillidos y sollozos si ha encontrado a mi madre.

Mi corazón es una piedra pesada repleta de esperanza en el pecho.

—No saben si es tu madre —me dice él en vez de aceptar mis disculpas—. Ella afirma que sí, pero podría hacerlo por dinero o simplemente mentir. La mujer no está muy estable mentalmente, o eso me han comentado.

—Quiero verla —le pido de inmediato en cuanto esas palabras salen de su boca.

Él se tensa.

—No quiero darte falsas esperanzas. Lo mejor sería esperar a que nuestra gente descubra si dice o no la verdad.

—Rage…

—Hazme caso en esto, por favor.

Niego con la cabeza a pesar de que sé que estoy siendo una insensata y que él tiene razón.

—Por favor —le suplico yo a él—. Yo la reconocería si fuera mi madre, lo sé con todo mi corazón.

—La perdiste cuando eras muy pequeña, May —me recuerda con suavidad, sin querer herir mis sentimientos.

—Aun así —insisto—. Sé que lo sabré en cuanto la vea. Por favor —repito, sabiendo que no puede resistirse a mis súplicas por la cara que pone cada vez que digo esas palabras.

Él maldice entre dientes con vehemencia.

—Muy bien —accede—. Partiremos mañana. Está ingresada en un hospital psiquiátrico, así que tendremos que desplazarnos para ir a verla.

El alivio me recorre con tanta fuerza que las rodillas se me vuelven algo débiles y la voz me tiembla al hablar.

—Gracias, Rage. Por todo.

Él me regaña.

—¿Qué te he dicho sobre darme las gracias?

Le sonrío con ganas.

—No puedo evitarlo. Te estoy muy agradecida por cómo has cambiado mi vida y por tu ayuda.

Rage suelta un largo suspiro.

—Espero que llegue el día en el que des por sentado ambas cosas.

—Yo no —replico, pensando en que este tipo de cosas, como el amor, jamás deben ser tomadas como algo a lo que tengo derecho solo por existir—. Prefiero que los esfuerzos de los demás sean apropiadamente agradecidos.

—Y dale con esa palabra.

Mi sonrisa se amplía.

—Vas a tener que acostumbrarte a que valore las cosas que haces por mí.

Su mirada se suaviza.

—Eres de lo más inusual, May.

—¿Por qué? —inquiero con extrañeza.

—Porque cualquier beta u omega daría por sentado que lo que hago es lo más natural del mundo. Que mi deber es complacer y servir porque soy el alfa.

—Suerte entonces que yo naciera humana —bromeo, pero sus ojos, serios y llenos de ternura, no se ríen.

—No sé si llamarlo suerte, pero me alegra que seas como eres.

Me ruborizo por el cumplido y aparto la mirada de la intensidad de la suya.

Abro la boca para darle las gracias, sin embargo, la cierro antes de convertirme en un disco rayado que no para de hacerlo, aunque tenga motivos de sobra para ello.

—Voy a subir arriba a preparar la maleta para mañana —le digo, en cambio.

Él me sonríe como si supiera lo que se me pasa por la cabeza y estuviera un poco decepcionado de que me marche.

—Partiremos a las ocho en punto.

—Estaré lista, no te preocupes.

Nada va a interponerse en mi camino a la hora de encontrar a mi madre. Ni siquiera mi pereza a la hora de levantarme.

Capítulo 42



MAY

El psiquiátrico parece casi abandonado por cómo se ve desde fuera, tan destartalado que parece que el soplo de un lobo pueda derrumbarlo sin problema.

—¿De verdad hay gente que vive aquí? —le pregunto a Rage con horror, fijándome en que parte de la fachada grisácea, sucia y llena de moho se está cayendo a pedazos.

—Por desgracia, sí.

—Pues espero que no sea tan horrible por dentro como lo es por fuera, y que el trato a los pacientes sea como mínimo agradable.

—No sabría qué decirte. Los humanos construyeron esto hace cien años y no tiene precisamente una buena reputación.

—Mi señor, mi señora —saluda un alto hombre beta que reconozco de inmediato.

—¡Eres el hombre que me llevó al despacho de Rage! —exclamo.

El beta de cabello rubio inclina la cabeza con respeto al verme.

—Así es.

—¿Dónde está ella? —El alfa supremo va directo al grano—. May quiere verla.

Por la mirada de reojo que le dirige el beta, este no parece convencido de que sea una buena idea, pero se calla al respecto para no discutir con su alfa.

—Segunda planta, habitación 212-C.

—Gracias, Bexley.

—Un placer, alfa supremo.

Pasamos de largo después de que yo levante la mano para despedirme del hombre que ahora sé que se llama Bexley y que me dejó entrar en el club aquella noche, salvándome la vida.

Subimos a la segunda planta por las escaleras. El ascensor está averiado (y tengo la sensación de que lo ha estado durante mucho tiempo), pero, aunque no lo estuviera, no nos habríamos metido en él.

Encontrar la habitación 212-C no es difícil. El número está pintado en la puerta de metal con pintura roja, lo que solo hace que este destartalado y medio abandonado lugar sea aún más tétrico.

Rage llama a la puerta con los nudillos porque yo estoy demasiado nerviosa como para hacer nada que no sea fijarme en que los latidos de mi corazón son tan sonoros que me están mareando. La anticipación me consume.

Ojalá sea ella, pienso antes de que la puerta se abra y lo que parece ser un médico con una larga bata blanca salga de ella.

—¿Qué quieren? —pregunta con voz arisca.

—Ver a la paciente, tal y como nuestra gente le ha dicho.

El hombre, un pequeño humano con calvicie incipiente, se encoge de miedo al fijarse en el color de los ojos de Rage.

—Usted es el alfa supremo del que el tipo rubio me habló.

Rage le sonríe. No es una sonrisa amistosa, pero tampoco cruenta.

—Así es.

El médico desvía su mirada hacia mí como si mantener la del alfa fuera demasiado para él.

—¿Y usted quién es?

—May Santos de los Seawolf.

Presentarme a mí misma como parte de la manada Seawolf me llena de orgullo.

Llevaba tanto tiempo deseando pertenecer a una familia que el hecho de que la manada me haya aceptado con los brazos abiertos me hace sentir una calidez especial por ella.

—Entiendo —dice el humano, tensándose todavía más—. Si les digo que no pueden pasar, ¿me harían caso?

—No —respondemos Rage y yo a la vez.

El médico o psiquiatra de la planta resopla con fuerza.

—Ya me lo imaginaba. Muy bien, tienen cinco minutos con la paciente y ni un solo segundo más, ¿entendido?

Ambos asentimos casi al mismo tiempo y el médico se aparta para dejarnos paso.

—¿Quién es? —pregunta la mujer que hay tumbada sobre la cama, desviando la vista de la ventana hacia nosotros—. ¿Eres tú, mi May? Llevo tanto tiempo esperándote, cariño mío.

Me doy la vuelta y salgo de allí con los ojos cuajados de lágrimas.

—¿May? —Rage me coge del brazo cuando intento bajar las escaleras para largarme de allí.

—No es ella —le explico con la decepción extendiéndose por todo mi cuerpo y creándome un nudo en la base de la garganta que me hace querer llorar a mares—. No es ella, Rage.

Él me atrae hacia sí y me abraza con fuerza contra su pecho.

—Lo siento —me murmura al oído—. Te juro que la encontraremos, ya sea viva o muerta, como te prometí que haríamos.

Rompo a llorar y me aferro a su camisa con ambas manos, desesperada por sentir el contacto afectuoso de alguien, ansiando llenar un vacío que nunca desaparece del todo desde que yo era niña.

—Lo sé —le digo entre sollozos—. Pero me da tanta rabia que no sea ella.

—No es culpa de la mujer, ella no está bien —me tranquiliza el alfa.

—Eso también lo sé. No culpo a nadie. Solo a mí misma por tener esperanza y por no hacerte caso cuando me dijiste que esperase a tener más pruebas.

Su abrazo se vuelve más fuerte, más posesivo.

—Yo también habría querido verla de inmediato con mis propios ojos si hubiese pensado que era mi madre.

Sorbiéndome la nariz, elevo la vista y le pregunto con voz trémula, sintiéndome una egoísta:

—¿Tu madre también desapareció?

Él niega con la cabeza con un deje de tristeza.

—Murió a manos de los cazadores hace mucho tiempo. Mientras viajaba por el mundo junto a mi padre. Y él se suicidó poco después.

—Joder… —Me aferro a él con más fuerza—. Lo siento tanto por ti, Rage.

—He tenido tiempo para aceptar lo que pasó. Y, además, vengarme de esos malnacidos ayudó bastante a calmar mi tristeza. No volverán a hacer daño a ningún lican.

Me elevo sobre las puntas de mis pies y beso su barbilla tan despacio como él lo hace conmigo para darle tiempo a rechazarme si no quiere el contacto.

—Ojalá las cosas fueran más fáciles. Ojalá la maldad no existiera.

—¿Ni siquiera la mía? —pregunta él con humor.

Le sonrío con pena.

—Lamento haberte llamado malvado.

—No lo hiciste.

—Pero lo insinué.

Él pasa las manos por mi pelo. Un gesto que he notado que le gusta bastante, a pesar del constante encrespamiento y la sequedad que padece mi cabello.

—Creí que habíamos acordado que ambos tenemos morales grises.

Me río entre dientes.

—Muy grises —le digo en tono de chanza—. Y estoy bien con ello.

—¿De verdad?

Asiento.

—Esta vez sí.

Él vuelve a abrazarme, poniendo su barbilla sobre mi coronilla y bajando sus manos por mi espalda.

—No te des por vencida, mi dama gris —me pide—. Tardemos lo que tardemos. No es un caso fácil.

—No lo haré, Rage. Te lo prometo.

Y sé que estoy diciendo la verdad, porque yo nunca me rindo por muy difíciles que se pongan las cosas.

Eso jamás.

Capítulo 43



MAY

—Quiero hacer algo con ese psiquiátrico.

—¿El qué? —pregunta Rage con curiosidad.

—Renovarlo. Invertir en él con el dinero que me has dado. Algo así. No me gusta el estado en el que estaba, los pacientes y el personal que trabaja allí se merecen algo mejor.

—¿Quieres que lo compremos?

Niego con la cabeza.

—Me has dado un montón de dinero para gastos personales y, para ser honesta, no tenía ni idea de cómo gastarlo. Pero ahora ya lo sé: quiero invertir en sitios como ese. Lugares en los que se trate a gente que no tiene otro sitio al que ir o que necesita ser ingresado. Hospitales, albergues, psiquiátricos…

—Entiendo —dice él desviando la vista hacia la carretera—. ¿Y qué te impulsa a ello, si se puede preguntar?

Me encojo de hombros.

—No lo sé con seguridad —le confieso—. Quizá sea una manera de sentirme mejor conmigo misma o tal vez sea producto de

que mis viejos ideales de intentar hacer del mundo un lugar mejor no han muerto del todo.

—Lo segundo, seguramente.

Le sonrío con afecto.

—Si tú lo dices.

—Estoy convencido de ello —asevera el alfa supremo—. Moral gris o no, tienes un buen corazón, May.

Se me hace un nudo en la garganta al oír eso. Nadie me lo había dicho antes, y no es que necesite que me valoren para sentirme válida, pero aun así me importa lo que Rage piense de mí.

—Tú también —replico, convencida de mis palabras a pesar de su risa sarcástica.

—Pienso que eres la única que cree eso en este mundo.

—Lo dudo —protesto—. Tu manada te tiene en un pedestal.

—Pero no saben todo lo que hago.

—Los alfas y ese beta rubio…

—Bexley —me aclara cuando le miro con expectación al no recordar el nombre.

—Bexley —continúo, habituando mi lengua a pronunciarlo—, saben cómo eres. Lo sangriento que puedes llegar a ponerte. Y no les importa.

—Porque son iguales que yo, May.

—¿De sobreprotectores? Eso me dijo Martha de su esposo, perdón, emparejado, quiero decir.

—De cabronazos —me corrige él.

Suelto un resoplido y no digo nada, porque sé que me está contando la verdad.

—¿Es cosa de lobos? —pregunto al cabo de un tiempo de darle vueltas.

Me he acostumbrado a nuestras largas conversaciones en el coche. Son cómodas. Valoro mucho estos momentos en los que compartimos sentimientos e ideas.

Él eleva un hombro.

—Supongo que sí. Aunque los humanos pueden ser igual de crueles.

Tiene razón. Es algo innegable.

—Quizá sea parte de la naturaleza de ser un ser inteligente, porque los animales no son seres sádicos.

Rage vuelve a reírse con ganas.

—«Sádico» es una buena palabra para definirme.

—Perdona, Rage, no me refería a…

—Lo sé, tranquila —interrumpe mi diatriba contrita—. Solo estás filosofando en voz alta.

Me ruborizo de la vergüenza.

—Sí —admito—. Tiendo a darle muchas vueltas a la cabeza.

—Lo he notado. Y no te preocupes, me gusta hablar contigo. Y oírte hablar. Me encanta saber lo que piensas.

Mi rubor se acrecienta.

—Gra…

—Nada de gracias.

—¿No habíamos quedado en que no me interrumpirías? —bufo con diversión.

—¿No habíamos acordado en que no me darías las gracias?

—Pues vale —suspiro—. No te agradeceré que seas el único hombre, o macho, lo que prefieras, sobre la Tierra en decir que le gusta escucharme hablar.

—Y yo no te diré que los machos del mundo, sean licántropos o humanos, a los que no les deleite el sonido de tu voz, son gilipollas.

Sus palabras me hacen reír.

—Me da a mí que las hormonas del emparejamiento te han embobado si crees eso.

—Y a mí que me gustaría que creyeras que voy muy en serio.

Me remuevo sobre mi asiento sin saber qué responder a su declaración.

Como siempre, Rage no se anda con tapujos. Dice lo que piensa le guste o no a aquellos que le rodean. Y me sorprende que solo tenga elogios para mí.

Sí, sé que soy valiente y que he sobrevivido a mucho y que él admira ese rasgo de mí, pero de ahí a decir que cualquier tontería que se me pase por la cabeza es puro oro para sus oídos va un mundo.

O se está enamorando de mí o es que es un romántico empedernido y se está esforzando en valorarme como su compañera. Y la verdad es que ambas ideas son increíbles para mí, la chica que no ha recibido amor porque su padre estuvo casi toda su vida de luto y el único novio medio serio que tuvo solo la quería para follar.

—Te creo —le digo finalmente al alfa.

Aunque me cueste hacerlo, pienso para mí misma, *te creo.*

—Me alegra que sea así —me sonríe él, devastando mis ovarios con ese simple gesto.

Sus blancos dientes relucen bajo la luz de la luna y en la tenue iluminación del coche mientras nos conduce por carreteras casi desiertas de vuelta a Seawolf.

Es tan hermoso que me roba el aliento una vez más. No puedo creer que me haya tocado semejante macho en la lotería de la vida. Yo, por mucho que él me ensalce, soy de apariencia bastante normal. Ni guapa ni fea, solo bonita. Me lo han dicho casi toda mi vida.

Él, en cambio, es un mil sobre diez. Un bombón andante, ardiente y malditamente atractivo que haría que las bragas de una monja cayeran con tan solo mirarla.

—¿En qué piensas? —me pregunta cuando llevo más de diez minutos en silencio dándole vueltas a la cabeza.

—En nada en particular —miento.

—Parecías muy concentrada.

Suelto una risotada.

—Ya. —Mi cara se vuelve roja otra vez—. Es que estaba perdida en mis pensamientos.

—¿No hay nada que quieras compartir?

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que él lo sabe. De que seguramente lo ha intuido por el aroma de mi cuerpo, que desprende un olor particular cuando está excitado.

Ello, en vez de avergonzarme como esperaba, me excita todavía más.

—Es un secreto —digo en tono de broma.

—Me encantan los secretos.

—Pues este es solo mío, lo siento —me burlo ligeramente de él.

Su sonrisilla se amplía como si disfrutara de nuestras conversaciones tanto como yo.

—Solo tuyo, ¿eh? —me devuelve la burla.

—Así es.

No pienso engordar su ya de por sí enorme ego diciéndole que estaba pensando en lo increíblemente *sexy* que es y la suerte que tengo de que me resulte tan atractivo, ahora que estamos ligados de por vida.

Su mano se posa ligeramente en mi rodilla unos segundos, caldeando mi piel hasta niveles casi insoportables, y mi sexo se humedece todavía más de lo que ya lo estaba.

—En cualquier momento en el que quieras compartir conmigo lo que deseas, avísame. Estaré más que listo.

Suelto otra risilla y me cubro la boca con la mano, dirigiendo la vista hacia mi ventanilla y sabiendo que el viaje va a poner a prueba una vez más mi decisión de esperar a sentir algo más profundo por él antes de dejar que se cuele en mis bragas otra vez.

—Lo sé —suspiro, atormentada por el deseo.

Soy masoquista. Lo tengo muy claro a estas alturas.

Capítulo 44



MAY

No tengo ni idea de cómo voy a comprar un psiquiátrico, dado que no está precisamente en venta a través de las webs de inmobiliarias (que me paso la tarde del día siguiente viendo, para buscar un edificio para mi proyecto del albergue para personas sin hogar), pero estoy determinada a hacerlo. O, al menos, a que me dejen invertir en su reforma.

Así que, al día siguiente de andar buscando en sitios web, busco el teléfono del director del lugar y le llamo. Aunque no me coge el teléfono a la primera, sí lo hace a la quinta.

—¿Sí? —saluda de malos modos.

—Hola. Me llamo May Santos y…

—Sé quién eres —interrumpe él—. Reconozco tu voz. Eres la loba que visitó el psiquiátrico hace dos días.

—Así es —respondo—. Me gustaría…

Él me cuelga el teléfono y yo maldigo.

Y llamo de nuevo.

—¡Oiga! —exclamo en cuanto descuelga, no dejándole hablar —. Voy a seguir llamando hasta que me escuche.

—¿Y si no le cojo el teléfono?

—¿Y si me presento allí en persona? —amenazo.

Se hace el silencio al otro lado de la línea.

¿Se puede saber qué le pasa a este hombre? Recuerdo su voz. Es el médico que estaba dentro de la habitación de la mujer que resultó no ser mi madre cuando fuimos. ¿Es que acaso vive perpetuamente malhumorado?

—Muy bien —accede el hombre—. ¿Qué es lo que quiere?

Cuando le explico mis planes, vuelve a hacerse el silencio al otro lado de la línea.

—El psiquiátrico es concertado, así que no podrá hacer nada sin permiso del gobierno local —me dice en un tono mucho más amable—. Pero le agradecemos su interés por invertir.

—Hablaré con el senador del estado si debo hacerlo —le señalo—. Estoy determinada a invertir en él.

—¿Por qué? —pregunta el director, cuyo nombre es Manel Sagaz, con intriga.

—Porque creo que los pacientes y el personal merecen un sitio mejor en el que trabajar.

—¿Eso es todo?

Suena confundido, como si no estuviera acostumbrado a que la gente no tenga motivos ocultos. Lo entiendo, a mí me pasaba lo mismo antes de ser parte de los Seawolf.

—Sí. Por extraño que parezca, eso es todo.

—Entiendo…

No parece entenderlo, pero mientras me deje hacer algo bueno por ese sitio, me da un poco igual.

Pasamos un rato hablando del centro, de su historia, de cómo tratan a los pacientes de manera lo más comprensiva posible, del abandono del gobierno y de los años que llevan reclamando una reforma y más personal para atender a la gente, así como gastos reducidos para los pacientes que no pueden pagar el ingreso.

Cuando cuelgo el teléfono, creo que he hecho un nuevo amigo. Y, además, me siento mucho más motivada que antes para hacer algo bueno por ese sitio (y por el estado en el que vivo). Mis cuatro millones mensuales van a cambiar el mundo o, al menos, el mundo que me rodea.

Y, la verdad, no puedo negar que me siento genial con la idea.

Capítulo 45



MAY

Cuando se lo cuento a Rage, él se alegra mucho de que mi proyecto vaya a salir adelante.

—No te preocupes por minucias como a quién pertenece el centro, yo me encargaré de que te lo vendan, si lo quieres.

—¿En serio?

Él asiente.

—Tengo contactos en el gobierno.

—Pero ¿eso es legal?

El alfa se ríe.

—No lo sé y no me importa. Lo que quiero es que seas feliz. Si tengo que quebrantar la ley para ello, que así sea.

Yo, una vez más, me siento halagada por las cosas que hace por mí y los extremos a los que está dispuesto a llegar.

—Te daría las gracias, pero sé que no te gusta.

—Exacto.

—Así que… ¿puedo besarte a cambio?

En vez de sonreírme con picardía y aceptar, como esperaba, él frunce el ceño.

—No quiero que me ofrezcas afecto físico a cambio de nada. No es una especie de negociación o premio, May.

Yo me ruborizo de la vergüenza.

—No quería decir eso —trato de defenderme—. Me apetece besarte porque estoy contenta.

—No quiero que te sientas presionada a…

—Rage —le interrumpo—, de verdad que no me siento presionada a darte nada a cambio de tu amabilidad. Solo quiero besarte, eso es todo. Lo de intercambiar besos a cambio de que me ayudaras con lo del psiquiátrico es una mera excusa.

Ahora sí, su mirada se oscurece y su interés está plenamente fijo en mí. Estamos en su despacho y él está sentado en su amplia silla de cuero negro mientras que yo permanezco de pie al otro lado de su escritorio. Cuando veo cómo me mira, doy la vuelta al mismo y me sitúo frente a él, inclinándome y apoyando ambas manos en los reposabrazos del sillón.

Esta vez soy yo la que le tiene atrapada, la que le seduce y le tienta, en vez de ser al revés. Y eso me encanta.

Cuando lo beso, lo hago lentamente, saboreando el momento y el acto como se degustaría un plato de cinco estrellas. El sabor de su boca es adictivo, así como también lo es el contacto entre nuestras pieles, aunque sea ligero debido a que solo nuestros rostros se tocan.

Noto un chispazo eléctrico cuando su lengua se une a la mía en su boca, bailando una danza ancestral de sensualidad y lujuria. Mis manos, inquietas, se pasean por la anchura de sus hombros, sintiendo sus duros y flexibles músculos bajo la tela de su camisa.

Sus manos se posan en mi cintura, alejándome de él con cuidado.

—Si no te detienes ahora, no sé si podré parar —declara con voz solemne.

Yo jadeo de excitación.

—Pues no pares.

Lo vuelvo a besar, esta vez con ansia y hambre, queriendo devorar cada uno de los sonidos que salen de su boca y mezclarlos con los míos hasta que sean una sola sinfonía.

Mis manos se cuelan por debajo del cuello de su camisa, rompiendo los botones debido a mi fuerza, que todavía no controlo del todo, y a mi impaciencia por sentir su piel desnuda contra la mía.

—May… May… —susurra él besando mi cuello con voracidad —. Me vuelves loco, May. Quiero devorarte entera.

Me siento sobre su regazo buscando más contacto, y, una vez noto su erección, frotando mi entrepierna contra ella. Maldigo los vaqueros que llevo puestos hasta que él, con manos aún más impacientes que las mías, me obliga a levantarme para poder quitármelos sin romperlos.

En menos de un minuto estoy completamente desnuda frente a sus ojos mientras que él solo tiene la camisa abierta, dejando ver sus marcados músculos.

—Injusto —declaro, devorando su escasa piel desnuda con la vista—. Todavía no te he visto completamente desnudo, pero tú a mí sí.

Él se ríe entre dientes.

—Muy injusto, sí.

Se levanta de su asiento y procede a desnudarse lentamente sin apartar sus ojos de los míos.

Es el momento más sensual que he tenido en toda mi vida.

Cuando está completamente desnudo, se yergue con orgullo y deja que yo devore cada centímetro de piel expuesta con la mirada, disfrutando de la visión de la maldita deidad del sexo que es.

—Eres guapísimo. Pero supongo que eso ya lo sabes.

Mi comentario le hace soltar una carcajada.

—Siempre es algo bueno que tu compañera te encuentre atractivo —bromea—. Y sí, sé que estoy bueno. Tanto como tú, May.

Yo me río, pero lo hago con sarcasmo. Soy bastante normalita y él lo sabe, pero, como me dijo una vez, la belleza está en los ojos de quien la mira y yo no voy a protestar por su cumplido.

Poniendo fin a la escasa distancia que nos separa, paso mis manos por toda la extensión de sus abdominales, disfrutando del contacto de su piel, inusualmente caliente, contra las palmas de mis manos, y pegándome finalmente a él piel con piel de la cabeza a los pies. Su erección presiona contra mi vientre, orgullosa y terca como su amo, y yo me muerdo los labios y, ansiosa por tocarle aún más, deslizo mi mano hacia abajo entre nuestros cuerpos, acunándola y cerrando mi puño a su alrededor para darle un par de bombeos.

Él gime, con sus pupilas agrandadas hasta que el negro casi se come el carmesí de sus iris, y sus manos se posan en mis nalgas y me aprietan contra su duro cuerpo.

—Esta vez no pienso follarte sobre el escritorio sin mirarte a la cara —me dice con voz ronca—. Me arrepiento de aquella ocasión.

—¿De qué te arrepientes?

—De no haberte hecho el amor como merecías.

Yo le sonrío mientras sigo bombeando su polla lentamente.

—Creías que trataba de engañarte con hormonas químicas.

—Ese maldito invento de los humanos… —maldice él antes de estremecerse de la cabeza a los pies cuando acelero el ritmo de mi mano.

Entonces captura mi boca en otro beso abrasador que me deja sin neuronas disponibles para pensar y todo mi mundo se vuelve caliente, pesado con la lujuria y repleto de jadeos que destilan anhelo por las ganas de sexo que me produce cada roce de sus manos sobre mi cuerpo. Rage acaricia mis nalgas, luego mis muslos, después mi cintura y, finalmente, mis pechos, masajeándolos de manera experta y pellizcando mis pezones de forma que me siento en el puente perfecto que hay entre el dolor y el placer.

De un salto, me subo a sus caderas y cruzo mis pies sobre sus nalgas, sujetándome y pasando mis brazos por su cuello para besarle mejor y más profundamente.

Él, dejando mis pechos (y haciéndome soltar un gemido por ello), me sujeta por el culo y me lleva hasta el sofá que hay en un rincón de su despacho, depositándome cuan larga soy sobre él. Sin dejar de besarme, me abre las piernas y se coloca entre ellas, deslizándose en mi interior de una sola estocada hasta que sus pelotas rozan mi trasero y su nudo, todavía desinflado, me hace gemir cuando acaricia uno de mis puntos G.

Mientras nos besamos de manera desesperada, como si se fuera a acabar el mundo mañana, robándonos el aliento y respirando el del otro en nuestros pulmones, Rage se mueve cada vez más rápido y más duro. Yo me estremezco con cada embestida, con cada uno de sus malditos movimientos, que me hacen ver las estrellas, hasta que llego al orgasmo una y luego dos veces más.

Es entonces cuando su nudo empieza a inflamarse y él llega a su propio éxtasis, dejándonos anudados hasta que baje y pueda salir de mí.

—Tranquila —me murmura al oído mientras me da pequeñas embestidas, incapaz de hacer más mientras estamos ligados—. Pasará pronto.

—No me molesta —gimo—. Todo lo contrario. Es jodidamente placentero.

Él sonríe, sudoroso y jadeante, y me besa antes de hablar.

Tengo la sensación de que a las otras hembras con las que se ha acostado no les gustaba mucho la sensación de su nudo, pero para mí es perfecto. Se siente malditamente genial. Es como tener decenas de pequeños orgasmos cada vez que se mueve mientras estamos anudados.

Nunca había sentido algo así.

Cuando finalmente su nudo se desinfla y él puede salir de mi interior, el semen que ha derramado en mis entrañas sale a chorretones de mi coño enrojecido, manchando la funda del sofá, así como mis muslos y su sexo.

—Esto no me dejará preñada —me preocupo de repente—, ¿verdad?

—Es raro para un alfa supremo tener hijos, por eso soy hijo único —me confiesa—. Pero no puedo decir que sea estéril.

Maldigo en todos los idiomas que conozco.

No estoy, ni de lejos, lista para ser madre, si es que algún día lo estoy. El mundo es muy duro y traer hijos a él es una gran responsabilidad que no sé si estoy lista para afrontar.

Él me abraza y me asegura que, esté embarazada o no, tener al bebé sería mi decisión, lo que me calma un poco, pero, por la

sensación inusual de calor que tengo en mi bajo vientre, algo dentro de mí sospecha que el daño ya está hecho, y que voy a tener que tomar esa decisión muy pronto.

Capítulo 46



MAY

Todavía es demasiado pronto para hacerme un test de embarazo, así que trato de olvidar el asunto y de centrarme en temas más urgentes.

Como el hecho de que Bexley ha contactado de nuevo a Rage diciéndole que han encontrado otra candidata posible a ser mi madre.

—Fue raptada en una fecha y lugar que coinciden con los informes policiales sobre la desaparición de Lisa Galang —informa Bexley—. Y su origen étnico también coincide.

El corazón empieza a latirme superrápido al oír eso desde el otro lado del teléfono, que Rage tiene puesto en modo altavoz.

—¿Dónde está? —pregunto de inmediato.

Necesito saberlo. Quizá sea otra decepción, pero sé que, si es el caso, seguirán buscando hasta dar con lo que quiera que pasó con ella.

—Vive en la salida de las alcantarillas de Chicago, cerca del río Des Plaines —confiesa el beta—. Al parecer, por lo poco que hemos podido entender de lo que nos ha contado la mujer, fue

abandonada allí por sus captores después de que se hiciera demasiado mayor para seguir prostituyéndola.

El alma se me rompe al instante.

Menudos seres de mierda. Ojalá estén vivos cuando les ponga la mano encima porque, sea mi madre o no, no van a salir de esta de rositas. Los voy a encontrar y a matar con mis propias manos por haberle hecho algo así a otra persona.

Odio a las putas mafias de tráfico de personas.

—Quiero verla —insisto como insistí con la mujer del psiquiátrico.

Rage suspira, aunque ya se lo veía venir, seguro.

—Mándame la ubicación exacta, Bexley. Nos vemos allí en cuanto pueda.

—Sí, mi señor. De inmediato.

Rage cuelga el teléfono y se me queda mirando. Debe de ver mis emociones claramente en mi rostro: el dolor empático, la rabia, el asco por las personas que le hicieron eso a esa pobre mujer… y el miedo y, al mismo tiempo, la cruel esperanza de que ella sea mi madre.

—Siento que tengas que pasar por esto, compañera.

Yo me acerco un poco más a él y le cojo la mano por encima de la mesa de su despacho en casa.

—No lo hago sola.

Nos quedamos mirándonos a los ojos un buen rato, disfrutando de esa conexión tan especial que está surgiendo entre ambos sin que ninguno la forcemos.

Podría llegar a amar profundamente a este macho, pienso cuando me sonríe. Y tengo tantas ganas de que así sea que no puedo evitar sonreírle a mi vez, llena de ilusión a pesar de las tristes noticias que acabamos de recibir.

Capítulo 47



MAY

Bexley nos saluda con gesto serio cuando bajamos del avión.

—Está en muy mal estado —nos advierte, aunque va dirigido sobre todo a mí. Lo noto por cómo me mira de reojo—. Su salud es frágil.

—Lo entiendo —replico.

Pero la verdad es que no lo entiendo del todo hasta que la veo.

—Mamá… —Reconozco de inmediato a la mujer a pesar de que está oscureciendo y aunque está tan demacrada y delgada que apenas parece humana.

Corro hacia ella, metiéndome en una parte que apenas cubre del río y cruzándolo hasta llegar a la enorme boca de alcantarilla en cuya pared está apoyada de espaldas.

Ella abre los ojos, medio ciegos, cuando nota que me acerco y yo caigo de rodillas frente a ella, abrazándola y sin dejar de llorar.

—¡Mamá!

—¿May? —pregunta mi madre con una voz frágil y suave—. ¿De verdad eres tú?

—Sí, mamá. Soy yo. Soy tu May.

La mujer alza los brazos lentamente, como si le pesaran, y me abraza como puede. Huele a muerte y a dejadez, como si se hubiera sentado aquí a esperar su final.

—Cuando ese hombre vino a hacerme preguntas —me confiesa con voz trémula— tenía la esperanza de que fuera por algo bueno. De veros de nuevo a ti y a tu padre. Qué feliz soy de tenerte entre mis brazos de nuevo, mi pequeña.

—Oh, mamá. Papá falleció hace años, lo siento tanto. Siento no haberte encontrado antes —sollozo.

—Shhhh, cariño —me hace callar ella—. No es culpa tuya. Ellos me hicieron esto, no tú.

Los mataré por ello, me juro una vez más, ahora con más ganas que nunca.

—Voy a llevarte a casa, mamá —le hago saber—. Y vamos a ir a un hospital, ¿vale? No voy a dejar que te pase nada malo nunca más. Lo prometo.

—No es culpa tuya —repite ella mientras yo lloro de nuevo, como si no se acordara muy bien de lo que acabo de decirle.

Hay otros mendigos alrededor de las alcantarillas. La mayoría mujeres mayores, como mi madre. Sospecho que sufrieron el mismo destino que ella. Así que alzo la mirada y la fijo en Rage, que permanece unos pasos por detrás de mí, dándome intimidad pero cerca por si lo necesito, y él comprende lo que quiero decir sin palabras.

No podemos dejarlos aquí a morir como animales. Debemos hacer algo por ellos también.

—En el hospital de Seawolf hay espacio suficiente para atenderlos —me dice mi compañero—. Calculo que no son más de

una docena de personas, todos ellos humanos.

Una docena de seres vivos a los que han tratado como si no fueran personas.

—Dime que encontraremos a esa mafia y que nos encargaremos de ella, Rage.

Él me sonríe con tristeza.

—Cariño, ya estaba en ello antes de que me lo pidieras.

De repente, un grito agudo y estremecedor sacude el bosque que rodea las alcantarillas y mi madre se aferra a mí con terror en el rostro.

—Es El Oscuro. Ha venido a llevarse a más gente.

—¿El Oscuro? ¿De qué hablas, mamá? —le pregunto, tratando de calmar su miedo—. No temas, estoy aquí y yo te protegeré.

—Un vampiro —anuncia Rage, quitándose la ropa para transformarse—. Y no está solo —advierte justo cuando otro de esos gritos inhumanos resuena sobre el sonido de las aguas del río.

Genial, pienso con disgusto. Dos bichos sin pensamientos sedientos de sangre que solo los lobos pueden matar y que, por cómo tiembla mamá, los han estado cazando como cena.

Menos mal que he llegado a tiempo.

Ahora toca cumplir mi palabra y protegerla de este peligro antes de llevarla de vuelta a la seguridad de Seawolf junto a los demás.

Capítulo 48



MAY

Los vampiros son seres deformes. Como murciélagos enormes con caras feas y bocas repletas de colmillos puntiagudos, pero cuerpo inferior humanoide con piernas y pies de seis largos y raquíticos dedos acabados en garras. Miden más de tres metros de anchura cuando abren las alas y algo menos de dos metros de alto cuando están apoyados en el suelo y erguidos.

Nunca había visto uno en persona hasta ahora. Solo los había vislumbrado en las imágenes que la gente cuelga en internet, principalmente sacadas de cuentos de terror ilustrados de la antigüedad. Y ello es debido a que están casi extintos porque los lobos, que son los únicos capaces de acabar con las criaturas oscuras, los cazaron durante milenios para proteger a los humanos que eran sus aliados o a sus propios cachorros, ya que los vampiros pueden llegar a matar a los licántropos, aunque les resulte difícil, y suelen ir a por las presas más pequeñas y frágiles.

Como los niños o, en este caso, los mendigos.

Cuando se acercan planeando por los cielos hacia nosotros y nos ven a Rage, Bexley (que se ha quedado atrás a esperarnos) y a mí, tratan de dar media vuelta, sin duda detectando el aroma a lican alfa supremo y a adultos sanos y fuertes, pero ni Rage ni yo les dejamos.

Necesitando descargar mi rabia y mi dolor sobre algo, me quito la ropa con celeridad, ignorando cualquier sensación de pudor en pro de transformarme sin tener que caminar luego desnuda y cubierta de la sangre de mis enemigos hasta el claro que se ha convertido en nuestra pista de aterrizaje del helicóptero en el que hemos llegado hasta esta zona tan remota tras bajar del avión.

—¡May! —exclama mi madre, tratando de alcanzarme, pero recula cuando ve que mi piel se vuelve peluda y oye mis huesos crujir—. Loba —la oigo murmurar con el rostro aún más pálido que antes.

Mi transformación es ligeramente dolorosa, pero ni de lejos tanto como lo fue la primera (y, hasta ahora, única vez) y es, además, mucho más rápida y fácil de lo que me resultó en ese entonces.

De pronto, soy una enorme loba gris y negra que se alza sobre sus patas traseras y aúlla a la luna menguante con sed de sangre.

Rage ya ha logrado derribar a uno de los vampiros y lo está despedazando con sus garras delanteras, pero el otro me lo ha dejado a mí.

Qué considerado, pienso con cariño.

El vampiro no es tan fácil de abatir como parece. Se mantiene en lo alto de las copas de los árboles, que son demasiado pequeños para que yo pueda trepar por sus ramas con facilidad, y evita que me acerque demasiado planeando como lo haría una ardilla voladora de árbol en árbol.

Pero yo soy mucho más rápida que él. De un salto, lo atrapo con los colmillos, mordiendo una de sus piernas humanoides, justo cuando está cambiando de árbol, abatiéndolo finalmente.

Él se defiende con colmillos y garras, aunque las mías son más poderosas y más grandes que las suyas, delgadas y frágiles ante la fuerza de un licántropo tan grande como yo. Aun así, me provoca heridas en los brazos y en el pecho mientras yo lo destripo, abriendo su piel, que para los humanos es casi tan imposible de herir como lo es romper titanio con las manos desnudas, y desgarrando sus músculos y sus órganos como si fueran de mantequilla. Una mantequilla oscura y con un persistente olor a pútrido, como si estuviera podrido por dentro.

Pero la criatura no muere hasta que le separo la cabeza del cuerpo, chillona y feroz, abriendo tajos en su garganta con las garras hasta que rompo su columna y se la arranco con facilidad.

Una vez muerta, se hace cenizas ante mis ojos ligeramente incrédulos, que creían que eso era una fantasía más que una realidad.

Cubierta de sangre apestosa y de la mía propia, además de las cenizas, me dirijo hacia donde está Bexley en forma humana tratando de calmar a los humanos, que están histéricos, y me transformo una vez he cruzado el río a nado y estoy de pie en la otra orilla, antes de acercarme a ellos. No sea que los asuste todavía más.

—Mamá —llamo, cogiendo la ropa que he descartado y que Bexley ha tenido la amabilidad de recoger y plegar por mí—. Está bien. No tengas miedo. Soy yo, May.

Me acerco a ella, pero ella recula de nuevo al mirarme con sus ojos medio ciegos.

—No te me acerques, por favor. No me hagas daño —lo suplica sin esperanza, parece que en el fondo intuye que es en vano.

Como si lo hubiera hecho un millón de veces antes y no le hubiera servido de nada.

—Mamá —repito, y caigo de rodillas frente a ella una vez más con los ojos llenos de lágrimas—. Jamás te haría daño.

Ella alarga una trémula mano y acaricia mi mejilla.

—Eres una licántropa. Una loba —murmura con miedo.

Yo cojo su mano con lentitud para no asustarla todavía más, acunándola contra mi mejilla.

—Sigo siendo yo. Nada ha cambiado.

A ella se le humedecen los ojos.

—Ojalá sea cierto —susurra—. Ojalá estés aquí realmente y no sea otra de mis fantasías.

Se me rompe el corazón una vez más al oírla. Y no sé qué puedo hacer para consolarla, cosa que es uno de los peores sentimientos que he tenido jamás y que también tuve con papá cuando la perdió.

—Nos vamos a casa, mamá. Te vas a poner bien.

Ella me sonríe con labios temblorosos.

—Oh, cariño, ahora que estás aquí yo ya estoy bien.

Capítulo 49



MAY

—Tiene un ojo ciego debido a lo que parece haber sido un derrame provocado por un golpe, según nos ha contado. Pero el otro le funciona al ciento diez por cien —me explica la doctora—. Aunque lo más grave, como todos los pacientes que han llegado, es su desnutrición y su anemia.

Trago saliva y asiento, haciendo fuerza para no llorar al pensar en todo por lo que ha debido de pasar mi madre.

—Gracias, doctora.

—No hacen falta, mi señora May —me contesta la mujer con tono amable—. Va a estar ingresada unos días hasta que evolucione a mejor, pero por lo demás está fuera de peligro.

—Entiendo —dice Rage cuando yo no puedo hablar por el nudo de mi garganta, poniéndome una mano en el hombro—. Infórmanos de cualquier avance. Sobre ella y sobre los demás pacientes.

La doctora asiente.

—Por supuesto, mi señor. Gracias por confiar en mí.

La doctora se despide tras darnos la mano y se va a continuar haciendo su trabajo, visitando a otros pacientes que requieren su atención. Hemos traído a un total de once, contando a mamá. Uno de ellos no ha sobrevivido al viaje, estaba demasiado débil y ha muerto en el avión.

—Es imperdonable —repito con los puños temblándome de la rabia y la impotencia—. No sé qué hacer, Rage. Estoy tan triste y, a la vez, tan furiosa.

—Los encontraré, cariño —me promete con rostro severo—, y entonces podrás vengarte de esos hijos de perra como quieras.

Sé que cumplirá su promesa, pero ahora mismo me siento capaz de reducir el mundo a cenizas buscándolos. Ojalá los encuentre pronto porque, de no ser así, no sé cuánto tiempo podré mantener los pies quietos y no intentar averiguar por mi cuenta dónde están esos cabrones que mi madre me ha descrito (y todos los malditos «clientes» que pagaban por violarla) para matarlos lentamente, torturándolos hasta que me supliquen piedad.

«Gris», dijo Rage que éramos ambos. De moralidad muy gris, según recuerdo. Y ahora sé con toda certeza que tiene razón. Porque no puedo esperar para hundirme en el lado oscuro de mí misma y llenar mis garras con la sangre de los enemigos de mi madre (y de todas las mujeres y niños que sufrieron el mismo destino que ella).

Mi sed de sangre crece cada día, pero por ahora me mantengo quieta, sentada a su lado y hablando con ella, contándole cosas sobre mi vida que la hacen sonreír, mientras ella se va recuperando poco a poco.

Pero la rabia no se me olvida por muchos días que pasen. La ira es tan profunda que siento que está cavando ríos de lava ardiente en mis entrañas que se extienden por mi cuerpo con un hambre de venganza que temo que no se apagará jamás.

Capítulo 50



MAY

Una semana después, mi madre sigue en el hospital recuperándose de su desnutrición. Y yo sigo resentida con el mundo y con los cabrones que lo habitan, pero mantengo ese lado violento de mí alejado de ella cuando voy a verla, que es todos los días.

Ella mantiene una profunda amistad con varios de los refugiados que hemos traído con nosotros, todos ellos humanos, así que, una vez están mejor, los pasan por las tardes a una sala donde pueden sentarse en sillones a ver la tele, jugar a juegos de mesa o, simplemente, hablar y ver los rostros conocidos de gente que ha pasado por las mismas penurias que ellos.

Mi madre parece cada día más fuerte y más alegre. Su fortaleza es increíble, y sus ganas de vivir, que ha recuperado ahora que sabe que estoy viva y que no me voy a ir de su lado, son una inspiración para mí.

Rage está a mi lado en todo momento, e incluso lo pillo contándole chistes a mamá para intentar hacerla reír. A pesar de que es alto e imponente y de sus ojos carmesíes, que tapa con unas gafas de sol cuando visita a los pacientes del hospital para no asustarlos demasiado, emana tanta gentileza con ellos que los refugiados se sienten seguros a su lado al cabo de unos días e

incluso le devuelven algunas de las bromas, al principio con timidez y luego con más firmeza en la voz y en sus gestos.

Rage gana algunos amigos, entre ellos mi madre, y le estaré eternamente agradecida por cómo se está portando. Si no estuviera ya en camino de enamorarme de él, creo que lo habría hecho en estos momentos, cuando sé que puedo apoyarme en él y que no me dejará caer.

La primera noche que mamá estuvo ingresada lloré tanto que me dormí en sus brazos, y él no me soltó en ningún momento, susurrándome palabras de afecto al oído mientras me acariciaba el pelo y me juraba que todo iba a estar bien a partir de ahora, que no dejaría que nadie nos hiciera daño a mamá o a mí jamás.

Y le creo. Como siempre, me fío de él. Porque sé de lo que es capaz para protegerme. Lo he visto con mis propios ojos y no se me olvida.

Pero mi paciencia se está agotando y mis ganas de cazar, que mi sangre de loba aumenta como si en mi interior hubiera una bestia carnívora a la que han provocado hasta el máximo nivel, solo aumentan con cada día que pasa sin noticias de Bexley, que está buscando a la mafia que traficaba con mamá y otras personas.

Por suerte, justo antes de tomar la estúpida e impulsiva decisión de marcharme para intentar encontrar a mis viejos contactos (los que me ayudaron a destapar a Cramwell), el beta manda noticias que Rage me hace saber de inmediato.

—Son una mafia grande y poderosa —me advierte cuando me hace llamar a su despacho, sacándome del hospital donde estaba jugando una partida de cartas con mamá y sus amigos—. No tanto como lo fue la de Cramwell, pero sí lo suficiente como para tener licans contratados para su seguridad.

—¿Son humanos? —pregunto con voz arisca.

—Muchos sí —asiente él—. Pero no todos. Hay lobos en los escalafones superiores de la mafia, me temo. Me avergüenza decirlo, pero la gente es la gente. —Se encoge de hombros—. Ni todos los humanos son malos ni todos los lobos somos buenos.

—Dime dónde están.

Me paso la lengua por los colmillos, que me han crecido de repente, y me la corto sin querer, aunque sana en cuestión de segundos.

—He ahí el problema —replica Rage—. Están muy repartidos por el mundo. Tienen varios líderes aquí y allá, pero de los miembros que captan a las mujeres o las raptan sabemos poco.

—Los líderes sabrán más —gruño con voz ligeramente inhumana.

—Tranquila, compañera —me calma él, como ha estado haciendo desde hace más de una semana—. Los encontraremos a todos, ya sean líderes o peones.

—Y morirán —asevero yo—. Al igual que sus clientes.

Él me sonríe con la misma sed de sangre que sufro yo.

—Me gusta cómo piensas —ronronea—. Encontrar a los clientes será lo más difícil de todo, pero, por suerte, este tipo de gente suele guardar sus contactos cerca, ya que normalmente es gente de alta alcurnia o con mucho dinero.

—Así que los que violaban a esas personas son ricos y poderosos.

—No más que yo —me sonríe Rage—. Pero sí.

—No me importa quiénes sean. Ya sean políticos o reyes, multimillonarios codiciosos o líderes de ONG. Los mataré a todos.

No quedará ni uno en pie.

—Y yo te ayudaré con tu cacería. Pero debes tener algo más de paciencia.

Aprieto los puños, aunque finalmente asiento. Sé que tiene razón y que las investigaciones como estas llevan su tiempo, y también que su gente está trabajando como nadie en encontrar respuestas lo más rápidamente posible. A mí me llevó años derrocar a Cramwell y a su mafia y a ellos les ha llevado semanas encontrar a mamá; el poder y la extensión de los contactos de Rage es impresionante. No me extraña que le teman, no solo como lobo, sino como hombre.

Menos mal que él siempre estará de mi parte porque, como enemigo, es uno al que dudo que alguien pueda llegar a derrotar.

Capítulo 51



MAY

Aprendo rápido que, entre la comunidad licántropa, existen dos tipos de estatus: tu subgénero, que determina tu posición de poder en la escala lobuna, y tu origen, que marca la diferencia entre ser aceptado con mayor celeridad o, a veces, dado de lado. Y ese origen es si naciste siendo lobo de padres licántropos o fuiste convertido.

Pero también aprendo que yo estoy exenta de esos juicios por dos motivos: el primero, porque soy una omega, que se supone que es el subgénero más extraño y extraordinario de todos; el segundo, porque, aunque haya sido humana en el pasado, pocos (o nadie) se atreven a juzgar a la pareja de un alfa. Y menos si este alfa es tan único como Rage. Un supremo.

Durante las semanas siguientes, mientras espero a que las investigaciones de la gente de Rage den más resultados y me permitan empezar con mi matanza, aprendo mucho sobre la cultura lican haciéndole preguntas a Martha, que viene a visitarme al hospital y le trae flores a mi madre de vez en cuando, haciendo amistad con ella rápidamente porque, en el fondo (y supongo que ese es uno de los motivos por los que le he cogido tanto cariño a la beta en tan poco tiempo) ambas se parecen bastante. Mi madre, según me contaba papá, siempre fue muy dicharachera y alegre antes de que le pasara lo que le pasó.

Ella y Martha conectan de un modo instantáneo y entre ellas nace una gran amistad. Y yo me siento agradecida por tener a la beta en mi vida una vez más, porque no solo me ha ayudado a integrarme en los Seawolf con facilidad, sino que sé que también ayudará a mamá y a sus amigos a hacer lo mismo, aunque sean humanos, y que me ayudará a protegerlos de los prejuicios y los posibles comentarios maliciosos que puedan ocurrir en el futuro.

Cuando al fin el día en el que vuelvo a ser convocada al despacho de Rage llega, sé que puedo dejar a mamá y a los demás en manos de Martha, porque ella cuidará bien de ellos.

Y eso hace que esté mucho más tranquila.

—Nos vamos —anuncia Rage en cuanto entro por la puerta—. Han encontrado la ubicación del jefe de la mafia llamada Vendetta. Es el que controla a los demás líderes y el que dirige el cotarro, así que seguramente tenga un equipo de seguridad bastante extremo. Por ello he convocado a mis mejores luchadores para que nos acompañen.

—Vale —me relamo los labios con impaciencia—. ¿Nos vamos ya?

—Sí.

Él se levanta y se coloca la chaqueta, liderando la marcha hacia su coche. Yo le sigo, sabiendo que un ejército de alfas nos espera en el hangar para derramar tanta sangre que hasta la tierra va a teñirse de ella esta noche.

Hoy, los licans aullarán a la luna y devorarán la carne de sus enemigos, ya sean licántropos o humanos.

Capítulo 52



MAY

—No te alejes de mí.

—No tenía planeado hacerlo —le digo a Rage.

—La mayoría de los guardaespaldas que tiene contratado Lennon son alfas —me advierte—. Y, aunque nosotros somos el doble y mucho más fuertes, recuerda que un lobo puede herir de gravedad e incluso matar a otro lobo.

Lo miro con seriedad.

—Sé que nos cubriremos las espaldas mutuamente.

Él me sonríe con cierto sadismo.

—Eso no lo dudes nunca, May. Haría arder el mundo por ti… O, como en este caso, despedazaría a docenas de los míos para que puedas vengarte de ese cabronazo.

Me muerdo los labios y le devuelvo la sonrisa, aunque la mía está mucho más llena de afecto que de sed de sangre, por inusual que ello sea desde que todo esto empezó.

—Lo sé —admito en voz queda—. Y, créeme, no hay día que ello no me sorprenda.

Él enarca una ceja.

—¿Por qué iba a sorprenderte?

Me encojo de hombros.

—Sé que soy tu compañera, pero no esperaba que llegaras tan lejos por mí. Ya has hecho tanto, Rage…

—Y haría mucho más sin pensármelo —me dice—, no solo porque eres la mujer en la que me imprimé, sino también porque eres la mujer de la que me he enamorado.

Boqueo como un pez fuera del agua.

—¿Te has enamorado de mí? —le pregunto con incredulidad.

En ese momento, la capitana del avión nos avisa de que va a aterrizar. Luego cogeremos el helicóptero que nos llevará hasta la mansión a las afueras de la ciudad en la que Lennon, el jefe de la mafia Vendetta, vive, y que los alfas de Rage ya han rodeado para que nadie pueda salir de allí con vida.

—No ha sido difícil —bromea—. Eres guapa, tienes valores que encajan muy bien con los míos, tu sed de venganza es equiparable a mi crueldad con aquellos que hacen daño a la manada, te has integrado como una más en cuestión de días… Me gusta cómo eres, May.

—De gustar a amar hay un trecho.

Mi corazón no deja de latir a un ritmo frenético.

—Lo sé. Al principio solo me gustabas. Me encantaba tu osadía y admiraba tu valor. Pero, cuanto más tiempo pasaba a tu lado, más me daba cuenta de que eras la compañera perfecta para mí. De que me estaba enamorando de ti hasta las trancas.

—Oh, Rage… Yo… No sé qué decirte, excepto que creo que yo también te amo.

El avión aterriza y nosotros nos quitamos los cinturones y nos levantamos. Él aprovecha para detenerse frente a mí y rozar mi mano con la suya, enganchando uno de sus largos dedos en los míos.

—¿Crees? —me pregunta con la mirada más seria que nunca.

—Necesito algo de tiempo… Es todo tan repentino.

Él se ríe entre dientes.

—No soy una persona que se ande por las ramas. Cuando algo me gusta, lo digo. Cuando me disgusta, también. Y cuando me enamoro por primera vez en la vida, me es imposible no admitirlo ante mí mismo y ante la persona que más me importa. Y esa última eres tú.

Lo miro con la boca abierta, una vez más sin respiración. Y hago lo único que mi cuerpo, que parece incapaz de reaccionar ante todas las emociones que estallan en mi cerebro a la vez al oírle hablar así de mí, es capaz de hacer: lo beso.

Lo beso como si necesitara el aire de su boca para respirar. Como si cada roce de su lengua fuera mi oxígeno y cada caricia de sus manos sobre mi rostro las cadenas que me atan a la vida y mantienen mis pies sobre la tierra.

—Me estoy enamorando de ti, Rage Seawolf —admito en voz alta por primera vez desde que empecé a pensarlo—. Y no creo que tarde mucho en caer en picado por ti. Eres… eres increíble. El hombre, macho, o como prefieras llamarte a ti mismo, más impresionante que he conocido. Y no me refiero solo a tu físico —bromeo—, sino a todo: tu lealtad, tu fiereza, tu manera de proteger a los tuyos, el que me consideres una igual y no me dejes de lado en temas tan importantes para mí como lo es este, el que apoyes mi sed de sangre y, no solo eso, sino que estés a mi lado, luchando junto a mí, pase lo que pase… No creo que haya nadie como tú en el mundo entero.

—Y, dime, compañera —susurra él contra mis labios de manera sensual—, ¿eso no es amor?

Jadeo y me relamo los labios.

—Nunca lo he sentido antes.

—Ni yo. Pero sé reconocer cuando alguien se convierte en el centro de mi universo.

Pienso bien en todo lo que he dicho de él. En cómo me siento con respecto a él. Y sé que tiene razón. Que ya he caído y solo estaba posponiendo el admitirlo por puro miedo. Porque, aunque mi carácter sea a veces fiero y cruel, mi corazón es suave y todavía conserva una inocencia de la que no he sido capaz de librarme. Un anhelo por el amor verdadero que continúa latente en mí a pesar de las tragedias de mi vida.

—Te amo —me doy cuenta en ese momento—. Te quiero muchísimo.

Su sonrisa podría avergonzar al sol.

—Si estás segura…

—Mucho —asiento con firmeza—. Tienes razón. Tú también eres el centro de mi universo. Y ya no pienso tener miedo de admitirlo.

El beso que nos damos es interrumpido por el carraspeo de Bexley, que ha subido las escaleras del avión privado para ver por qué no bajábamos.

—Vamos enseguida —le pido que nos deje a solas un poco más con la mirada y el beta se retira en silencio, cumpliendo mi deseo.

Cojo el rostro de Rage entre mis manos, tan bello, con una hermosura que es cruel para aquellos y aquellas que saben que nunca podría ser suyo. Que él ama a otra.

A mí.

—Te amo —repito sin aliento como si poner en palabras mis emociones al fin les diera el sentido que merecen—. Y no quiero separarme de ti jamás en lo que me quede de vida, Rage Seawolf.

Él me abraza con fuerza, rodeándome con sus brazos como si quisiera esconderme del mundo, como si pensara que así puede quedarse conmigo para él solo por siempre. Y yo apoyo la cabeza sobre su corazón y escucho sus latidos, más preciados para mí que todas las estrellas del firmamento.

Capítulo 53



MAY

La mansión donde vive Lennon ya ha sido invadida por los alfas de Rage cuando llegamos.

—Están peleando a muerte —observo cuando pasamos de largo a un alfa que reconozco por el olor como uno de los tres que ayudaron a traer al asesino a sueldo que quería cobrar por mi cabeza—. ¿Los ayudamos?

Rage esboza una mueca sádica y se quita la ropa, y yo me detengo a admirar su figura unos segundos antes de hacer lo propio. Es tan malditamente *sexy*…

Nos transformamos en cuestión de segundos y nos unimos a la reyerta, despachando a los alfas de Lennon, más pequeños que nosotros, como si fueran muñecos de papel. Aunque a mí me cuesta un poco más porque muchos tienen más experiencia en combate que yo, cuya experiencia se limita a un vampiro al que maté por suerte y rabia más que por habilidades marciales.

Pero Rage no se aparta de mi lado, tal y como prometió, vigilando mi espalda y matando a cualquiera que trate de atacarme mientras yo peleo a muerte con un par de alfas decididos a abrirse camino a través de mí hacia las puertas de salida metálicas, que han sido arrancadas de cuajo de sus goznes por los Seawolf.

El suelo está resbaladizo por la sangre y las entrañas derramadas de los lobos de Lennon, algunos de los cuales se rinden y se arrodillan, volviendo a su forma humana, cuando ven a Rage y comprenden a qué manada se enfrentan (y que no van a poder ganar), pero, aun así, Lennon no sale de su escondrijo. Ni siquiera para proteger a sus empleados.

—Está escondido en una habitación del pánico —nos informa Bexley, transformado en humano e impecablemente vestido a pesar del panorama—. Lo han acorralado allí.

—Guíanos hacia la puerta —le dice Rage con voz gutural.

El que él y yo podamos hablar en nuestras formas lobunas todavía me sorprende, pero ya no me parece tan extraño como antes.

Aúllo cuando entramos en la casa y, para mi sorpresa, los alfas de los Seawolf se unen a mi sangriento reclamo, aullando mientras reducen a los enemigos a un montón de carne sin vida con sus garras y colmillos.

La mansión, como el exterior, está cubierta de cadáveres y sangre. La mayoría de los alfas de Lennon, pero algunos son de los nuestros, y ello me hace darme cuenta del enorme sacrificio que los Seawolf están haciendo por mí y por su alfa supremo sin rechistar, dando sus vidas por la causa como si fuera lo más natural del mundo.

—Juro que los honraré —le digo a Rage mientras lo sigo escaleras arriba—. Nunca olvidaré sus nombres.

Han muerto porque Lennon no se ha rendido, pero no me hago ilusiones: lo han hecho luchando por mí.

Es mi culpa que haya cadáveres Seawolf y que sus familias vayan a llorarlos.

Cuando llegamos frente a la puerta blindada de la habitación del pánico en la que Lennon está encerrado, vemos que hay tres alfas, uno de ellos gravemente herido, de nuestro clan esperándonos junto a Bexley, que se pone a atender las heridas del alfa de inmediato, sacando un pequeño maletín médico del bolsillo de la chaqueta de su traje.

—¿Sus heridas son graves? —pregunto con preocupación.

—No, mi señora —me responde el alfa herido—. Me curaré con un poco de ayuda. No se preocupe.

El alfa, transformado en humano y con las tripas desgarradas, me sonríe con los dientes ensangrentados como si para él la herida fuera una minucia. Y yo me asombro una vez más del aguante de los lobos y de aquello ante lo que son capaces de sobrevivir.

—Llévatelos en cuanto cosas sus heridas, Bexley —le dice Rage al beta.

Este, demasiado concentrado en hacer lo que puede por el alfa herido, solo asiente.

Rage y yo nos dirigimos directamente a la puerta, donde podemos oír vagamente a Lennon gritando amenazas gracias a nuestros sentidos superdesarrollados.

Rage aprieta un botón de una pantalla que hay junto a la puerta, pero esta no se abre… así que arranca el aparato y luego, extendiendo aún más las garras, comienza a cortar el metal como si este fuera gelatina, haciendo un agujero en la puerta.

—¡No sabéis quién soy! —nos chilla Lennon, aterrado pero demasiado orgulloso como para entregarse—. ¡Os matarán a todos!

—Somos el alfa supremo Rage y la omega May de los Seawolf —le comunica mi compañero en voz calma—. Si no sales de ahí y nos das los datos que mi gente tan amablemente te ha pedido, te despedazaré lentamente hasta que cedas.

Es muy capaz de cumplir su amenaza. Ya lo ha hecho otras veces.

—¿Amablemente? —escupe Lennon, alejándose del agujero y pegándose a la pared más lejana de la habitación—. Esos malditos cabrones me han exigido la lista completa de mis seguidores y la de mis clientes a cambio de no matarnos a todos… ¡y seguro que estaban mintiendo! ¡Mira lo que han hecho en mi casa!

—Tú te has negado a dársela.

—Por supuesto que me he negado —protesta Lennon—. ¿Tú sabes con qué clase de gente trabajo? Me matarían si dejara que alguien se hiciera con esa información. ¡Hay políticos y billonarios en esa lista! ¿Entiendes? Gente de mucho poder. Más incluso que tú.

—Eso lo dudo —resopla Bexley, que está terminando de coser al alfa herido.

—No pienso morir. No os daré nada —insiste Lennon—. Me torturarán y me matarán si lo hago.

Yo me río.

—¿Qué crees que vamos a hacer nosotros? ¿Bailar la samba contigo? Rage ya te ha dicho lo que te va a pasar si no colaboras.

Lennon, que es un licántropo beta por el olor que emite desde su agujero, palidece. Su aroma se vuelve acre por el pánico y la preocupación, pero creo que todavía se piensa que puede salir vivo de esta, cosa que va a comprender rápidamente que no es el caso.

Aunque antes necesitamos los datos.

—¿Dónde los tienes guardados? —le pregunto con falsa amabilidad—. ¿Un ordenador? ¿Un *pendrive*?

—Como si fuera a decírtelo, puta.

—Como quieras… —Me encojo de hombros.

No soy tan fuerte como Rage. Mi fortaleza está en mi agilidad. Pero el alfa ha abierto un agujero lo suficientemente grande como para que mi forma humana pueda pasar por él. Así que cambio de forma y entro dentro, pese a las maldiciones de mi compañero y, una vez frente a un aterrado pero orgulloso Lennon, me transformo de nuevo en loba.

—Ya que no me das la información que quiero por las buenas —le digo—, me la vas a dar por las malas.

Y procedo a seguir el ejemplo de mi imprimado, arrancándole un brazo a Lennon con ridícula facilidad.

Capítulo 54



MAY

El beta se ha desmayado de la conmoción.

—No tienen tanto aguante como los alfa —me explica Rage mientras yo miro el cuerpo hecho un ovillo en el suelo de Lennon, decepcionada de no haberlo oído gritar—. Y no deberías haber entrado sola.

—Dijiste que era más fuerte que los beta.

—Lo eres, pero incluso un beta desesperado puede hacerle mucho daño a una omega, May —me regaña Rage.

Alzo las manos y vuelvo a mi forma humana.

—Vale. Perdón. Me he venido arriba. —Miro de nuevo hacia el suelo y tiro el brazo arrancado a un lado sin miramientos—. ¿Qué hacemos ahora?

—Evitar que se desangre.

—Creí que los lobos no se desangraban fácilmente.

—Una vez más —dice Rage con paciencia—, los beta no son alfas. Su anatomía es más débil y son más fáciles de matar.

Tiene sentido, ya que el subgénero determina el poder y la fuerza.

—Pues vaya —suspiro—. Eso estaría bien haberlo sabido antes de arrancarle el maldito brazo.

Camino hacia la placa que hay a un lado de la puerta, pero no me sé los números que la abren, así que paso de nuevo por el agujero encogiéndome sobre mí misma y evitando que el metal roto desgarre mi piel humana, mucho más frágil que la de loba.

Rage aprovecha una vez estoy a su lado para arrancar la puerta de sus goznes y echarla a un lado a pesar de que debe de pesar una tonelada, al menos.

Su fuerza nunca dejará de arrasar con mis hormonas. Es verlo hacer esas muestras casuales de fuerza y se me caen las bragas (metafóricamente, ya que ahora mismo no llevo ninguna. De hecho, no tengo ya pudor alguno a la hora de desnudarme. Los demás lobos, exceptuando a Rage, ni me miran; para ellos la desnudez es algo natural).

—¿Qué hacemos con él? —pregunto señalando el cuerpo de Lennon.

—Bexley se ocupará de detener la hemorragia de su brazo cuando pueda…

—Voy en seguida, señor. Estoy terminando ya con el alfa.

—No hace falta que sigas, Bex. Estoy bien, cariño.

Oh. Me doy cuenta de repente de que el alfa debe de ser el compañero de Bexley. Estaba tan metida en lo de Lennon que ni me había dado cuenta de la manera en la que se miran.

—Dame unos segundos más para que termine de suturarte la piel. Tu regeneración ya está en curso —insiste Bexley—. Mientras tanto, mi señor, ¿podríais hacerle un torniquete al enemigo?

—Claro —responde Rage encogiéndose de hombros.

Mi macho se inclina, cogiendo de la pierna a Lennon y tirando de él para sacarlo de la habitación, y luego le hace un torniquete con su propio cinturón, quitándoselo y atándolo fuerte en su hombro.

—Espero que esto sirva para que aguante.

—Lo siento. —Me avergüenzo por haber sido tan impulsiva.

—No te disculpes —me pide Rage—. Tus ganas de hacerle daño son comprensibles. Aunque preferiría que no te apartaras de mi lado. Ni siquiera para entrar en una habitación sin mí.

Asiento, un poco arrepentida por haber saltado de lleno hacia mi víctima sin un plan en la cabeza. No es propio de mí, pero Rage ha acertado: mi sed de venganza ha superado a mi lado lógico y racional.

—Lo intentaré —le prometo.

Es lo que honestamente puedo hacer sin mentirle porque no sé cuántas veces más mi ira va a sobrepasar mi razonamiento. Y no quiero faltarle al respeto diciéndole que nunca más va a ocurrir cuando seguramente sea lo contrario.

Capítulo 55



MAY

Los lobos Seawolf registran la mansión de cabo a rabo, pero no encuentran nada. Los *pendrive* que Lennon tiene están llenos en su mayoría de vídeos porno de él follándose a modelos o famosas, cosa que no nos sirve de nada.

—¿Y si no hay *pendrive*? —me preocupo.

—Estos tipejos suelen hacer fiestas privadas donde obligan a las mujeres y niñas que raptan a prostituirse —me informa Rage, tomándose una copa de vino sentado en el avión frente a mí—. Sabrá de memoria quiénes son sus clientes. Sobre todo, si son tan poderosos como él afirma que son. Seguro que acuden con frecuencia a esas jodidas «fiestas».

Me quedo más tranquila con sus palabras. Aunque lo de las fiestas del horror y el abuso me revuelve las tripas una vez más. Mamá siempre está en mi mente. Nunca perdonaré a esos cabrones.

Llegamos a casa unas horas después de finiquitar a los seguidores de Lennon que todavía permanecían luchando o intentando escapar de los Seawolf. Lennon, que permanece sedado para que no cause problemas, está custodiado en la parte de atrás del avión, donde uno de los médicos, que han venido para tratar a

los lobos de Rage y a los que se han rendido, lo atiende para que permanezca con vida hasta que ya no lo necesitemos más.

Acabo de enterarme hace poco de que Seawolf tiene prisiones. Y de que dichas prisiones no están pensadas para miembros de la manada, sino para sus enemigos.

Muy típico de mi despiadado compañero y muy práctico para tener un lugar donde encerrar a Lennon hasta que hable. Según me ha comentado Bexley, no son lugares nada acogedores. Las celdas están cavadas en el acantilado que da directamente al mar y son frías y solitarias.

Perfectas para un cerdo como Lennon, al que ser millonario no le ha servido para nada, porque el dinero no significa nada para los Seawolf: ellos cazan a cualquiera que se les cruce de mala manera sin importarles quién sea.

Y ello me encanta.

Capítulo 56



¿?

Estoy sola y ya no me queda apenas dinero de las cuentas bancarias ocultas que papá me dejó para sobrevivir.

Y juro que se lo haré pagar a la mujer que me arruinó la vida.

Sin él, he tenido que dejar mi antiguo apartamento, mis ahorros se han esfumado y ya no hay nadie que me quiera de manera incondicional ni que me apoye. Antes, al menos, sabía que estaba vivo y tenía la esperanza de poder sacarlo de su prisión si me encargaba de enterrar a todos los que se oponían a ello, especialmente de la zorra que me lo quitó, pero ahora él ya no está. No volveré a verlo.

Ella se lo ha llevado de mi lado para siempre.

—Llegas tarde —le siseo a la mujer a la que he convocado para que me sea útil—. No soporto la tardanza.

La insensata suelta un gruñido bajo y tosco.

—Me ha costado encontrar este sitio —admite a regañadientes.

Apesta a desesperación.

Su aspecto desaliñado y sucio dice mucho de su condición mental. Ella también está sola. Y, además, lo está por culpa de la misma mujer que me lo quitó todo a mí: desde mis fondos hasta mi única familia y el único hombre al que amaba.

Puede que no me gusten las colaboraciones, pero esta mujer tiene contactos que me van a ser muy útiles a la hora de conocer los entresijos de la nueva vida de May. Y lo necesito, aunque me disguste admitirlo.

Necesito saber cómo puedo sacarla de la seguridad de los Seawolf para acabar con ella de una vez por todas.

Porque puede que ella se haya olvidado de mí, pero yo jamás me olvidaré de ella.

Capítulo 57



MAY

El primer día que pasamos de vuelta en casa lo hacemos relajándonos.

Rage y yo nos damos un largo baño juntos y hacemos el amor en la bañera, llenándolo todo de agua y riéndonos en el proceso. Luego, después de una breve siesta, ya que los lobos no necesitan dormir tanto como los humanos, nos vestimos y visitamos el hospital donde mi madre y sus amigos nos reciben con los brazos abiertos y donde Martha, sentada al lado de mamá mientras juegan al parchís, me saluda con una gran sonrisa.

—Mi compañero me ha dicho que la cacería ha ido bien —me susurra cuando me inclino para darle dos besos—. Me alegro. Ese cabrón merece todo lo malo que le pase.

—Gracias, Martha.

Su marido, un alfa, es uno de los que luchó para conquistar la mansión-fortaleza de Lennon y que, por suerte, ha vuelto a casa vivo. Aunque no se me olvida que perdimos a tres de nuestros alfas durante la pelea, uno de los cuales estaba emparejado.

Mañana es el funeral, y tanto Rage como yo vamos a presidirlo. Los rituales funerarios de los licans son sencillos. Voy a

dar el pésame a las familias, a encender tres lámparas flotantes y enviarlas al cielo junto a mi alfa, deseándoles a las almas de los muertos un feliz viaje hacia la luna, donde los lobos creen que hay una realidad paralela en que habitan las almas en grandes ciudades de mármol blanco rodeadas de densos bosques interminables (casi como el que rodea los dos pueblos Seawolf).

Tras pasar un rato con Martha y mi madre y preguntar por los avances de esta última a la médica a cargo, nos vamos de vuelta a casa a descansar y a charlar en privado sobre lo que va a ocurrir ahora que hemos capturado a Lennon.

—Sin duda, sus amiguitos políticos y billonarios se moverán para tratar de culparnos por una «matanza ilegal», usando a la prensa para ello.

—¿Y qué haremos nosotros? —le pregunto a Rage.

Estamos sentados en el sofá del salón compartiendo una copa de vino.

Rage pone esa expresión maliciosa y cruel que siempre me hace hervir la sangre de lujuria.

—La mayoría de los medios de comunicación me pertenecen desde hace unos días.

—¿Qué? —pregunto, anonadada.

Él se ríe.

—Previ lo que iba a ocurrir, así que los compré.

—¿Así? ¿Sin más? —inquiero—. ¿Tan rico eres?

Él eleva un hombro en un gesto que le resta importancia a sus siguientes palabras:

—Mucho más que la mayoría. Es lo que tiene ser un alfa supremo: heredé tierras ricas en recursos y amasé una fortuna

mediante mis contactos. ¿Por qué te crees si no que puedo darte cuatro millones al mes y no preocuparme de ello?

Yo me lo quedo mirando.

—Pensé que te estabas gastando todo tu dinero en mí.

Él niega con la cabeza.

—No soy tan estúpido.

—No es que te creyese estúpido, es solo que…

—Que creías que trataba de impresionarte con dinero para que te bajaras las bragas cuanto antes —finaliza él por mí cuando yo no termino la frase.

Hago una mueca.

—Sí —admito sin tapujos.

—No puedo negar que esa fue mi motivación en parte —se ríe él de manera desvergonzada.

Yo le doy un manotazo a su hombro y luego cojo uno de los almohadones, lanzándoselo a la cabeza.

—Idiota.

—Por ti, May. Mucho.

Nos besamos con el sabor del vino y de la risa en la boca. Y follamos sobre la alfombra que hay frente a la chimenea, despreocupados a pesar de la tormenta de mierda que nos espera tras nuestras puertas.

Dos veces.

Capítulo 58



MAY

Lennon permanece una semana entera en una celda de aislamiento situada en el precipicio antes de que vayamos a verle.

—Así estará más suave —afirma Rage mientras bajamos en ascensor hacia la zona más oscura de las cuevas.

—¿Tú crees?

—Claro. Y dispuesto a hablar —dice con malicia—. No hay nada como una semana de tortura ahí abajo para que a alguien se le suelte la lengua.

—No sabía que había guardias que torturaban a la gente.

—Y no los hay. Me refería a la privación de sentidos. En esas cuevas no hay nada excepto la más profunda oscuridad y silencio.

—Suena aterrador.

—Lo es.

—¿Cómo lo sabes? —inquiero—. ¿Has estado alguna vez ahí como prisionero?

Él emite un sonido de negación.

—No, pero he visto a los suficientes romperse tras unos días allá abajo como para deducir que debe de ser una de las cosas más aterradoras que han vivido —me explica—. Algunos decían que la piedra les hablaba cuando llevaban unas horas solos.

Me estremezco de pavor.

—Qué miedo da eso.

Él se ríe.

—No te preocupes, te aseguro que es solo piedra y nada más. No hay ninguna criatura oscura aquí abajo, tan cerca de Seawolf. Lo sabríamos.

Asiento, porque intuyo que tiene razón. Eso de ser sensor es, una vez más, una pasada.

Cuando llegamos a la planta en la que está Lennon, el ascensor se detiene con un chirrido que hace eco en las paredes de rugosa piedra. Hay humedad en el ambiente, pero, por lo demás, el aire parece cargado y denso. Como si el miedo que se respira aquí abajo lo hubiera teñido todo.

Rage camina delante y yo lo sigo. Apenas hay luz, provista por unas lámparas muy tenues, pero nuestros ojos licans se adaptan bien a las tinieblas, aunque no a las más densas, que parecen pulular en cada rincón.

Caminamos hasta que pierdo la noción del tiempo. Pueden haber sido unos cinco minutos o una hora. No lo sé. Pero al final llegamos frente a una puerta de grueso metal negro que está tan helada al tacto que aparto la mano de inmediato tras tocarla con curiosidad.

—Cuidado. —Rage me coge la mano y sopla su cálido aliento sobre ella—. Está encantada para que cualquiera que no sea de mi linaje pierda los dedos.

Me miro la mano con horror.

—¿Voy a quedarme manca?

Él niega con la cabeza.

—Estás emparejada conmigo. Mi esencia y mi aroma están en ti. Más allá de una breve advertencia, no te pasará nada.

Menos mal, suspiro para mí misma.

—¿Cómo has logrado hacer algo así? —pregunto con curiosidad—. Creí que los usuarios de magia se habían extinguido.

—Y están extintos —confirma Rage—, pero esta puerta se creó para mis antepasados antes de que eso pasara. Ahora, estate atenta —me advierte—, voy a abrirla.

—¿Vas a usar «ábrete sésamo»? —bromeo.

Él se ríe entre dientes.

—Más o menos. Observa.

Eleva una mano, se hace un corte en la palma con una garra extendida de la otra y luego la pone en el centro del círculo que hay tallado en la puerta, este se ilumina al tocar su sangre.

—Ábrete —ordena.

Y la puerta se abre hacia adentro en el más absoluto de los silencios.

Capítulo 59



MAY

Lennon no se lanza hacia nosotros con rabia, como me había temido, sino que, cuando mis ojos se adaptan a la oscuridad de su celda, lo veo hecho un ovillo en un rincón de la misma, mucho más delgado que cuando lo trajimos (y con la herida del brazo que le arranqué totalmente curada, aunque, a diferencia de lo que ocurriría con los alfas, a él no le ha crecido uno nuevo).

Cuando entramos en la celda, el lican antiguamente orgulloso alza la demacrada cara y se nos queda mirando con los ojos idos.

—¿Sois reales? —pregunta con voz enronquecida por la falta de uso.

—Sí —replica Rage, acuclillándose frente a él—. ¿Dónde está la lista de tus clientes?

Lennon, en vez de negarse a hablar, alza un dedo y se toca la sien con él.

—Aquí —señala.

—Así que por eso no la encontramos.

Lennon asiente, aunque todavía parece algo ido. Como si no estuviera del todo presente con nosotros.

—Menos mal que no lo maté —comento.

Rage suelta un gruñido.

—Eso hubiera complicado las cosas. —Coge a Lennon del brazo y lo saca de la celda a la fuerza mientras este grita de pánico.

Los sigo hasta una habitación adyacente que, cuando Rage abre la puerta, veo que se trata de una sala de interrogatorios.

Mi alfa supremo sienta a Lennon en una de las sillas de metal plegables que han visto mejores días y luego se dirige a una pared, descolgando un antiguo teléfono.

—Traed papel. Mucho papel. Y un boli —ordena a quienquiera que esté al otro lado de la línea antes de colgar.

—Muy bien, Lennon —intervengo yo, deseosa de tener ya esa lista en mis manos—. Vas a colaborar, ¿verdad?

El lican asiente con expresión distante y se queda mirando la pared de piedra con los ojos abiertos como platos, como si pensara que algo va a aparecer a través de ella.

Yo echo un vistazo a mi espalda, solo por si acaso, a pesar de que no siento vida alguna.

Y es que no hay nada entre las densas sombras de la habitación. Solo los fantasmas que habitan en su cabeza.

Capítulo 60



MAY

Antes disponíamos de una larga lista de cabecillas que servían a Lennon y más o menos su posición, pero ahora tenemos toda la información de su red de contactos, de sus clientes y de los captadores que raptan a las mujeres y niños para su compraventa.

Todo escrito en un fajo de papeles que pesa casi más que un grimorio.

—Voy a tener que hacer un millar de llamadas —suspira Rage una vez estamos con la preciada información de vuelta en casa (y Lennon muerto con la cabeza arrancada)—. Ni siquiera los Seawolf pueden abarcar tanto territorio. No me esperaba que fueran una mafia tan grande.

—Dijiste que era más pequeña que la de Cramwell —le recuerdo.

—Me equivoqué —acepta, y se encoge de hombros.

Miro el fajo de folios con un nudo de angustia en el estómago. Hay desde periodistas hasta jefes de estado.

Las personas, en este momento, me dan mucho asco. Aunque no todas, claro está. Siempre tendré a Rage a mi lado y sé que

puedo confiar en él y en su estricto sentido de la… bueno, ética no es la palabra, supongo, pero algo parecido.

¿Honor?

Sí, eso encaja mejor, pienso para mí misma.

—¿En qué piensas? —Rage me saca de mi ensimismamiento.

—En que no esperaba que hubiera tanta gente implicada. —Señalo hacia nuestra pequeña biblia de los culpables—. A algunos de ellos los conocí en una fiesta que dio mi periódico cuando trabajaba allí. Incluso les di la mano. Ahora me dan asco. Todo me da asco. No me puedo creer que haya tanta gente así en el mundo.

Rage alarga una mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—No son tantos como parece —me calma—. Solo unos doscientos en un mundo habitado por millones.

—Doscientos cabrones son muchos cabrones, Rage.

—Estarán muertos antes de que sepan por qué van a ser asesinados —me asegura él—. En unos días, dejarán de existir. Sean quienes sean.

Le sonrío con amor.

—Eso es lo más bonito que me han dicho en mucho tiempo —bromeo.

—Ah, ¿sí? —sonríe él—. Pues tendré que mejorar mis cumplidos.

Justo cuando se inclina a besarme, alguien llama a la puerta con urgencia.

—Bexley —deduzco por el aura que emana, aunque no pueda olerlo desde el salón.

Rage se levanta para abrirle la puerta y yo lo sigo con curiosidad. No es propio de Bexley venir sin avisar antes, por lo poco que sé del beta.

—Bexley —saluda mi alfa cuando lo ve.

—Mi señor. Mi señora —dice inclinándose el beta—. Creo que tenéis que ver las noticias del Canal 7.

Rage y yo nos miramos y nos dirigimos de nuevo hacia el salón mientras Bexley nos sigue los pasos. Desde que estoy aquí, creo que es la primera vez que enchufamos la megatelevisión que hay colgada de la pared.

El alfa encuentra rápidamente el Canal 7 y los dos escuchamos atentamente lo que dice la comentarista (que no está en la lista) mientras las terroríficas imágenes de la matanza en la mansión Lennon (que deben de haber sido hackeadas de las cámaras de seguridad) se reproducen a sus espaldas.

—… el alfa supremo ha resultado tener la rabia. Una enfermedad contagiosa y muy peligrosa que podría hacer que los licans se vuelvan locos con sed de sangre, como parece ser el caso en las imágenes…

—Menuda gilipollez. La gente no puede creerse eso —comento, a pesar de que sé lo que las personas pueden llegar a creerse, especialmente si sale en un canal de noticias tan prestigioso como este.

—Lo harán —me confirma Rage—. Pero da igual, mis propios canales de difusión, ya sea a través del televisor, de la radio o de internet, ya han empezado su campaña para justificar la matanza como la limpieza de una mafia licántropa y un asunto entre licans que no tiene nada que ver con los humanos —lo último lo dice con sarcasmo, ya que muchos de la lista de Lennon son humanos—. Eso mantendrá a los mortales culpables tranquilos hasta que demos el siguiente paso.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —le pregunto con curiosidad.

Sus labios se tuercen con crueldad y sus ojos carmesíes relucen bajo las luces de la pantalla.

—Una matanza coordinada —anuncia con voz ronca—. Acabaremos con todos en un plazo máximo de dos días para evitar que traten de esconderse. Por eso tengo que hacer esas jodidas llamadas a otras manadas que me deben algún favor por haberme cargado a algún *slenderman* que acosaba en su territorio o unos cuantos cazadores particularmente tocapelotas. Y, ahora, si me disculpáis, tengo trabajo que hacer.

Se marcha en dirección a su despacho mientras yo me quedo mirando su ancha espalda.

Si hay alguien que cumple de inmediato lo que promete, ese es Rage Seawolf, ya sea sexo nivel dios o una jodida carnicería.

Capítulo 61



MAY

Recibo un mensaje de un número cifrado que está claro que es de Lara Devigne, mi antigua compañera de trabajo convertida en ayudante de un mafioso muerto, pero no le doy mucha importancia.

Es escueto y directo al grano, como el anterior: «Te voy a dar caza como a una perra. Pronto estarás muerta», y simplemente me lo tomo como una amenaza más por parte de alguien que acaba de convertirse en un aspecto secundario de mi vida con todo lo que está pasando.

La mafia que hizo daño a mamá es mucho más importante que la que me hizo daño a mí y lo poco que queda de ella tras los asesinatos ordenados por Rage.

—¿Quién es, cariño? —pregunta mi madre, que está sentada frente a mí mientras jugamos a las cartas en el salón comunitario del hospital.

—Nadie relevante, mamá.

Y me olvido del tema poco después.

Cuando llega la noche y me voy a casa, recibo otro mensaje de texto, esta vez de Rage: «Va a empezar pronto, ¿te unes?». Sé que se refiere a la caza y el corazón me late a mil. Ya no me importa

si ello me hace una mala persona, solo quiero que esa gente muera y, si puedo asegurarme de ello con mis propias garras, mejor.

Mi respuesta es un rotundo: «Sí».

Capítulo 62



MAY

El cabrón a por el que vamos nosotros no está tan lejos de Seawolf como nos gustaría.

Se trata de un magnate que tiene una mansión en la misma costa, pero en una ciudad diferente, y que se ha refugiado allí, como un idiota, rodeado, cómo no, de su guardia personal: licántropos que no pertenecen a ninguna manada y que venden sus servicios violentos al mejor postor por dinero. Como los de Lennon.

No es que vaya a servirle de mucho, con tanto alfa acompañándonos y con Rage, casi indestructible, a la cabeza de la comitiva, que viaja en coche hasta dicha ciudad y aparca alrededor de los terrenos de la mansión. Y él debe de saberlo porque, tras enviarnos a sus guardias en masa, la mayoría de los cuales huyen y son cazados como animales por los alfas Seawolf, el maldito cabrón corrupto intenta huir en barco a mar abierto, seguramente pensando en aguas internacionales (otra cosa que no le va a servir de nada).

Rage y yo nos subimos a otra embarcación (que le robamos) y seguimos a su yate hasta que estamos lo suficientemente cerca del mismo como para saltar a bordo.

—¡Al abordaje! —grito cual pirata, cayendo en mi forma de loba sobre los dos guardias, ambos alfas, que han acompañado al

humano en su huida.

No me es fácil despacharlos. Los alfas no son fáciles de matar. Se regeneran a una velocidad brutal, son muy fuertes y, además, muy ágiles. Pero yo soy más rápida que ellos y mi regeneración es mucho más veloz.

Mientras ambos intentan acorralarme, salto sobre sus cabezas dando una voltereta en el aire y desgarro la espalda de uno de ellos al aterrizar, cogiéndole del cuello con las garras. Pero el alfa se deshace de mi agarre moviéndose como loco por el barco y aullando de dolor.

Una cosa que he aprendido es que las heridas ocasionadas por una omega no sanan tan fácilmente como las demás. Mis garras son una especie de arma venenosa para el resto de lobos que ralentiza sus movimientos y su capacidad de sanar. Así que el desgarro de su espalda no se cierra como debería, haciéndole perder mucha más sangre de la que puede permitirse perder.

Rage aprovecha la lentitud súbita de sus movimientos para rajarle la garganta y, luego, arrancarle la cabeza, como suele hacer con nuestros enemigos.

Así que solo queda un alfa, que se lanza al mar al ver el panorama y al que Rage persigue porque no va a dejar escapar a nadie, ni siquiera a aquellos que hacían la vista gorda sin participar directamente en el tráfico de personas o al humano que pagaba para abusar de menores y mujeres raptadas.

—Estamos solos tú y yo, violador —le gruño.

Él me apunta con una pistola.

—¿Hablas? —se sorprende, pero instantes después quita el seguro del arma con una mano temblorosa—. No importa. Maldita bestia. ¡No te muevas! Esto tiene suficiente acónito como para matarte.

Me río con ganas y salto, posicionándome a su espalda en meros segundos. Él dispara, pero la bala solo me roza el pelaje.

—¡Bu! —exclamo ante su cara de pánico justo antes de clavar mis garras en su corazón.

Uno menos y, si el ataque coordinado por Rage ha ido bien, todos los de la lista de casi doscientas personas estarán siendo eliminados alrededor del mundo en estos mismos instantes.

Miro al cielo, cuajado de estrellas, donde la luna llena brilla por cuarto día consecutivo en el cielo, permitiendo que los alfas y betas se transformen, aunque Rage y yo no la necesitemos para ello, y sonrío sabiendo que el mundo va a ser un poco mejor cuando terminemos la cacería.

Seguirá habiendo corruptos como esta gentuza, sí. Pero de eso ya me encargaré más adelante.

Siempre tendré tiempo para una cacería más a lo largo de mi inusualmente longeva vida licántropa.

Capítulo 63



MAY

Nuestra segunda víctima de la noche se llama Ernest Villadeforce y se ha refugiado en aguas internacionales, aunque los amigos de Rage han localizado su barco, así que, como al anterior, buscar una zona neutra y apartada no le ha servido de nada.

Como tampoco le sirve de nada a Amélie Devoniel, una multimillonaria de setenta años a la que le gustan demasiado los menores de edad y que estaba en la lista de Lennon.

Parece que los pedófilos y los violadores en general han intentado crear una pequeña flota de barcos armados en aguas internacionales. Rage y yo los cazamos solos mientras los demás matan a los otros en tierra.

Tardamos varios días en dar con todos los barcos navegando en el yate que hemos robado, pero vale la pena.

Cuando terminamos, quince malditos cabrones de la lista y sus guardias están muertos.

Regresar a casa se siente como una victoria cuando los alfas que contactó Rage van llamando uno a uno informando de sus resultados, todos ellos positivos (para nosotros y para las víctimas),

y de las víctimas que han rescatado y a las que han dado refugio. Una vez más, la mayoría mujeres y niños.

Los siguientes días a la carnicería los pasamos en casa, lejos de las cámaras de los medios de comunicación no pertenecientes a Rage, que se han hecho eco de la cacería (era imposible no ver que decenas de clanes licans decidieron matar a famosos y ricos, ya fuesen humanos o no. Sobre todo, cuando sus cuerpos fueron dejados sin miramientos en el lugar de la matanza). Los medios que pertenecen a los Seawolf pintan el escenario como una cacería de corruptos, mayoritariamente licans (mentira), que habían amenazado la vida de Rage y la mía (otra mentira), y sacan a la luz todas las fechorías de los muertos, pero sin desvelar el nombre o el rostro de las víctimas para así darles privacidad y paz.

La sociedad mundial se divide entre quienes creen a los licans (la mayoría, ya que al fin y al cabo los licántropos somos más del sesenta por ciento de la población y Rage tiene mucha influencia sobre todos ellos) y quienes nos temen y por ello mantienen que algo así debió de haberse dejado en manos de la policía (aunque no mencionan que varios de los asesinados eran jefes de policía o incluso personal del FBI).

Rage se coge unas vacaciones, por así decirlo, hasta que las cosas se calman un poco, y nos pasamos los días haciendo el amor, jugando a juegos de mesa que Bexley nos trae para que no nos aburramos de estar en casa, bañándonos en las aguas termales Seawolf una vez todos los periodistas no leales a la manada han sido expulsados de ambos pueblos, y en general disfrutando de la compañía del otro.

Pasan los días y me olvido por completo de Lara y de su mensaje.

Pero ella no se olvida de mí.

Capítulo 64



MAY

La primera señal de que algo va mal es un mensaje de texto que me pide que vaya al salón cultural en el que Martha y los demás celebramos las reuniones de los festivales del pueblo a solas desde el número de mi amiga y de madrugada.

Extrañada, pero confiando en que Martha tendrá algo importante que decirme, me visto y me dirijo al edificio en el que está situado el salón de reuniones, dando un largo paseo por el pueblo y saludando a las pocas personas con las que me cruzo a esta hora intempestiva con una sonrisa.

Rage ha salido a trabajar por primera vez desde que empezó el caos y estará haciéndolo hasta mañana. Llevaba demasiado tiempo sin ir al club, así que se ha ido a visitarlo.

Eso debería haber hecho sonar las primeras alarmas en la cabeza, pero he salido tantas veces con Martha a solas mientras él no estaba que no lo hace hasta que llego a la sala del consejo y veo que las luces están apagadas.

Mi olfato es el primero que me advierte de que algo va mal. Huele a sangre y a algo más, a personas que debería reconocer, pero cuyo aroma se me escapa ahora mismo.

—¡Martha! —exclamo con horror cuando mis ojos se adaptan a la oscuridad y la veo tendida en el suelo en un charco de su propia sangre.

Su respiración es tan débil que apenas la percibo. Está moribunda y, si no la saco pronto de aquí, va a morir.

En ese momento, Judith enciende las luces de la sala.

—Te estaba esperando.

—Maldita psicópata —le gruño, enseñándole los colmillos que me han crecido por la rabia que siento ahora mismo—. Te voy a matar por esto.

—¿Quién es ahora la psicópata?

Me está apuntando con un arma, seguramente cargada de acónito, pero no le va a servir de nada, igual que no le sirvió de nada al millonario muerto por mis garras.

—Solo tengo que arrancarte la cabeza —replico en vez de caer en su provocación—. Y eso se me da muy bien.

Ella tiembla con miedo, pero el arma sigue apuntándome al pecho sin titubear.

—Lo he perdido todo por tu culpa —me acusa—. Desde que apareciste, mi vida ha sido una mierda.

—Tu vida ha sido una mierda porque intentaste atropellarme, ¿recuerdas?

—¡Cállate! Estoy hablando yo.

Es como una niña malcriada. Lo juro.

—¿Qué crees que vas a conseguir con esto, Judith? —me burlo—. No saldrás viva de aquí. Si no te mato yo, lo hará otro.

Ella se echa a reír de una manera muy extraña, al borde del histerismo.

—No te das cuenta, ¿verdad? Mi vida ya no vale nada. Nadie me quiere en su manada. Me has convertido en una loba solitaria, y esa es una condena a morir en sí misma.

Me encojo de hombros.

—Ya te lo he dicho —repito—. Si tu vida apesta es debido a tus acciones.

—¡Rage me habría perdonado si tú no lo hubieses embaucado! —protesta la ilusa—. Pero no importa. Ya no importa. Puedo oler que estás preñada con su cachorro. A Rage ya nunca lo recuperaré. Ni tampoco mi lugar en la manada.

Me tenso. Yo no he olido nada, y eso que mi olfato es mucho más sensible que el de la mayoría de los licans, aunque es muy probable que diga la verdad. Lo sentí el día en el que follamos en el sofá del despacho de Rage. Sabía que estaba embarazada y, en cambio, lo he estado ignorando hasta ahora porque no me veía capaz de afrontarlo.

Supongo que ya no me queda más remedio que hacerlo.

—Si sabes eso, ¿por qué has venido?

—Ya lo descubrirás —amenaza.

Suelto un suspiro.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —lo intento otra vez, perdiendo la paciencia y sintiendo mis huesos crujir con la irritación de mi loba interior—. ¿Por qué le has hecho eso a Martha?

—Porque quiero que sepas que esto es tu culpa.

Se pone la pistola en la cabeza y aprieta el gatillo. Sus sesos se esparcen por la pared y el techo de la sala. Y así Judith, la chica

beta incapaz de combatir el veneno del acónito, muere sin darme respuestas.

Capítulo 65



MAY

Martha es ingresada en el hospital de inmediato y Rage aparece como una furia sombría y se planta junto a mí en la sala de espera.

—Se pondrá bien —me dice e, instantes después, los agujeros de su nariz se expanden y sus pupilas se dilatan—. Estás embarazada.

—No me lo digas —suspiro—, lo sabes por el olor que emito que todo el mundo huele menos yo.

Él se ríe con felicidad incrédula y yo sé, en ese momento, que, aunque la decisión la haya dejado en mis manos y no me vaya a tener rencor si decido abortar, no voy a hacerlo. Que voy a tener este bebé.

«El aroma de una loba embarazada cambia alrededor del primer mes, cuando su cuerpo ya ha hecho los cambios hormonales suficientes como para que ello se muestre en su olor personal —me ha explicado antes una enfermera—. Pero las embarazadas no suelen notarlo. Son sus parejas quienes normalmente se dan cuenta primero, mi señora».

Supongo que tiene sentido que, si los betas y alfas de la ambulancia (y Judith) lo han notado antes a pesar del fuerte aroma

de la sangre de Martha, es normal que Rage lo haga al instante.

—Su compañero todavía no ha venido —le digo a mi alfa—. ¿Está trabajando o algo?

Rage niega con la cabeza, todavía aturdido por la noticia, y se inclina para darme un fuerte abrazo.

—Tomes la decisión que tomes, la respetaré —asegura, tal y como yo había predicho.

—Lo sé, Rage —le sonrío, inclinando mi rostro para besarle con suavidad.

Algunas personas de la sala de espera vitorean al vernos, pero no les hago caso aunque sus miradas me pongan incómoda.

Este es un momento demasiado bonito como para estropearlo.

—He decidido tenerlo —le informo cuando nos separamos y él se acuclilla frente a mí para que yo no tenga que inclinar tanto el cuello al mirarle, ya que no hay asientos libres a mi lado.

—¿En serio?

Le resulta muy difícil esconder su ilusión, pero se nota que lo está intentando.

—Sí. En serio —me río quedamente—. Supongo que en nueve meses seremos padres.

—Un año —me corrige él—. Es lo que duran los embarazos licans.

Casi me da un soponcio al oír eso. Nueve meses ya me parecía demasiado, pero ¿un año entero? Eso es una brutalidad.

Aun así, voy a tenerlo.

—¿Familiares de Martha Hammon? —llama de repente un médico que se asoma por la ventanilla de la sala de espera.

Me levanto de inmediato y Rage hace lo mismo, cogiéndome de la mano.

Jacob tampoco ha llegado todavía, pero eso es porque está trabajando y no ha podido salir aún. He hablado con él por teléfono y le he asegurado que no iba a apartarme del lado de su hermana.

—Pasen —nos ordena el hombre con cara de agotamiento, abriéndonos una puerta de metal que separa los pasillos de urgencias de la sala de espera.

Caminamos hacia una consulta y él se deja caer tras el escritorio. Rage cierra la puerta detrás de nosotros.

—Está en coma, pero tenemos la esperanza de que despierte pronto. Su estado es grave, aunque estable. Y creemos que se pondrá bien, sin embargo, se está regenerando muy poco a poco porque el arma con el que la hirieron llevaba acónito, y al ser beta ello le afecta mucho —nos explica el doctor.

Hago una mueca de preocupación al recordar lo rápidamente que ha muerto Judith y siento un nudo de angustia en el pecho al pensar qué le podría pasar a Martha. Rage entrelaza nuestros dedos como símbolo de apoyo.

—La hemos ingresado en observación. Pueden pasar a verla, pero solo unos minutos.

—Gracias, doctor.

—De nada. Es en la quinta planta.

—Sé dónde es —le sonrío a pesar de mi angustia.

Mi madre estuvo ingresada allí también antes de ponerse mejor.

Rage y yo subimos a ver a Martha, que sigue en coma aún tras la operación para retirarle las balas del cuerpo, y yo me inclino y beso su frente con lágrimas en los ojos.

—No te mueras, por favor —le suplico.

Nunca me lo perdonaría, sabiendo que ha sido una víctima colateral del odio injustificado de otra persona hacia mí.

Capítulo 66



MAY

Martha tarda tres días en despertar de su coma y, durante ese tiempo, su compañero no aparece por el hospital.

—Lo estamos buscando —me asegura Rage por teléfono—. Tú quédate en el hospital con Martha y tu madre. Te daré noticias en cuanto sepamos qué ha pasado con él.

Al parecer, ha desaparecido del pueblo. Y eso es muy raro, considerando lo devotos que son los alfas con sus compañeros. Lo normal sería que estuviera aquí, sentado al lado de Martha, sin despegarse de ella y sufriendo por su estado.

—Temo que le haya pasado algo, Rage.

—No te preocupes. Es fuerte. Y, si estuviera muerto, Martha también lo estaría —me calma él.

No es un gran consuelo saber que los imprimados están tan ligados el uno al otro que, si uno muere, lo normal es que el otro le siga rápido hacia la tumba. Pero así son las cosas con los lobos. Si pienso en Rage muriendo me entra tal angustia emocional que casi parece que se me haya abierto un agujero negro en el pecho, así que sospecho que yo no sería inmune a lo que llaman la maldición del amor licántropo. Todo lo contrario.

Justo cuando me despido de Rage y cuelgo el teléfono, veo cómo los enfermeros corren hacia la habitación a la que han trasladado a mi amiga, así que sigo sus pasos con celeridad.

—¡Estate quieta, Martha! —grita Jacob.

—No voy a quedarme sentada mientras el amor de mi vida no aparece —espeta ella—. Apártate. ¡Apartaos todos! Voy a ir a buscarle.

—Ya lo están buscando —le digo yo, entrando en la habitación y cogiéndola del brazo que Jacob no le sujeta—. Tienes que recostarte, todavía estás muy débil por el acónito.

—A la mierda la debilidad. Sé que le pasa algo, May. Lo siento en los huesos.

Aprieto la mandíbula con tristeza porque no puedo negárselo. Yo también lo pienso.

—Rage lo está buscando junto a los mejores rastreadores de la manada —trato de animarla—. Ya verás como lo encuent…

—¡Yo podría encontrarlo más rápido que ellos! —protesta Martha—. Dejadme ir tras su rastro. Nadie lo conoce como yo.

—Martha —la regaña su hermano—. No estás bien. Y definitivamente no tienes fuerzas para ir campando por ahí. Por favor, deja que el alfa supremo solucione esto y, mientras tanto, sana para que cuando Hugo vuelva no te vea en este estado.

Martha se echa a llorar con ganas y yo, al verla así, también lo hago, abrazándola con fuerza.

Capítulo 67



MAY

Dos días después, el alfa sigue sin aparecer y ya no hay quien pare a Martha. Ni Jacob ni yo hemos logrado que no se dé de alta a sí misma de manera forzosa, y, ciertamente, no la vamos a dejar irse sola tras su compañero.

Rage sigue buscándolo, pero Martha tiene algo que los rastreadores no tienen: un vínculo con el desaparecido que solo se rompería con su muerte.

—No vayas con ella —me advierte mi compañero—. Podría ser peligroso. Sospecho que esto es obra de cazadores y que planean atraernos hacia una trampa.

Se me hiela la sangre al oír eso.

—¿Por qué dices eso?

—Porque solo ellos saben cómo hacer que un lobo desaparezca sin dejar rastro alguno que seguir.

Se hace el silencio en la línea.

—May… —susurra Rage en tono de advertencia, sabiendo lo que se me pasa por la cabeza mientras observo a Martha ponerse

unas mallas cómodas y fáciles de quitar y armarse con una pistola que saca de su mesita de noche.

—Por si acaso —afirma mi amiga.

—No puedo dejarla sola —le digo yo a Rage, que maldice agriamente al oírme.

—Voy para allá. Tardaré unas tres horas. No os mováis de su casa.

—No sé si podré contenerla —le confieso mientras la veo caminar a pasos lentos, pero determinados, hacia la puerta de entrada.

—Seguro que entre Jacob y tú podéis hacerlo.

—Lo intentaremos.

Rage cuelga el teléfono, seguramente para transformarse y venir a toda pastilla, y yo sigo a Martha hacia su jardín delantero, donde su hermano nos espera de brazos cruzados.

Jacob y yo cruzamos miradas y ambos pensamos lo mismo sin tener que decírselo al otro: hay que pararla.

—Martha —llamo, y, como esperaba, ella no me contesta. Está demasiado centrada en la idea de encontrar a su compañero—. Escucha —intento de nuevo—, Rage llegará en tres horas.

—¿Para qué, si no lo ha encontrado? —inquiere ella con cansancio.

—Dice que seguramente sea obra de cazadores.

Mi comentario, en vez de hacerla detenerse y pensar en lo peligroso que puede ser ir sola, solo la hace gemir y sollozar de pavor, llenando sus ojos de una determinación nacida de la desesperación.

—Con más motivo aún debo encontrarlo cuanto antes. —Me mira con ojos de súplica y a mí se me rompe el corazón.

—No podemos dejarla ir sola —interviene Jacob, opinando lo mismo que yo—. Hay que hacer algo.

De repente, Martha se empieza a quitar la ropa.

—¿Qué está haciendo? Los betas y los alfas no pueden transformarse sin luna llena —me alarmo.

—A no ser que estén verdaderamente desesperados y que la luna decida ayudarlos —palidece Jacob.

Los huesos de Martha crujen y yo maldigo cuando veo su pelaje gris pálido asomar por debajo de su piel humana rota.

Capítulo 68



MAY

Sigo a Martha por el bosque durante lo que me parecen horas, ambas transformadas en licántropos. Aunque parece que, de las dos, soy la única que conserva el raciocinio. Ella no responde a mis llamadas y, de hecho, ni siquiera parece capaz de hilar dos pensamientos coherentes. Es como si se guiase plenamente por sus instintos.

Sé que Rage me encontrará siguiendo mi rastro del mismo modo que Martha sigue el de su compañero, aunque no pueda olerlo, pero ello no me consuela cuando sé que mi amiga se va a meter de lleno en la trampa de unos posibles cazadores y a morir intentando salvar a su amado.

Mierda, es lo único que puedo pensar cuando llegamos a los pies de una montaña donde descubrimos la estrecha entrada de una cueva. Sobre todo, cuando veo a la beta detenerse un microsegundo para oler la entrada y ponerse a gemir de angustia al detectar la sangre que ahora, de repente, yo también huelo.

Sangre de alfa.

Martha entra sin pensárselo dos veces y yo, maldiciendo una vez más, la sigo, pero a paso más lento, vigilando por si hay trampas

estilo templo antiguo en las superficies desiguales del interior de la húmeda cueva.

Me detengo solo cuando oigo su aullido de dolor y, entonces, trato de fundirme con las sombras y avanzar más rápidamente hasta que llego a una parte mucho más ancha cuyos techos son tan altos que ni siquiera mi vista puede verlos.

—Así que tú eres la omega —dice una voz en tono casual, como si los aullidos de agonía de mi mejor amiga le importasen una mierda.

Posiblemente porque los ha causado él o, ahora que puedo oler mejor lo que hay en esta maldita sala, ellos. Hay al menos dos hombres y dos mujeres aquí, todos ellos humanos.

Miro de reojo a Martha y la veo inclinada sobre un cuerpo inerte y sangrante, y sé que, aunque el alfa está vivo, no lo estará por mucho tiempo. Sus heridas son aún más graves de lo que lo fueron las de ella.

—¿Quién eres? —le gruño al extraño—. ¿Y por qué le habéis atacado?

—Para atraeros hasta aquí, obviamente —interviene una voz femenina que reconozco de inmediato—. Aunque, sinceramente, esperábamos a Rage y a su séquito.

Es la de Lara Devigne.

—Tú —acuso con asco.

Ella se ríe alegremente.

—Yo —se burla, y luego hace un gesto hacia la mujer y el hombre que salen de esquinas opuestas de la cueva—. Y ellos. Y tú, que vas a morir hoy por haber matado a mi padre.

—¿Cramwell era tu padre?

—¿Quién si no, idiota? —pregunta Lara—. Puede que papá no fuese el mejor hombre del mundo para otros, pero lo era para m…

—Ahórrame tu diálogo de villana —espeto, interrumpiéndola —. No me apetece oírte.

Salto hacia ella con las garras extendidas dispuesta a matarla, pero entonces aúllo yo también de dolor.

—Es rápida —jadea uno de los cazadores—. Casi no le doy.

Me han lanzado una especie de red electrificada y teñida de acónito que, aunque no me va a matar, sí que hace un daño tremendo y me paraliza durante unos segundos.

—Arrástrala y córtale la cabeza, Jade —dice otro de los cazadores—. Hay que matarla antes de que Rage la encuentre o tendremos dos licans excepcionales con los que lidiar, y no me apetece nada enfrentarme a una omega y a un alfa supremo a la vez.

Lara se ríe como una maníaca mientras lo observa todo, sedienta de mi sangre.

Me deshago de la red, que empequeñece poco a poco cortando mi piel en el proceso, con esfuerzo.

—¡Lánzale una granada!

Oigo el chasquido de un seguro al ser quitado antes de que la cueva se llene de la explosión de una granada cargada de acónito.

Siento que me asfixio en cuanto respiro el aire y, automáticamente, me preocupo por Martha y su compañero, que no van a ser capaces de aguantar el estar aquí encerrados aspirando este maldito veneno.

Tengo que sacarlos de aquí, pienso con rapidez, dirigiéndome hacia ellos y cogiendo al alfa de un brazo para subirlo a mi espalda. Sé que Martha me seguirá.

Y, por suerte para todos, lo hace, aunque a trompicones.

—¡Cierra la puerta! —grita uno de los cazadores—. ¡No dejes que se escapen!

—Pensaba que los omega y los supremos luchaban hasta el final —se burla Lara, tosiendo por el acónito del aire, que en grandes cantidades también puede ser venenoso para los humanos normales como ella.

Pero me da igual si se da cuenta o no de que sus mercenarios la han envenenado. Por mí, que muera en esta pútrida cueva.

Acelero todo lo que puedo y, por suerte, soy más rápida de lo que los cazadores habían predicho, pasando por la puerta y arrastrando a Martha de un brazo tras de mí justo antes de que se cierre a nuestras espaldas.

No tardarán en seguirnos. Se dice que los cazadores tienen habilidades inhumanas y, por la fuerza con la que tiraba de mí el de la red, sospecho que las leyendas son muy ciertas.

¿Cómo si no estarían tan seguros de que podrían acabar con dos licántropos a la vez?

Capítulo 69



MAY

Nos internamos en el bosque caminando a trompicones. No vamos a poder ir muy lejos, ya que el acónito me está afectando incluso a mí y, además, las heridas de Martha todavía no se han curado del todo, pero toda la distancia que podamos poner con ellos en un terreno a nuestro favor cuenta como un pedazo de esperanza más.

Los cazadores no tardan en seguirnos, sin Lara a la vista, y lo hacen muy fácilmente a velocidades que son, definitivamente, inhumanas.

Ahora entiendo el peligro que suponen y por qué los padres de Rage no sobrevivieron a un encontronazo con ellos.

Pero yo no estoy dispuesta a rendirme, aunque las cosas se pongan difíciles. Nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora.

Dejando al alfa apoyado sobre un tronco cercano y viendo cómo Martha corre hacia él, doy media vuelta y, de un salto, me subo a la copa del árbol más cercano, que por suerte es grande y fuerte y puede soportar mi peso sin crujir demasiado.

Salto sobre el primero de los cazadores que aparece en el pequeño claro, la mujer, y le desgarro la garganta, aunque, no contenta con ello y sin saber si va a morir por algo así, le arranco el

corazón, también, para que le sea más difícil regenerarse si su índice de sanación es igual de potente que el de un omega o un supremo; los únicos capaces de sobrevivir a ese tipo de heridas, que se sepa.

Los otros dos cazadores gritan y preparan sus armas, pero yo salto de nuevo hacia los árboles, sintiendo las balas tanto rozar como dar en mi cuerpo, debilitándolo aún más.

Tengo que ganar tiempo hasta que Rage aparezca y me ayude a despacharlos, sin embargo, me va a resultar muy difícil hacerlo.

El segundo cazador ya está prevenido de mis movimientos en cuanto oye el susurro de las ramas sobre su cabeza y se gira justo a tiempo como para dispararme un balazo en el pecho.

Siento mi corazón bañarse en su propia sangre, que brota en oleadas junto con el dolor, pero no puedo permitirme que ello me detenga, así que cojo el brazo del cazador y se lo arranco de cuajo, escuchando su grito de agonía y horror.

—¡Mátala, Jade! ¡Mátala! —le exige al último cazador justo antes de que le arranque la cabeza, llevándome parte de su columna vertebral en el proceso.

Dos despachados, uno más y se acabó. Pero tengo la sensación de que este es el más fuerte de todos ellos.

Y no me equivoco.

Aunque no puede equiparar mi velocidad, el cazador es astuto y sabe hacia dónde voy a moverme como si tuviese un don para predecirlo. Pierdo la cuenta de cuántas balas recibo en el cuerpo hasta que empiezo a tambalearme en serio, mareada y al borde del desmayo.

Y Rage todavía no aparece.

Oigo un aullido lejano y sé que es él, aunque desgraciadamente no va a llegar a tiempo.

Voy a morir aquí. Y mi mayor remordimiento es que él morirá conmigo.

Capítulo 70



RAGE

Llego justo a tiempo para ver al cazador dispararle un tiro en la cabeza a mi omega, que cae al suelo como un peso muerto, sangrando por múltiples heridas.

Estoy demasiado lejos como para evitar que le pegue otro, pero Martha interviene y le da un zarpazo que lo hace tambalearse y errar el tiro, quizá salvándole la vida a May.

O quizá no.

Sus heridas son graves incluso para la supercuración de una de su subgénero.

Mi rabia es tal que alcanzo al cazador con la visión teñida de rojo, tan furibundo que no me doy cuenta de que lo he derribado y lo estoy devorando hasta que mi estómago está lleno de su sangre y su carne, hasta que su corazón ha dejado de latir.

Huelo el aire buscando más presas, más peligros, pero no hay ninguno.

Solo la muerte, que espera pacientemente a llevarse a alguien entre las sombras.

Capítulo 71



RAGE

Lo primero que hago es cambiar a mi forma humana y sacarle todas las balas del cuerpo, urgiendo a Martha a hacer lo mismo con su alfa, para que el veneno del acónito no penetre aún más profundamente en su sistema y su sangre pueda combatir mejor las heridas, porque no se deben cerrar con las balas dentro.

Lo segundo, buscar desesperadamente lunaria: la única planta que puede combatir un veneno tan concentrado como el que usan los cazadores, y que, por suerte, crece en nuestros bosques. En el hospital tendrán de sobra, pero no creo que, en el estado en el que está, mi compañera sobreviva al viaje.

Para mi total frustración y desesperación, tardo más de media hora en encontrar una, pequeña y débil, y para entonces mi May ya ha perdido mucha sangre. El viaje hacia el hospital sería demasiado duro para ella, así que no me queda más remedio que tratar las heridas de ambos afectados en mitad del suelo del bosque, con los cadáveres de los cazadores (o sus trozos) desperdigados a nuestro alrededor.

La planta apenas da para cubrir la mitad de las heridas de ambos, así que mando a Martha a buscar más mientras rebusco entre los muchos bolsillos de los cazadores un botiquín o unas vendas, lo que sea, para paliar el sangrado. Durante todo ese

tiempo, tanto May como Hugo, el emparejado de Martha, permanecen inconscientes.

—Sé fuerte, May —le suplico a mi compañera—. Sobrevive, por favor.

Creo que es la primera vez en mi vida que he suplicado algo a alguien con tanto dolor en el corazón.

Capítulo 72



RAGE

Mis alfas nos encuentran unas horas después, seguramente siguiendo el rastro de mi potente aroma a cólera y desesperación, y por suerte traen con ellos a un par de médicos y un botiquín completo.

Abrazo a los cinco que han venido por turnos en un despliegue emocional impropio de mí, palmeando sus espaldas como agradecimiento. Ellos son los únicos que podrían habernos encontrado en mitad del bosque. Incluso en forma humana, su velocidad es superior a la de un lobo normal y sus dotes de rastreo, asombrosas. Por ello son mis cinco mejores guerreros y guerreras.

Pero, aun con su ayuda, tardamos varias horas en estabilizar a ambos pacientes lo suficiente como para cargar con ellos hasta el hospital de Seawolf.

Capítulo 73



RAGE

—Estate quieta, Martha. Me pones nervioso.

—Lo lamento, mi señor. —Ella decide tomar asiento a mi lado en la sala de espera de cirugía—. Estoy muy preocupada. Me noto… débil.

Yo también, sin embargo, no lo digo en voz alta. Ya hay suficiente preocupación permeando el aire como para añadir la mía al montón.

Ambos sabemos lo que eso significa: que nuestros compañeros no están fuera de peligro y, por ende, nosotros tampoco.

Diría que la espera es lo peor, ya que carcome por dentro, pero lo peor, realmente, es pensar que va a morir ahí dentro, rodeada de médicos que intentan salvarle la vida e inconsciente, sabiendo que la quiero, pero no lo mucho que la amo.

Aunque es un consuelo pensar que nos encontraremos de nuevo en los Jardines de la Luna, el más allá de los licans, ello ahora mismo no me calma lo suficiente como para no estar angustiado de preocupación.

Capítulo 74



RAGE

Pasa el tiempo y los médicos vienen y van; me miran, pero no dicen nada.

Hasta que uno de ellos sale con cara de agotamiento de la sala en la que está Hugo y le dice a Martha que por ahora está estable y que lo van a subir a observación.

No hay noticias de May y, aunque me alegra por Martha, que se echa a llorar de puro alivio, no puedo hacer nada más que preocuparme por la mirada de compasión que me dirigen los médicos que entran y salen de la sala en la que está mi compañera.

Me quedo solo en la sala de espera, acompañado únicamente por mi propia desesperación.

Capítulo 75



RAGE

Tardan casi un día entero en operarla. En retirar las balas que yo no pude quitar y luchar contra el veneno de los cazadores y su pérdida de sangre.

A diferencia de los alfas y betas, que abundan, no hay donantes para los omega. Y ello es determinante en su estado.

—Está en coma —me dicen cuando salen de la sala de operaciones finalmente—. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Lo lamento.

No me dan falsas esperanzas, y lo agradezco.

Pero ello no evita que, por dentro, me derrumbe como un frágil castillo de naipes mientras mi rostro permanece impasible.

Capítulo 76



RAGE

Me quedo junto a ella en observación, a pesar de que los médicos no lo recomiendan.

No puedo dejarla luchar sola, del mismo modo que no puedo dejarla morir sola.

Pase lo que pase, estaré siempre a su lado. En vida y en el más allá.

Capítulo 77



RAGE

Ella abre los ojos un mes después y se me queda mirando como si no me reconociera.

—Hola —dice con voz ronca.

Y yo, con barba de semanas en mi rostro y ropa que no me he cambiado en días, me echo a llorar como un niño. Como no lo había hecho jamás en toda mi vida.

Capítulo 78



RAGE

La recuperación es larga y lenta, pero estable.

A la semana de despertar, le dan el alta y por fin podemos volver a casa.

Por suerte, ha recuperado la memoria y sabe quién soy y quién es ella, aunque ello no evita que me desviva por hacer que se sienta cómoda hasta el punto en el que mi May parece un poco agobiada por mis atenciones.

Pasan las semanas y luego los meses, y un día por la mañana se levanta sangrando y nos dicen que ha perdido al bebé.

Ambos lloramos abrazados y nos consolamos mutuamente. Quizá era nuestra única oportunidad de ser padres. Pero nos tenemos el uno al otro, y eso cuenta mucho.

—Siempre estaremos juntos —le juro con devoción.

Y ella me besa.

Y, durante unos segundos, nos olvidamos de la tragedia y del dolor.

Capítulo 79



RAGE

—Lara —dice un día de repente mi compañera mientras estamos tumbados en el sofá viendo la tele—. No sé si escapó o si se quedó en la cueva y murió.

—¿Lara? —Hago memoria y recuerdo de repente a la mujer que enviaba asesinos a sueldo tras ella—. ¿Devigne?

—Sí —asiente mi May, levantándose con inquietud—. Deberíamos ir a comprobarlo…

—Enviaré a gente —le aseguro de inmediato, alcanzando mi móvil que está sobre la mesita—. No vas a volver allí.

Ni yo tampoco, a no ser que sea imperativo.

Ella hace una mueca de desacuerdo, pero se tumba de nuevo entre mis brazos mientras hablo por teléfono con la jefa de mis cinco cazadores de élite. Los cinco alfas que contribuyeron a salvar la vida de mi May.

—La encontrarán, viva o muerta —le juro a mi omega, a la que noto inquieta a pesar de que su postura indica lo contrario.

Su aroma no falla. No es de las que ocultan sus emociones. No frente a mí.

Ni yo frente a ella.

—Confío en ti —me recuerda, y apoya la cabeza en mi pecho, acurrucándose todavía más sobre mi cuerpo y fijando de nuevo su atención en la película.

Acaricio su pelo cuando cuelgo el teléfono, seguro de que Lara Devigne, si es que está viva, no tardará en morir.

Capítulo 80



LARA DEVIGNE

—Lara, supongo.

Me giro, jadeante y con el pecho contraído por el dolor y el estómago ardiendo de hambre, solo para encontrarme con… nada.

Miro nerviosamente hacia las copas de los árboles, hacia el bosque que me rodea y hacia todo aquello que mis ojos pueden ver. Pero no hay nadie. Ninguna señal de vida.

Pensando que me lo debo de haber imaginado, continúo mi larga y pesada marcha hacia el camino donde aparqué el *jeep* robado por los cazadores para adentrarnos en la selva. Cada paso es una tortura. Esos malditos gilipollas a los que contraté me envenenaron soltando una cantidad ingente de acónito en una cueva con una sola salida.

Imbéciles. No pienso pagarles, si es que están vivos. Y, si no lo están, ya encontraré a…

No lo veo venir.

Es rápida, la hijaputa, es mi último pensamiento mientras observo el rostro de mi asesina. Una loba, sin duda, por los colmillos y la fuerza y velocidades inhumanas.

—Respira —se burla cuando mis pulmones se llenan de sangre.

Su mano está dentro de uno de ellos.

Oigo risas crueles y terribles justo antes de morir ahogada en mi propia sangre.

Capítulo 81



MAY

Epílogo

Seis años después.

Doy a luz un veinticinco de febrero.

Es una niña que huele a alfa. No a suprema ni a omega. Y a la que amamos más que a nuestras propias vidas.

Mi madre es la primera en sostener al bebé en brazos después de nosotros. Ha dado un cambio espectacular desde que llegó aquí, moribunda y al borde de la inanición. Ahora es una mujer sana, que recuerda con cariño a un marido con el que pasó muy pocos años, y también una abuela orgullosa. Incluso ha empezado a verse con un beta que afirma que ella es su imprimada y que la está cortejando. Y lo cierto es que me alegro porque ella es feliz con él.

Aunque siempre recordaré a papá de manera agridulce (más dulce que agria), me hace feliz ver a mamá reír y ser rodeada de amor tras todo por lo que pasó.

Poco a poco, nuestro mundo ha ido sanando y se ha ido llenando de personas maravillosas, una de las cuales sigue siendo

Martha, que ya va por su tercer hijo.

Oh, de vez en cuando Rage y yo dejamos a la pequeña Alexa con mi madre y salimos de caza. No animales, por supuesto, sino traficantes de personas y violadores, algo que se convierte casi en una tradición anual.

Conforme se corre la voz de que el alfa supremo y la omega de los Seawolf detestan a las mafias de tráfico de personas, nuestra reputación y fama crecen a través de las redes sociales como una bomba. Cada vez hay más lobos que quieren unirse a los Seawolf. O humanos que suplican ser convertidos para vivir entre nosotros.

Pero, más allá de eso, la vida sigue.

Sigue en los brazos de Rage, en sus besos, caricias y sonrisas.

Sigue con los primeros pasos de mi hija, su primer diente y su primera sonrisa…, y todos los que vendrán después.

Sigue cuando, a pesar de que un día pensé que ya no lo haría más, que estaba condenada a morir a manos de asesinos a sueldo o de cazadores, cada día es más feliz que el anterior. Y seguirá así durante muchos años, hasta el final de nuestras vidas, cuando la gente nos convierta en una mera leyenda con el paso de los siglos.

Pero esa es otra historia.

La nuestra se acaba aquí, juntos y felices. Rodeados de personas a las que amamos y a salvo de los males del mundo en nuestro pequeño pueblo encantador.

Y eso es todo lo que importa.

FIN

Sigue a la autora en Instagram (en español): @tnhawke